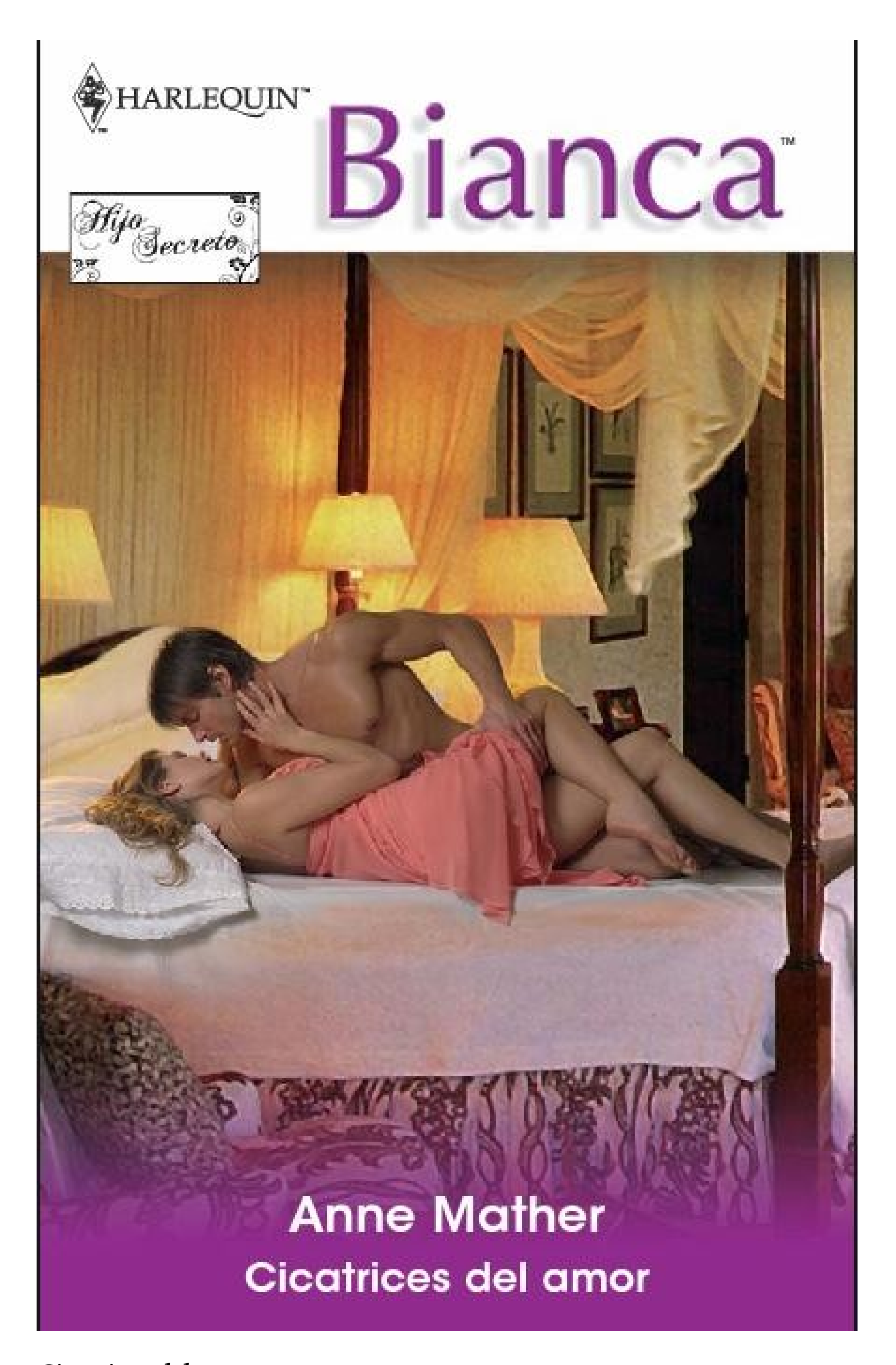


Bianca

Hija Secreta

Anne Mather

Cicatrices del amor



Cicatrices del amor
Anne Mather
Cicatrices del amor (2009)

Título Original: The Brazilian millionaire's love-child (2009)
Editorial: Harlequin **Ibérica**
Sello / Colección: Bianca **1962**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alejandro Cabral e Isobel
Argumento:
Las cicatrices no estaban sólo en su cuerpo, sino en su alma…

Isobel conoció al brasileño Alejandro Cabral en una fiesta en Londres. Tras una noche con él, se quedó embarazada y tuvo una hija, Emma.

Tres años más tarde, tras recuperarse de un grave accidente de coche y quedarse viudo, Alejandro se enteró de que Isobel tenía una hija y decidió buscarla de nuevo. Para ello urdió un plan para atraerla hasta Brasil…

Capítulo 1

—¿Quién es ese hombre?

Sonia Leyton se acercó donde Isobel trataba de evitar que uno de los invitados, bastante borracho, echara otra botella de vodka en el ponche y le tocó el brazo.

—¿Quién es? —insistió Sonia—. Venga, tienes que saberlo. Tú lo has invitado.

—No, Julia lo ha invitado —le corrigió Isobel, logrando por fin quitar la botella a Lance Bliss y evitar que convirtiera el ponche ya de por Sí cargado en pura dinamita.

—Eres una aburrida —murmuró el hombre, llevándose la botella abierta a la boca y dándole un generoso trago—. Anímate un poco. Esto es una fiesta.

—Pero no un velatorio —le respondió Isobel, consciente de dónde podía llevarle una ingesta tan importante de alcohol—. Si lo llego a saber.

—Aún no me has dicho quién es —protestó Sonia—. Aunque no lo hayas invitado, es tu apartamento. Tienes que saber quiénes son los invitados de Julia.

Isobel dejó escapar un cansado y largo suspiro y miró en la dirección que Sonia le indicaba, aunque no era necesario. Había reparado en el hombre en cuanto Julia le abrió la puerta. Sus miradas se encontraron brevemente, y ella se dijo que su reacción se debía a que el hombre no tenía aspecto británico. Pero lo cierto era que era el hombre más atractivo que había visto jamás.

Alto y moreno, probablemente más joven que Julia, con un pelo liso que le caía por la frente y le cubría el cuello. No sabía de qué color tenía los ojos, pero probablemente también serían negros, complementando las facciones duras y masculinas de su rostro.

En aquel momento el desconocido estaba apoyado con una mano en el alféizar de la ventana mientras en la otra sostenía una botella de cerveza, pero no parecía interesado ni en la cerveza ni en la fiesta, ni tampoco en la mujer que le pasaba un brazo por el hombro con gesto posesivo.

—No sé cómo se llama —dijo Isobel.

—Estoy bastante segura de que lo he visto antes —dijo Sonia decepcionada—.

¿Habrá sido la semana pasada, en la fiesta de los Hampden? —se preguntó en voz alta con gesto pensativo—. Oh, pero fijo que tú no lo sabes. A ti no te gustan las fiestas, ¿verdad?

—Como ésta no, te lo aseguro —respondió Isobel en tono seco, deseando no haber accedido nunca a la petición de Julia de celebrar su fiesta de cumpleaños en su apartamento.

—Bueno, en este caso tendré que ir a averiguarlo personalmente —comentó Sonia buscando un vaso y sirviéndose una generosa ración de ponche—. Humm.

¿No lleva alcohol? Está como aguado.

Isobel no se molestó en responder. Si a Sonia le parecía flojo, era porque estaba acostumbrada a tomar bebidas más fuertes. Y no sólo ella. Un buen número de los invitados parecían bastante borrachos, y quizá los ojos vidriosos y las risas desencajadas no se debieran únicamente al alcohol. La música desde luego estaba mucho más alta. Alguien había cambiado el rock and roll que Julia puso al principio por música rap, y al ver a los invitados moverse en la pista de baile, Isobel se sintió mayor, aunque ni siquiera se había portado de forma promiscua durante su adolescencia.

A pesar de todo, ella tendría que continuar viviendo allí después de la fiesta, y era muy consciente de que sus vecinos no permitirían que la fiesta se desmadrara demasiado. Su vecina de al lado, la señora Lytton Smythe, ya había protestado por los coches que bloqueaban la entrada al garaje, y los dos médicos que ocupaban el apartamento debajo del de Isobel tenían pacientes que atender al día siguiente por la mañana.

Julia le había sugerido que los invitara a la fiesta, pero ella sabía que ninguno de ellos hubiera querido estar en aquel ruidoso y descontrolado acontecimiento.

Con un suspiro, Isobel salió del salón y se dirigió a la cocina. Allí la música no sonaba tan alta. Miró los restos de latas y botellas vacías, y al ver que ya era más de media noche, se preguntó cuándo querría su amiga terminar la fiesta.

Estaba cansada. Llevaba en pie desde las seis y media de la mañana, tratando de terminar un reportaje sobre un famoso maquillador que debía estar en la mesa de su editor a la mañana siguiente. ¿Por qué no habrían dejado la fiesta para el fin de semana?, se dijo. Pero era el treinta cumpleaños de Julia, y no pudo pedirle que lo cambiara de fecha.

Suspiró de nuevo al volverse, y quedó sorprendida al ver en la puerta al hombre por el que le había preguntado Sonia antes. Estaba de pie, apoyado en el marco de la puerta, con unos vaqueros ajustados y una camisa de seda negra.

—Oh —exclamó ella sin saber cómo dirigirse a él. No sabía cómo se llamaba—.

Hola, ¿necesita algo?

— *Nao quero nada, obrigado* —respondió él en tono grave y sensual—.

No, no quiero nada —añadió en su idioma con suave acento extranjero—. La buscaba a usted.
—¿A mí?
Nada podía haberla sorprendido más. En general, Isobel tenía poco en común con los amigos de Julia. Julia y ella habían ido juntas a la universidad, pero estuvieron más de cinco años prácticamente sin verse, y cuando Isobel se mudó de nuevo a Londres reanudaron la amistad.
— *Sim*, a usted —dijo con una sonrisa que daba a sus palabras una intensa carga de intimidad—. Creo que está bastante aburrida con esta gente, igual que yo, ¿no?
Isobel frunció el ceño, pensando que a Julia no le haría ninguna gracia oír lo que acababa de decir. Llevaba toda la fiesta pendiente de él.
—Sólo quería… recoger un poco —dijo por fin, incapaz de creer que hubiera ido a la cocina a verla.
Por su aspecto, no parecía el tipo de hombre interesado en alguien tan normal como ella. Físicamente no estaba mal, pero desde luego no era una rubia de piernas largas y torneadas como Julia ni como Sonia.
—No creo que sea parte del servicio.
—Oh, no —Isobel tuvo que sonreír—. Este es mi apartamento. Julia, su acompañante…
Le resultó bastante difícil describir su relación con Julia con aquellas palabras.
¿Por qué?, se preguntó, pero no dio con ninguna explicación racional convincente.
—Julia es amiga mía —terminó ella.
—Ah.
El hombre apoyó la cabeza en el marco de la puerta y le estudió con ojos entornados. Isobel vio que sus ojos tenían un cálido tono ámbar y unas pestañas negras y densas que le provocaron un estremecimiento por dentro. Entonces se dio cuenta de que era la primera vez que se sentía atraída por un hombre desde que David la dejó plantada.
El hombre se incorporó y entró en la cocina a dejar la botella de cerveza en la encimera.
—O sea, que usted debe de ser Isobel, ¿no?
—Sí —Isobel inclinó la cabeza, un tanto cohibida—. Isobel Jameson —titubeó un momento—. ¿Y usted es…?
—Me llamo Alejandro. Alejandro Cabral —dijo inclinando ligeramente la cabeza—. *Muito prazer*.
—Oh, hum, encantada.
A Isobel le sorprendió ver que él se acercaba a ella y le tendía la mano. No estaba acostumbrada a unas presentaciones tan formales,

aunque al reconocer algunas palabras en portugués lo achacó al hecho de que debía de vivir en un mundo donde todavía se mantenían las tradiciones formales de otras épocas.
—¿Cómo está? —preguntó ella ofreciéndole la suya, sin poder evitar sentir su cercanía.
—Muy bien, *abrigado* —respondió él tomándole la mano que le ofrecía y llevándosela a los labios.
Aunque Isobel medio esperaba que le diera un beso en los nudillos, Alejandro le volvió la mano y le depositó un beso en la palma. Por un momento, ella incluso creyó sentir la lengua masculina en su piel, aunque todo el incidente la dejó tan perpleja que bien podía habérselo imaginado.
Habría retirado la mano inmediatamente y se la habría frotado con la tela color crema de los pantalones, como si el beso nunca hubiera ocurrido, pero él no la soltó.
En lugar de eso, continuó sosteniéndole la mano y mirándola intensamente a los ojos, desconcertándola por completo.
—Señor Cabral… —Isobel tenía la boca seca.
—Puede llamarme Alejandro —le interrumpió él con la voz ronca—, siempre y cuando me permita llamarle a usted Isobel. Es un nombre precioso. Mi abuela se llama Isobella, un nombre muy común en mi país.
Isobel se humedeció los labios secos con la lengua, moviendo la cabeza entre perpleja y frustrada. No sabía dónde había aprendido aquel hombre sus dotes de seducción, pero desde luego no en Inglaterra. Supuso que tendría unos veinticinco o veintiséis años, y ella estaba a punto de cumplir treinta. Sin embargo, Alejandro le hacía sentirse inexperta y perdida.
—Puedes llamarme como quieras, Alejandro —dijo ella tuteándolo—, siempre y cuando me sueltes la mano —Isobel logró retirar la mano y forzó una sonrisa—.
Supongo que no estás disfrutando de la fiesta, ¿no?
El se encogió de hombros.
—¿Y tú? —preguntó él, sin hacer amago de separarse un poco—. ¿Por eso te escondes aquí?
—No me escondo —le aseguró ella con firmeza—. Si así fuera, diría que no lo estoy haciendo muy bien.
Alejandro la contemplaba con los ojos entrecerrados.
—Podríamos escondernos juntos —sugirió, estirando una mano y recorriendo con el dedo la curva del rostro femenino, desde el labio a la mandíbula—. ¿Te gustaría?
Involuntariamente, Isobel dio un paso atrás.
—No, no me gustaría —exclamó, impaciente con la situación y con su

propia reacción.

A ella no le interesaban las relaciones de una noche. Que Julia se ocupara de satisfacerlo si quería, porque ella no tenía el menor deseo de liarse con nadie.

Al retroceder, Isobel tropezó con una caja vacía de cervezas en el suelo detrás de ella y, a punto de perder el equilibrio, intentó sujetarse a la encimera. Al hacerlo rozó sin querer los músculos firmes del torso masculino y al instante notó la misma oleada de calor que antes. En lugar de dejarse ayudar por él, se apresuró a apartarse.

—Creo que será mejor que vuelva la fiesta, señor Cabral —dijo ella, tratándolo de nuevo con más formalidad, para poner distancia entre ambos—. Estoy segura de que Julia debe de estar buscándolo.

—¿Y eso es importante? —preguntó él en un tono más íntimo todavía.

—Seguramente es muy importante para Julia —repuso Isobel quizá un poco demasiado tensa. Y quizá para relajar la situación, añadió—: Supongo que tienen muchas fiestas en Portugal.

—No, no soy portugués, soy brasileño —le informó él.

Isobel abrió la boca y por un momento se olvidó del tobillo, de la caja de cerveza y del equilibrio y con los ojos de par en par exclamó:

—¡Oh! ¡Qué fascinante! Siempre he querido viajar a Sudamérica. ¿Qué hace aquí, trabaja en publicidad?

—No y la publicidad no es lo mío.

—Ya —dijo Isobel, aunque para sus adentros pensó que era una lástima. Se lo imaginaba perfectamente saliendo con el torso desnudo de entre las olas del océano anunciando alguna colonia masculina—. ¿Y… a qué se dedica? —continuó ella, temiendo por un momento que le leyera el pensamiento—. ¿Está aquí de vacaciones?

—¿En el mes de noviembre? —se burló él—. No, no lo creo.

—Ah…

Bueno, tampoco le interesaba mucho, se dijo Isobel, sujetando la botella de cerveza que él había dejado en la mesa para tirarla. Pero la botella estaba medio llena y el líquido ámbar le empapó la blusa.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tenía que haberme dicho que no estaba vacía.

—Lo siento muchísimo —dijo Alejandro quitándole la botella de la mano y terminando de vaciarla en el fregadero. Después la miró a ella, primero a la cara y después a la tela húmeda que se le pegaba al cuerpo y marcaba el delicado encaje del sujetador—. Por favor, déjeme ayudarla. Le quitaré la blusa —dijo, moviendo los dedos hacia los botones.

Isobel lo miró incrédula y le apartó la mano.

—¿Qué hace? —protestó—. ¿Y si entra alguien?

Alejandro curvó los labios en una sensual sonrisa, y obedientemente

apartó las manos y las apoyó en los hombros femeninos.

—¿Es el único motivo por el que quiere que me detenga? —preguntó mirándola a los ojos.

Isobel se dio cuenta de que estaba temblando, y eso la enfureció. Por el amor de Dios, ¿qué le pasaba? Ni siquiera cuando empezó a salir con David se sintió tan vulnerable. Ni tan excitada, reconoció.

—Será mejor que me suelte, señor Cabral —dijo poniéndose seria—. Me temo que se ha llevado una impresión equivocada.

—¿Y si no quiero? —murmuró él metiéndole los pulgares por el escote de la blusa.

—No creo que eso importe mucho —le espetó ella, negándose a dejarle ver lo mucho que la afectada—. No sé qué le habrá dicho Julia de mí, pero el sexo por el sexo no me interesa.

Eso pareció sorprender al hombre, pero no la solió.

—A mí tampoco —le informó él—. Y Julia no me ha dicho nada de usted. Por muy sorprendente que parezca.

Isobel se ruborizó.

—Sólo quería decir…

—Sé lo que quería decir, querida —dijo él clavándole los ojos en la cara—. Pero no creo que sea virgen, ¿no?

Los dedos masculinos la apretaron un poco más, y ella contuvo el aliento.

—Estoy divorciada —le dijo ella—. Ahora por favor, suélteme.

—¿Le he ofendido? —preguntó él—. No era mi intención.

—¿No? —preguntó Isobel, pero en aquel momento lo que más le preocupaba era poner cierta distancia entre ellos. Sentir el aliento cálido del hombre en la sien y los dedos clavados en la carne la ponían en una situación demasiado vulnerable—.

Sea lo que sea, no me interesa adular su vanidad.

—¿Mi vanidad? —repitió él divertido, sin soltarla—. ¿O sea, que cree conocerme?

—Creo que tiene demasiada seguridad en sí mismo —afirmó ella—. Pero tampoco creo que sea virgen.

Al oírla Alejandro sonrió dejando al descubierto una hilera de dientes blancos bajo el sensual contorno de los labios.

—Eso lo ha adivinado. Me he acostado con mujeres, Si. ¿Quiere saber cuántas?

—¡No! —repuso ella horrorizada.

—Me lo imaginaba —dijo él, y sin más bajó la cabeza y le atrapó el labio inferior con los dientes.

La mordisqueó despacio, y la sensación fue más de placer que de dolor. Con la lengua le acarició la boca, en una exploración erótica e

inmensamente sensual, y después le cubrió la boca con la suya y le deslizó la lengua entre los dientes.

Deslizó una mano por el cuello femenino, e Isobel notó cómo los dedos le soltaban el pelo que llevaba recogido en un moño. Los mechones sedosos cayeron sobre sus hombros y él emitió un sonido que era una mezcla de triunfo y satisfacción.

Aquello no podía estar pasando, se dijo Isobel. David siempre le decía que era frígida, pero en brazos de Alejandro notaba cómo le ardía la sangre en las venas de deseo y excitación.

El se movió, apretándola contra la encimera, pegando el cuerpo duro y firme contra el suyo. El beso se hizo más intenso y él, sujetándola por las caderas, la pegó plenamente contra él, mostrándole cómo la deseaba.

—¿Se puede saber qué narices estáis haciendo?

Isobel oyó la exclamación como a lo lejos, pero su significado no quedó claro hasta que unas uñas afiladas se le clavaron en el brazo y alguien la apartó de Alejandro.

Entonces vio a Julia, y sintió una inmensa vergüenza. Si, sin duda acababa de perder el juicio por completo.

—Julia —dijo volviéndose hacia ella—. No es lo que crees.

—¿Ah, no? —Julia no parecía muy convencida—. ¡Cielos, tienes la blusa empapada!

—Es cerveza —reconoció Isobel—. Me la he tirado por encima sin querer.

—Y por lo visto no es lo único —repuso Julia con amargura—. Creía que éramos amigas, Issy.

—Lo somos…

—¿Estás borracha o que? Dios, ¿es que no hay bastantes hombres en la fiesta para que tengas que tirarle los tejos a mi pareja?

—Julia…

Alejandro había escuchado la conversación en silencio, pero ahora intervino.

—He venido a la fiesta solo, Julia —le dijo con frialdad—. Yo seré muchas cosas, pero no soy tu pareja.

—Por favor…

Isobel intentó de nuevo intervenir, pero no se atrevió a mirar a Alejandro. A pesar de todo, se dio cuenta de lo quieto que estaba, de que se había metido las manos de dedos largos en los bolsillos de atrás de los vaqueros.

—¡Hemos venido juntos! —exclamó Julia mirando a Alejandro—. No estarías aquí si yo no te hubiera invitado.

—No sabía que la invitación incluía ningún tipo de compromiso por

mi parte —
repuso él—. Te estás poniendo en ridículo. Julia. No necesito tu permiso para hablar con la señorita Jameson.
—¿Hablar? ¿A eso llamas hablar? ¡Cuando he entrado, le tenías la lengua metida hasta la garganta!
—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —dijo él—. Será mejor que nos dejes, Julia.
No necesitamos carabina, ya somos mayorcitos.
—Hum, quizá será mejor que el señor Cabral se vaya —dijo Isobel sin mirarlo
—. Se está haciendo tarde.
Isobel oyó su brusca inhalación de aire al oírla.
—¡No puedes decirlo en serio! —exclamó él con dureza.
—Claro que si —intervino Julia sin darle tiempo a responder—. Eso es lo que quiere decir exactamente —añadió con aire triunfal—. Adiós, Alex. Te veré la semana que viene.
Los ojos de Isobel pasaron del rostro de Julia al de Alejandro. ¿Qué significaba eso?
Pero él ya se dirigía hacia la puerta, y por un momento ella pensó que se marcharía sin decir nada.
Sin embargo, al llegar a la puerta se detuvo y sujetó el marco con la mano.
—Esto no ha terminado, Isobel —le informó en voz baja, aunque ella no supo si era una promesa o una amenaza—. *Volto mais tarde*.
¿Y qué narices significaba eso?, pensó ella.
— *Boa noite*, señoras. Buenas noches.

Capítulo 2

Tras la partida de Alejandro, en la cocina se hizo un tenso silencio. Por fin Julia dijo:

—No ha estado mal, ¿eh?

Isobel apretó los labios.

—Prefiero no hablar de ello, si no te importa —dijo, y echó una ojeada al reloj

—. Es tarde, y quizá sería una buena idea poner punto final a la fiesta. Ya son más de la una y…

—¿No lo dirás en serio? —Julia la miró boquiabierta—. Issy, la fiesta acaba de empezar. Oye, porque hayas perdido la cabeza y hayas querido enrollarte con Alex, no voy a enfadarme contigo. Somos amigas desde hace mucho…

Isobel levantó una mano para interrumpirla.

—¿De qué lo conoces? ¿Y por qué has quedado con él la semana que viene?

—Oh —Julia sonrió con altivez—. ¿No te lo ha dicho? Oh, seguro que no ha podido. En la agencia estamos haciendo unos trabajos de publicidad para su empresa, una empresa bastante importante en Sudamérica. Quieren entrar en el mercado europeo y nos han elegido para promocionarlos aquí.

—Oh, ya veo.

—Si, nuestro Alex es un tipo importante, Issy. Por eso me ha molestado tanto verlo contigo.

—¿De verdad?

Isobel no la creyó, pero Julia continuó:

—En serio, Issy. La primera sorprendida cuando aceptó la invitación fui yo.

Supongo que debía de estar aburrido. Los tíos como él no acostumbran a pasearse por los barrios pobres.

Isobel le dio la espalda y empezó a recoger latas vacías esparcidas por toda la cocina, tentada a decirle que ella no vivía en un barrio pobre, pero no quiso darle la oportunidad de ponerse paternalista con ella. Además, si Alejandro tenía tanto dinero como Julia decía, probablemente su amiga tenía razón. Alejandro Cabral no se relacionaba con la gente normal y corriente.

—Bueno, que se haya ido no quiere decir que tengamos que terminar la fiesta

—continuó Julia al ver que Isobel no respondía—. Una hora más, Issy,

por favor, sólo una hora más y me los llevaré a todos de aquí. Te lo prometo.

Alejandro volvió a su hotel caminando.

A pesar de estar en noviembre, no era una noche fría. Afortunadamente, porque con las prisas se había dejado la cazadora de piel en casa de Isobel.

No lo había hecho a propósito, se aseguró. Cuando ella lo invitó a marcharse se puso tan furioso que lo único que quería era salir de allí.

Ahora la idea de volver a verla lo intrigaba. Recordó su dulzura antes que llegara la interrupción de Julia, la suavidad de su piel, la inesperada provocación de su boca.

Desde luego era diferente a las demás mujeres de la fiesta.

Sobre todo a Julia…

Alejandro torció los labios. Cuando le invitó a la fiesta, pensó en declinar la invitación. Aunque trabajaba con la agencia de publicidad, no tenía la costumbre de mezclar el trabajo con el placer, pero ella insistió tanto que al final aceptó. A fin de cuentas, y a pesar de los deseos de sus padres, no tenía ningún compromiso serio con nadie.

Frunció el ceño. En aquel momento no quería pensar en Miranda, y menos cuando tenía el recuerdo de Isobel tan presente. ¿Qué edad tendría?, se preguntó. La misma que él, se dijo, pero parecía más joven. Parecía increíble, pero ya había estado casada y estaba divorciada, a pesar de parecer tan inocente. Quería volver a verla, Si.

¿Querría ella verle a él?

Al día siguiente cuando pasó por su apartamento ella no estaba. Su vecina, una mujer mayor que hablaba por los codos, salió del apartamento contiguo.

—¿Busca a la señora Jameson? —quiso saber la mujer—. No está aquí, aunque no sé cómo piensa trabajar hoy después de no dormir en toda la noche. Nosotros desde luego no pegamos ojo.

—Ah.

Alejandro empezó a entender la reacción de la vecina.

—¿Estuvo usted en la fiesta? —continuó ella—. No, supongo que no. De haber estado seguramente estaría durmiendo.

Alejandro no se molestó en corregirla.

—Ha dicho «señora Jameson», señora. Tenía entendido que estaba divorciada.

—Sí, así es, o al menos eso fue lo que dijo al propietario cuando alquiló el apartamento.

—Ya veo —dijo Alejandro, sin mostrar su alivio—. Bien, volveré más tarde, cuando la señora Jameson esté en casa.

—¿Es amigo suyo? —preguntó la mujer, y una vez más Alejandro tuvo

que refrenar su impaciencia—. ¿Quién debo decir que ha venido?

—Mi nombre es Cabral —respondió él, no tanto para satisfacer la curiosidad de la mujer, sino para que Isobel no creyera que estaba merodeando por su casa—.

Gracias y perdone por las molestias, señora… señora…

—Hilton-Smythe —dijo la mujer—. ¿También trabaja para su tío?

Alejandro titubeó.

—¿Su tío?

—Samuel Armstrong —dijo ella—. Publica revistas o algo así. La señora Jameson siempre está viajando, haciendo entrevistas a gente famosa y escribiendo artículos para él.

—¿Sí? —Alejandro estaba impresionado.

—Sí —ahora la mujer parecía más reticente, como si se arrepintiera de haber hablado demasiado—. Supongo que debe de ser muy lista, la verdad, aunque trabaje para su tío.

Alejandro le agradeció la información. Por lo menos ahora sabía que había una forma alternativa para recuperar su cazadora, se dijo, pero eso no cambió el hecho de que seguía queriendo volver a ver a Isobel.

Cuando regresó a su apartamento, Isobel estaba exhausta. Había logrado terminar el artículo sobre el maquillador después de la fiesta, pero los invitados de Julia no terminaron de irse hasta más de dos horas después de la partida de Alejandro Cabral. Julia, por su parte, había dejado la fiesta media hora antes acompañada de un hombre y dejando a su amiga sola para ocuparse de los más borrachos y de limpiarlo todo.

Por eso, cuando Isobel llegó a casa por la tarde, todavía le quedaba por enfrentarse con parte de los restos de la fiesta. Lo primero que hizo fue abrir todas las ventanas para ventilar el apartamento y eliminar el olor a tabaco y cerveza. También había marcas en el suelo, y quemaduras de cigarrillos en el brazo de uno de los sofás, pero era consciente de que podía haber sido mucho peor.

Le llevó más de media hora terminar de recoger las latas y ceniceros esparcidos por todo el salón, y al final se preparó un café.

Con la taza en la mano, se sentó en el salón. Todavía le quedaba pasar la aspiradora y fregar el suelo, pero lo peor había terminado.

Poco después sonó el timbre de la puerta, y sintió la tentación de ignorarlo.

Probablemente sería su vecina para quejarse de los ruidos de la noche anterior. Ya había tenido que disculparse con sus vecinos los médicos, con los que se había encontrado al ir a trabajar. Afortunadamente se habían mostrado muy comprensivos, probablemente no como la señora Hilton-Smythe.

Dejó la taza en la mesa de centro junto al sofá y, descalza como

estaba, fue a abrir.
Pero no era la señora Hilton-Smythe.
—Oh —dijo al ver al hombre apoyado con el hombro casualmente contra la pared del pasillo. Sin darse cuenta, se llevó la mano al estómago tratando de controlar la mezcla de emociones que la embargó—. Hola.
—Hola —le saludó él, su voz tan sensual y melosa como la melaza, con el suave acento brasileño que lo caracterizaba—. ¿Molesto? —preguntó él al ver su confusión.
—Hum, no, no —balbuceó ella—. A… acabo de llegar —dijo recordando el desorden del salón. No podía invitarlo a pasar—. ¿Quiere entrar?
Entrar en su apartamento tenía su atractivo, sin duda, pero sujetarla por los hombros y tomarle la boca con la suya, pegarla a su cuerpo y sentir la sensual reacción del cuerpo femenino era mucho mejor.
Alejandro sacudió la cabeza. Aquello no tenía que estar pasando. Cierto, se sintió atraído por ella la noche anterior, pero no pensaba continuar con aquello.
Quería volver a verla, Sí, pero no esperaba aquella urgente necesidad de tocarla. Por el amor de Dios, ¿qué le pasaba?
Isobel interpretó el gesto como una negativa.
—Está bien —dijo tensa, sin entenderlo—. ¿En qué puedo ayudarle?
—No, no me refería a eso —se apresuró a disculparse Alejandro—. Sí, me gustaría mucho entrar.
—Oh. Vale —Isobel se hizo a un lado y señaló con la mano hacia el salón—.
Seguro que recuerda el camino.
Alejandro entró en el pequeño vestíbulo, que inmediatamente se empequeñeció con él. Isobel, al sentir otra vez la cercanía del cuerpo viril y musculoso, pensó que debía de estar loca. ¿Por qué lo había invitado a entrar?
Cuando él la miró desde su altura, se quedó sin respiración.
—Usted primero —dijo él.
Por un momento aquellas palabras sonaron absurdamente sensuales, hasta que ella se dio cuenta de que no era más que una cortesía. Isobel logró cerrar la puerta e ir hacia el salón, totalmente consciente de los ojos ámbar de Alejandro clavados en ella.
—Como ve —dijo cuando él se detuvo en la entrada, mirando a su alrededor con interés—, aún no he tenido tiempo de reparar los daños.
Alejandro se encogió de hombros. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey verde con capucha y el logotipo de un club deportivo.
—No he venido a comprobar cómo estaba el apartamento. Parece

cansada —
dijo él—. ¿No ha dormido?
Isobel dejó escapar un suspiro.
—Oh, gracias a Dios —respondió ella con el mismo sarcasmo—. No sabe lo que me consuela.
—No le estaba criticando, querida —dijo Alejandro caminando hacia ella y cerrando el espacio entre ellos.
Estiró una mano y suavizó con el pulgar las ojeras que se le dibujaban bajo los ojos femeninos. Isobel parpadeó rápidamente, y sintió cómo se le hundía el estómago al sentir la intimidad de la caricia. El curvó los labios en una sonrisa.
—Relájese, pequeña. A juzgar por lo que me ha dicho su vecina, la señora Smith…
—Hilton-Smythe —le corrigió ella.
—Sí, la buena señora Smith —continuó él ignorando la corrección—. Me ha dicho que ninguno de los vecinos ha podido pegar ojo.
—¿Conoce a mi vecina? —preguntó ella retrocediendo un par de pasos —. ¿Ha estado hablando con ella?
—Esta mañana —le informó Alejandro, y miró a su alrededor—. Es un salón precioso —después la miró a la cara—. Seguro que a su ex marido no le hizo mucha gracia tener que marcharse.
—Nunca vivió aquí —se apresuró a corregirle ella—. Vivíamos en… en otro sitio.
—Pero ¿no quiere decirme dónde? —preguntó él—. Supongo que el recuerdo todavía es muy doloroso.
—Ya no —de eso Isobel estaba totalmente segura.
—¿Hubo otra mujer?
Estaba claro que Alejandro Cabral era un hombre muy insistente, e Isobel apretó los labios.
—No —repuso con sequedad—. Oiga, ¿no podemos hablar de otra cosa? Eso pasó hace mucho tiempo.
Alejandro dio otro paso hacia ella y esta vez, cuando ella retrocedió, sintió el frío de la pared en la espalda.
—Dígame, ¿sigue viendo a ese hombre?
—¿Qué hombre? —Isobel lo miró sin comprender.
—Si no hubo otra mujer, tuvo que haber otro hombre —continuó él alzando una mano que apoyó en la pared junto a la cabeza femenina —. Quiero saber si todavía está con él.
—No —Isobel lanzó una mano, como si quisiera apartarlo—. Quiero decir, si.
Hubo otro hombre. Ahora, por favor, ¿podemos hablar de otra cosa?
—No ha respondido mi pregunta —dijo él mirándola con curiosidad

—. ¿Dónde está el hombre que le convenció para romper sus votos matrimoniales?

—¿Que me convenció…?

Isobel no podía permitir que creyera que había sido ella la causante de la ruptura.

—Yo no me lié con ningún otro hombre. Fue él, mi marido. Pero todo eso pasó hace mucho tiempo. Por favor, preferiría que lo olvidara. Yo lo he hecho.

Alejandro frunció el ceño, furioso, sin poder entender que otro hombre le hubiera podido hacer tanto daño. Mirando las mejillas sonrosadas de Isobel, deseó besarla. Sólo el recuerdo de la pasión compartida la noche anterior y su propia falta de control lo reprimió.

A pesar de todo, no pudo evitar tocarla y, alzando la mano libre, recorrió con un dedo la curva desde el pómulo a la mandíbula. La notó tensarse bajo su piel, y sintió el pulso que latía más abajo del lóbulo de la oreja. Quiso sentir la fuente de aquella palpitación, deslizar la mano bajo la camiseta y acariciarle los senos.

—Por favor… no sé a qué ha venido, señor Cabral, pero creo que debe irse.

—No lo dice en serio —dijo él, haciendo caso omiso de sus palabras—. Estamos empezando a conocernos, ¿no? —susurró mirándole la boca.

—En ese caso, ¿por qué no se sienta? —se apresuró a decir ella, que por encima de todo tenía que apartarse de él—. ¿Le apetece tomar algo, un café, un refresco?

—No quiero beber nada —dijo él con impaciencia, resistiendo el impulso de decirle con su cuerpo qué era lo que le apetecía. Apoyó la mano en su hombro, y con el pulgar acarició la tela de la camiseta que lo cubría—. Es una contradicción, querida. Ha estado casada y divorciada, ¿no? Reconoce que su marido le engañó, y sin embargo parece… intacta —torció los labios—. ¿Qué clase de mujer es?

En aquel momento, una mujer desesperada, pensó Isobel. Alejandro pensaba que parecía intacta. Tragó saliva. En cierto modo quizá tuviera razón. En las pocas ocasiones se mantuvo relaciones sexuales con David, tuvo que ocultar el hecho de que no había sentido nada. Desde luego nada parecido a lo que sentía ahora. ¿Por eso nunca sospechó que David tenía otro amante? ¿Y por qué hasta el divorcio no supo la verdad?

Pero Alejandro estaba esperando su respuesta.

—En este momento estoy muy confusa, me temo —dijo ella, y se mordió el labio—. Estoy segura de que tiene usted mucha más experiencia que yo, señor Cabral. ¿Eso es lo que quiere demostrar?

—¡No! —exclamó él con impaciencia—. Quería volver a verla, Isobel. ¿Tan difícil es de creer?

—Pues, si, la verdad —dijo Isobel, que por encima de todo quería que él siguiera hablando—. Estoy segura de que no soy de la clase de mujer con la que se ve normalmente.

En eso tenía razón, pero Alejandro no estaba dispuesto a reconocerlo. En cualquier caso, ella lo intrigaba, y eso para él era una novedad.

Bajó los ojos hasta los senos femeninos, que subían y bajaban al ritmo frenético de su respiración, y sus vaqueros se tensaron al instante. Los senos femeninos eran llenos y redondos, y se alzaban erguidos contra el tejido de la camiseta. ¿Estaba excitada, o tenía miedo?

—¿Le asusto? —preguntó él bruscamente.

—No —negó ella con rotundidad—, pero me gustaría saber por qué ha venido.

Anoche le dije que no estaba interesada en…

—Sexo por sexo —dijo él, bajando la cabeza y hablándole prácticamente al oído

—. ¿Acaso he dicho que eso es lo que quiero? —esbozó una sonrisa—. Oh, señora Jameson, cualquiera diría que no piensa usted en otra cosa.

Isobel decidió que ya había tenido bastante. Levantando ambas manos, las apoyó en el pecho masculino y lo empujó, haciéndole perder el equilibrio. Después se protegió detrás del sofá.

Pero no fue lo bastante rápida.

La mano masculina le sujetó por la muñeca y tiró de ella, pegándola de nuevo a él. Y no sólo a su pecho, se dio cuenta ella al sentir la presión de la erección masculina contra el vientre.

Pero todo aquello ocurrió de forma casi subliminal. Conscientemente, Isobel se vio ahogándose en el inesperado fuego de sus ojos, un fuego que se extendió por todo su cuerpo. Se sintió como consumida, en cuerpo y alma.

—Querida…

La palabra escapó como un suspiro de los labios de Alejandro, que le sujetó la nuca con la mano y volvió la cara hacia él.

—No me digas que no quieres que te bese. Creo que lo quieres tanto como yo.

Y le tomó la boca con la suya. Los labios femeninos se abrieron bajo él, mientras él le hundía los dedos entre los mechones de pelo. Un deseo ardiente y electrizante se apoderó de sus sentidos. Era como una llama que iba recorriéndole las venas al ritmo que marcaba con la lengua dentro de su boca.

Aquello no debía estar sucediendo, se dijo Alejandro, y sin embargo no pudo evitar abrazarla aún con más fuerza. Con una mano le acarició la columna vertebral y llegó hasta las nalgas. Sosteniéndola con la mano, la alzó ligeramente contra él, e Isobel fue consciente de

lo que estaba ocurriendo. Casi a su pesar, Alejandro se había rendido a un deseo más fuerte que su voluntad.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—¡Cristo! —exclamó irritado, enterrando la cara en el hueco de la garganta femenina—. No te muevas —gimió—. Por favor, Isobella, no contestes.

—Tengo que abrir.

Isobel ya se había apartado de él y se estaba bajando la camiseta. Con mano temblorosa, se echó el pelo hacia atrás. La voz también le temblaba, pero era firme.

Le gustara o no, iba a abrir la puerta.

Capítulo 3

—¿Qué tal la fiesta?

A la mañana siguiente sonó el teléfono. Isobel medio esperaba que fuera Alejandro. Había encontrado la cazadora de piel que dejó el día anterior, y aunque sospechaba que era la verdadera razón de su visita, necesitaba desesperadamente hablar con él.

Pero era su tía Olivia.

Sus tíos Samuel y Olivia se convirtieron en sus tutores legales tras el fallecimiento de sus padres en un accidente de esquí en los Alpes austríacos, cuando ella tenía cinco años, y los quería como si fueran sus padres.

—Hum, no estuvo mal —respondió ella, aunque Olivia detectó la falta de entusiasmo en su voz.

—Ya te lo advertí, Belle —dijo la mujer—. Esa gente con la que anda ahora Julia no es como tú. ¿Qué pasó? ¿Hubo drogas? ¿Bebieron mucho?

—No —al menos eso esperaba, se corrigió Isobel—. No, sólo que se alargó demasiado.

—Hum —su tía no parecía convencida—. Bueno, ahora ya está, y supongo que no ha habido daños irreparables.

—No, nada irreparable —dijo Isobel, preguntándose qué diría su tía si le contara lo que había estado a punto de pasar la tarde anterior, de no ser por la interrupción de su vecina.

—Bueno, ¿cuándo te veremos? —estaba diciendo Olivia—. Hace mucho tiempo que no pasas un fin de semana con nosotros.

Sus tíos tenían una pequeña finca en Villiers, un pueblo en el condado de Wiltshire. Su tío, propietario de una editorial de revistas, viajaba a Londres un par de veces a la semana para reunirse con sus directores, mientras su tía se dedicaba a criar caballos y perros. Villiers fue el hogar de Isobel hasta que fue a estudiar a la Universidad de Warwick y conoció a David Taylor, con quien se casó en cuanto terminó la licenciatura.

—Eso es porque el tío Sam me tiene muy ocupada —respondió ella, alegrándose de hablar de su trabajo y no de su vida personal. Le gustaba entrevistar a gente y agradecía la confianza que su tío había depositado en ella.

Cuando se matriculó en la universidad, lo hizo con la intención de obtener una licenciatura en Periodismo y trabajar en algún periódico de tirada nacional, con la ilusión de convertirse en corresponsal de guerra.

Pero cuando conoció a David, uno de sus profesores, todo eso cambió, y ella se dijo que era feliz estando con él y trabajando como ayudante de documentación hasta que tuvieran hijos.
Por supuesto aquello nunca llegó. Dos años después de su boda, Isobel se encontró sola y perdida. Con retraso logró su trabajo como periodista, pero no el que había imaginado.
—Entonces le diré a Sam que deje de mandarte de la Ceca a la Meca —dijo Olivia enfadada—. Ya es hora de que encuentres a un hombre decente y vuelvas a casarte.
—Ya lo he hecho, y no, gracias, no pienso repetir —exclamó Isobel al instante.
Aunque habían pasado seis años desde el divorcio, no tenía ningún deseo de establecer ningún tipo de relación sentimental. Le gustaba su vida, le gustaba su independencia, y que hubiera estado a punto de sucumbir a un momento de locura la tarde anterior…
—¿Seguro que no has conocido a nadie? —insistió su tía Olivia, que a veces podía ser muy perspicaz.
—No —dijo Isobel sentándose en el brazo del sofá—. Bueno, ¿qué tal va todo por ahí? ¿Ya ha nacido el potrillo de Villette?
—Eh, tengo la sospecha de que estás intentando cambiar de conversación, Belle, pero te lo perdono —dijo Olivia—. Venga, ¿por qué no vienes a vernos este fin de semana? Los Aitken dan una cena para celebrar el cumpleaños de Lucinda, y estarían encantados de que vinieras.
Isobel se mordió el labio. Aparte de que no tenía nada en común con Lucinda Aitken, su hermano Tony estaría allí, y sabía que sus tíos hacía tiempo que albergaban esperanzas de que se casara con él.
—No estoy muy segura —respondió Isobel—. A lo mejor voy el domingo, a pasar el día.
Olivia suspiró decepcionada.
—Supongo que me tendré que conformar con lo que sea —dijo la mujer con toda franqueza—. ¿Por qué no lo piensas, querida? Llámame mañana, ¿vale? A lo mejor puedes venir.
Pero Isobel no podía enfrentarse a Tony aquel fin de semana.
—Vale, lo pensaré —dijo por fin.
—Bien —Olivia sonaba mucho más optimista—. Sé que lo intentarás. Oh, y para tu información, Villete ha tenido un potrillo negro precioso. De momento le hemos llamado Río, pero puedes elegir otro nombre cuando lo veas.
¡Río!
¿Es que no podía escapar de todo lo brasileño?
—Tengo muchas ganas de verlo —dijo Isobel con una sonrisa en los labios, y cuando colgó el teléfono supo que era muy cierto.

Después de la reunión, al ver que llovía, Alejandro frunció el ceño. Dado que era hora punta en Londres, no había taxis libres, por lo que subiéndose el collar de la chaqueta de mohair se dirigió al metro más cercano. Podía haber pedido que le recogiera un coche de la empresa, pero no estaba acostumbrado a tanta inactividad.

En Brasil, caminaba, nadaba y navegaba prácticamente todos los días, y cuando quería más tranquilidad se dirigía a la hacienda que su familia poseía al norte de Río de Janeiro.

No estaba de muy buen humor. De hecho, no lo estaba desde que salió del apartamento de Isobel por segunda vez en estado de pura frustración.

Podía haber vuelto de nuevo más tarde, pensó, pero su orgullo no se lo permitió, y se consoló diciéndose que las mujeres con las que se relacionaba normalmente nunca invitarían a un hombre a entrar en su apartamento, al menos estando solas. Y mucho menos tras un comportamiento como el suyo la primera vez.

Pero ella lo había invitado y ahora estaba pagando por ello.

Alejandro sacudió la cabeza, impaciente consigo mismo, e impaciente con el tiempo. Cuanto antes regresara a Río de Janeiro mejor.

Y a Miranda, aunque eso era lo que menos le apetecía. La joven le caía bien, desde luego. Prácticamente habían crecido juntos, pero a él no le gustaban las compañías que ella frecuentaba en la actualidad. Y además sus padres esperaban demasiado de lo que era, básicamente, una amistad. Esperaban un anuncio de compromiso, pero se iban a llevar una gran decepción.

Consultó el mapa del metro y vio que el apartamento de Isobel estaba sólo a un par de estaciones.

Exhaló profundamente. Vale, ¿por qué no aprovechar la oportunidad para ir a recoger su cazadora?, se dijo. Dentro de unos días regresaba a Brasil, y quizá aquélla fuera la última vez.

Media hora más tarde subía las escaleras del apartamento de Isobel, con la chaqueta empapada y los mocasines totalmente encharcados.

Llamó al timbre y la espera se le hizo eterna, sobre todo comparado con la rapidez con que respondió a la llamada de su vecina el día anterior. Pero por fin la puerta se abrió unos centímetros y Alejandro vio el cuerpo de Isobel medio oculto tras la misma, cubierto tan sólo con un albornoz.

Probablemente acababa de salir de la ducha. Tenía las mejillas encendidas y el pelo húmedo le caía sobre los hombros.

Por el momento, Isobel se le quedó mirando, incapaz de reaccionar. De lo único que era consciente era que debajo del albornoz estaba desnuda, y de las gotas de agua que le bajaban por el cuello.

—Estaba en la ducha —balbuceó por fin, y Alejandro asintió.

—Ya lo veo. ¿Vengo en un mal momento?

«¿Tú qué crees?», le hubiera podido responder ella, pero no lo hizo. Se pasó la lengua por el labio superior y encogió levemente los hombros.

—Supongo que vienes a buscar la cazadora —dijo ella, pensando que de nada serviría imaginar que tenía otro motivo.

Aquella tarde iba vestido más formalmente, con un elegante traje de mohair, aunque la chaqueta estaba totalmente empapada. Al igual que el pelo, que llevaba pegado a la cabeza por el agua.

—¿La has encontrado? —preguntó él con su voz grave.

—Claro, no era difícil —respondió ella casi sin respiración.

Alejandro inclinó la cabeza.

—Claro —hizo una pausa—. ¿Estás bien?

—Con un poco de frío —reconoció Isobel, dándose cuenta de que no podía ir a buscar la chaqueta y dejarlo plantado en el pasillo—. Supongo que será mejor que entres —murmuró por fin.

—¿Estás segura?

Alejandro era el que no estaba seguro de lo que hacía, pero aceptó la invitación.

—¿Por qué no? —preguntó Isobel, y dejando la puerta abierta, volvió con pasos rápidos hacia el salón—. Cierra la puerta, ¿quieres? —le dijo dirigiéndose a su dormitorio—. No tardo nada.

Alejandro cerró la puerta y se apoyó en ella. Lo pensó un momento y giró la llave. Por seguridad, se dijo. Después fue al salón.

El salón estaba limpio, y no quedaba ni rastro de la fiesta de Julia. Al fondo había una puerta abierta, y la curiosidad le llevó a ver adonde daba. Tras titubear un momento, cruzó el salón y se metió por el pasillo que probablemente daba acceso al dormitorio y el cuarto de baño.

Abrió una de las dos puertas. Era el dormitorio. Sobre la colcha estampada de la cama había varias prendas de ropa. ¿Se estaba arreglando para salir?, se preguntó él, aflojándose inconscientemente el nudo de la corbata al sentir una punzada desconocida en las entrañas.

No podía estar celoso, se dijo, bajándose el nudo hasta la pechera. El nunca podría entablar una relación con una mujer inglesa.

Sin embargo…

Al otro lado del dormitorio se abrió una puerta y apareció Isobel vestida únicamente con un diminuto sujetador y unas braguitas de encaje a juego. Los rizos todavía húmedos le caían sobre los hombros, y parecía distraída, aunque estaba increíblemente sexy, y Alejandro sintió el impacto en las entrañas y notó la fuerte reacción de su cuerpo.

Pero ella estaba demasiado concentrada en ponerse las medias de seda

que había sobre la mesa y no reparó en su presencia. Al menos al principio. Hasta que de repente algo, quizá el sonido de una respiración acelerada desde la puerta, la hizo levantar la cabeza y mirar en su dirección.

Con una pierna levantada en el aire estaba irresistible, y Alejandro, a pesar de la exclamación de ella al verlo, entró con pasos lentos en el dormitorio.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó ella, casi sin poder pronunciar las palabras.

Tirando de las medias, hizo una bola con ellas y se las lanzó—. ¡Fuera de aquí! ¡Te he dicho que esperaras en el salón! —le gritó, entre asustada e indignada.

—Si no recuerdo mal, no me has indicado exactamente dónde debía esperar —

le contradijo Alejandro, atrapando la bola de seda negra con una mano y llevándosela a la cara—. Mm, huele a ti —continuó—. No te enfades, *cara*. Eres una mujer preciosa. No te avergüences de tu cuerpo.

—¡No me avergüenzo! —le respondió ella poniéndose de pie—. Y si eso es una disculpa, no la acepto. No tienes ningún derecho a entrar aquí y comportarte como si debiera sentirme halagada.

—No era una disculpa —dijo él dejando caer las medias en el suelo y mirándola a la cara—. Sólo decía la verdad. No me culpes por eso.

—Sí, claro —Isobel miró a su alrededor, buscando algo, quizá la bata, para cubrir su semidesnudez. Pero la bata estaba en el cuarto de baño —. ¿Y supongo que, si fuera brasileña, me comportaría igual?

Alejandro apretó los labios. A pesar de lo ocurrido recientemente, no podía negar que la madre de Miranda nunca le hubiera permitido entrar en el dormitorio de su hija, incluso si él hubiera querido. A pesar de las nuevas libertades del siglo XXI, las mujeres de buena familia mantenían sus costumbres de siempre. Claro que eso no quería decir que los jóvenes no se revelaran. El estaba convencido de que Miranda había hecho cosas de las que su madre no sabía nada.

—Me lo imaginaba —dijo ella dándole la espalda—. Ahora, por favor, vete.

Alejandro apretó los puños, reprimiendo el impulso de sujetarla por los hombros y pegarla a él, medio desnuda como estaba. Desde su perspectiva, apenas lograba vislumbrar los senos, pero la estrecha curva de la cintura y las hermosas caderas resultaban irresistibles, así como las nalgas redondeadas que se adivinaban bajo el encaje negro de las bragas. Sintió que toda la sangre se le arremolinaba en el sexo.

La deseaba, reconoció. Deseaba enterrar su sexo ardiente en ella y acabar con todo el estrés y la frustración que sentía desde que la besó

por primera vez.

Pero no podía hacerlo.

No debía.

No era un animal.

Y ella no era una prostituta barata a quien él podía seducir y dejar sin volver la vista atrás. La respetaba demasiado, y por eso tenía que salir de allí antes de perder por completo el juicio.

Los ojos azules de ella, claros y transparentes como el cielo estival, buscaron su atormentada mirada. Durante un momento se quedaron mirando, hasta que al final ella dijo:

—La… la chaqueta está colgada en la percha de la entrada. A lo mejor la has visto al entrar.

En realidad Alejandro no había visto nada más que a ella.

—Gracias —dijo él en voz baja, y retrocedió hacia la puerta. Pero antes de salir, hizo un asentimiento con la cabeza—. Ha sido un placer conocerte, Isobella —dijo con ironía—. Adiós, querida. Espero que tengas una buena vida —concluyó antes de salir al salón.

Mientras Isobel asimilaba la finalidad de sus palabras, prestó atención esperando oír el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Pero no lo oyó.

El silencio que la envolvió era ensordecedor, y con una mezcla de ansiedad y curiosidad, se puso una camisa sobre la ropa interior y salió al salón.

Allí estaba Alejandro, de pie junto a la ventana, contemplando las luces de la ciudad.

Llevaba puesta la chaqueta con la que llegó a su casa, y ahora Isobel se dio cuenta de lo mojada y arrugada que estaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó pidiendo una explicación a su presencia allí.

Alejandro se volvió en redondo, con las manos en el cuello, y ella se dio cuenta de que estaba apretándose el nudo de la corbata. Se había precipitado, tenía que haberle dado más tiempo.

—Tienes una vista muy interesante —dijo él dejando caer las manos a los lados

—. Perdona, ya debería haberme ido.

—Tienes la… la chaqueta empapada —dijo ella, incapaz de pensar en nada más.

—Está lloviendo —dijo él abriendo las manos.

Isobel apretó los labios.

—Podrías ponerte la otra cazadora —comentó.

—Podría, sí —dijo él, quitándose la chaqueta de mohair.

Isobel salió al vestíbulo a buscar la cazadora de piel y se la llevó.

—Muchas gracias —dijo él tomándola de sus manos.

—De… de nada —murmuró ella. Y sin poder evitarlo, añadió—: La camisa también está mojada.

Alejandro levantó una mano y se la pasó por el pecho, alisando el suave tejido.

La seda se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—Así es —reconoció con una sonrisa—. Por desgracia, es la única que tengo.

—Puedo… puedo secártela —se ofreció ella temerariamente.

—Mejor que no, *cara*.

—¿Por qué no?

—Conoces la respuesta tan bien como yo —murmuró Alejandro con la voz pastosa y recorriendo con los ojos la sensual belleza de los labios femeninos, tentadores y carnosos—. ¿O tan inmune eres a la atracción que existe entre nosotros que no te importa lo que haga?

Claro que le importaba. Nunca había sido tan consciente de ningún hombre, de su calor y de su magnetismo, del aura indefinible de virilidad que le rodeaba, y de la fuerza que emanaba de su cuerpo.

—Me… me importa —dijo ella por fin.

Alejandro dejó caer la cazadora y le acarició la mejilla con el dedo.

—Mierda —masculló por fin.

Y con la mano la sujetó por la nuca y la atrajo hacia él para cubrirle la boca con la suya.

Capítulo 4

Isobel dejó escapar un involuntario gemido bajo los labios masculinos. La suave presión inicial de su boca era tan insistente, tan tentadora que no pudo evitar apoyar las manos abiertas en la camisa húmeda y acariciar la tela mojada.

Alejandro intensificó el beso, deslizando la mano por los mechones aún mojados, explorándole la oreja con el pulgar, y le echó la cabeza hacia atrás para poder buscar con la boca la columna temblorosa de su garganta.

—Yo… no… no deberíamos —logró balbucear ella al notar cómo le deslizaba la camisa por los hombros y le bajaba las tiras del sujetador.

—¿Por qué no? —susurró él—. ¿No quieres que te enseñe el efecto que tienes en mí?

—Yo… —el erótico roce de los dedos masculinos sobre sus senos le entrecortó la respiración, y casi se olvidó de lo que iba a decir—. Alejandro…

—No me digas que no lo quieres tanto como yo —insistió él, en un tono más suave y sensual, descendiendo hasta los senos y rodeándolos con la lengua.

Isobel gimió cuando él cambió la lengua por los dientes y se metió un pezón erecto en la boca, pero intentó recordar las razones por las que no debían seguir adelante. Sin embargo, cuando él la sujetó por ambas nalgas y la pegó contra él, haciéndole sentir la inconfundible presión de su erección en el vientre, las piernas le flaquearon y la mente se le quedó en blanco.

—¿No? —murmuró.

—Oh…

Le era imposible decir las palabras que quería decir, y Alejandro, con una exclamación triunfal, la alzó en brazos.

—Te deseo —le dijo enterrando la cara en el hueco de la garganta—. Déjame demostrártelo.

Le buscó la boca con la suya a la vez que la llevaba en volandas hacia el dormitorio. Tanto la camisa como el sujetador habían desaparecido y, aparte del diminuto trozo de encaje negro, estaba desnuda en sus brazos.

Alejandro la tendió en la cama, se quitó la camisa y se tumbó a su lado. La besó de nuevo mientras ella trataba de desabrocharle el cinturón.

La deliciosa provocación de los senos femeninos contra su pecho casi le hicieron perder por completo el control. El deseo de separarle las

piernas y penetrarla era casi irresistible, pero quería que ella disfrutara tanto como él.

En el caso de Isobel, una vocecita seguía insistiendo en algún rincón coherente de su mente de que aquello no podía pasar. Nunca había sido una mujer promiscua y, aparte de David, no conocía a ningún otro hombre.

Pero al notar cómo él se bajaba la bragueta y los pantalones no pudo resistirse a intentar confirmar lo que su subconsciente le estaba diciendo que no podía ser cierto.

Sin embargo, el calor que latió en sus manos era demasiado real y potente. Alejandro se bajó los pantalones por las piernas, dejando al descubierto una potente erección.

Cuando ella le acarició el sexo con la mano, él contuvo el aliento, sintiendo que estaba quedándose casi sin oxígeno.

— *Cara*, ten cuidado —protestó con voz pastosa—. Si sigues así, no sé si podré controlarme.

Isobel se humedeció los labios con la lengua.

—Pero te gusta, ¿no? —preguntó ella.

Alejandro soltó una risa grave.

—Sí, me gusta, mucho —reconoció él con toda franqueza, pero le sujetó ambas manos y la alzó por encima de la cabeza—. Yo también quiero acariciarte, por todo el cuerpo.

Isobel tembló. Tenía el cuerpo en llamas de excitación, y cuando él le bajó las braguitas de encaje por las piernas no sintió nada de vergüenza.

Por primera vez en su vida disfrutaba de su desnudez y de la reacción de Alejandro ante su cuerpo. Con David, nunca se había sentido así, algo que tardó mucho tiempo en entender.

Alejandro bajó la cabeza y enterró la cara entre los suaves rizos del pubis, buscándola con los dedos y separando los pliegues húmedos entre las piernas. Estaba húmeda, muy húmeda y excitada, descubrió él, pero no pudo evitar la sensación de estar seduciendo a una mujer inocente. ¿Y por qué le resultaba tan imposible de resistirse?

Isobel separó las piernas casi involuntariamente.

Las sensaciones que Alejandro despertaba en ella la debilitaban y le hacían desear más. Le costaba respirar. Y cuando la lengua masculina ocupó el lugar de sus dedos, penetrando entre los pliegues de su sexo, Isobel no pudo evitar el grito ronco que salió de su garganta.

Isobel estaba al borde de la incoherencia, necesitando únicamente mitigar las sensaciones que se habían apoderado de ella. Entonces Alejandro levantó la cabeza y la besó en la boca. Después, sentándose a horcajadas sobre sus muslos, acarició su punto más sensible con su miembro viril.

—Tengo que hacerte mía, *cara* —susurró roncamente.

Y con una facilidad envidiable, le separó de nuevo las piernas y se adentró en ella dejándose envolver por su cuerpo.

Era casi como hacerle el amor a una mujer virgen, y entonces Alejandro sintió un profundo desprecio por su ex marido.

Después, deslizando las manos bajo las nalgas femeninas, la alzó y se encajó en ella más profundamente. Sorprendentemente, ella lo aceptó rodeándole las caderas con las piernas. De todas las mujeres con las que había hecho el amor, ella era la más apasionada, y quiso prolongar al máximo la búsqueda del placer más absoluto.

Pero la apasionada reacción de Isobel enseguida lo llevó a acelerar el ritmo, e incluso sus grititos de placer no hacían más que excitarlo cada vez más.

Intentó retener el control, pero sabía que era una batalla perdida. Cuando notó las convulsiones femeninas a su alrededor y se sintió empapado en su esencia, no pudo contenerse más y con un gemido final se rindió al bendito placer de su orgasmo.

Por fin el cuerpo de Alejandro dejó de temblar y él se hizo a un lado para que Isobel pudiera respirar mejor. Entonces un sonido estridente se adentró en su cerebro.

Lo oyó pero no lo reconoció, o quizá no quiso reconocerlo, pero el sonido continuó insistente y él se vio obligado a identificarlo: era su teléfono móvil.

Tenía la cara enterrada en la almohada junto a la cabeza de Isobel, y deseó con una intensidad casi paranoica que alguien apagara el maldito teléfono. Por fin recordó que el teléfono estaba en el bolsillo de su chaqueta, y su chaqueta en el suelo del salón.

Mascullando una maldición, Alejandro se levantó.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Isobel volviendo la cabeza hacia él —. ¿Qué haces? —preguntó al verlo en pie—. No quiero que te vayas.

—Créeme, yo tampoco quiero irme —le aseguró él con toda sinceridad, tomándole una mano y llevándosela a la boca. Brevemente le acarició la piel con la lengua y después añadió—: Es mi móvil.

Isobel frunció el ceño.

—¿Tu móvil?

—Sí, mi móvil —dijo él buscando los pantalones. Saltando sobre una pierna, empezó a ponérselo—. Perdona, querida. Seguro que es mi padre, y cuando me llama y no contestó se lo dice a mi madre y ella se preocupa —alzó las cejas a modo de disculpa—. Los dos se preocupan. Creen que Londres es un lugar peligroso.

—No tan peligroso —protestó Isobel apretando los labios.

—Cierto —dijo él abrochándose los pantalones.

Y con una sonrisa, salió del dormitorio.

Era su padre, y no únicamente para interesarse por el bienestar de su hijo. Esta vez, la noticia hizo que Alejandro cerrara los ojos en un gesto de frustración. Una semana antes, su padre ya le había llamado por el mismo motivo, y ahora parecía que la situación, en lugar de mejorar, había empeorado.

—Pero ¿no puede ocuparse Anita? —dijo Alejandro con impaciencia —. Por el amor de Dios, padre, Miranda sólo tiene diecinueve años.

—Anita dice que ya no puede más. Y que tu viaje a Londres no ha hecho más que exacerbar el problema. Miranda no hace caso a nadie, ni a Anita ni a su psicólogo

—su padre se interrumpió—. Tengo entendido que hoy has tenido tu última reunión,

¿no? Sé que tenías intención de volar a París, pero creo que es importante que vuelvas, Alejandro. Tienes que intentar que entre en razón.

—Yo no soy psicólogo, papá —dijo Alejandro pasándose los dedos por el pelo.

—Pero eres al único a quien hace caso —declaró Roberto Cabral—. Por favor, Alejandro. No me obligues a suplicarte —dijo antes de despedirse y colgar.

Alejandro estaba cerrando el teléfono cuando vio a Isobel en la puerta. Esta se había cubierto de nuevo con la camisa, pero la tela apenas le llegaba a los muslos e iba descalza.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sin comprender.

—Era mi padre —dijo él metiéndose el teléfono en el bolsillo—. Por desgracia, tengo que volver a Río de Janeiro en el primer vuelo.

Isobel sintió que se le caía el estómago a los pies.

—¿A Río de Janeiro? —preguntó con una terrible sensación de abandono.

—Me temo que sí.

—¿Ha pasado algo? ¿Tu madre? ¿Está enferma? —no entendía qué otra cosa podría ser tan urgente.

—No —Alejandro hizo un esfuerzo para pasar junto a ella sin abrazarla como deseaba—. Es por negocios —mintió yendo al dormitorio a recuperar el resto de su ropa—. Aunque mi padre se retiró hace tiempo, sigue teniendo mucho interés en los asuntos de la empresa.

Isobel se mordió el labio.

—Ya veo.

Alejandro estaba seguro de que no era así, pero no podía contarle nada más.

—No pongas esa cara. Quiero volver a verte. Es sólo que…

—Negocios —terminó ella con tono cansado—. Lo sé. Más vale que te des prisa.
No querrás perder el avión.
Alejandro terminó de abrocharse la camisa y la miró dolido.
—No hables con tanta amargura, Isobella. Sí hubiera alguna forma de librarme de este compromiso, lo haría.
—Sí, ya.
Era evidente que no le creía, pero Alejandro no quería que las cosas terminaran así.
—Volveré. Volveré a Londres. Esto no es el final, te lo prometo.
Isobel apretó los labios y movió la cabeza. Quería creerlo, sí, pero que tuviera que dejar el país justo después de hacerle el amor parecía una mala pasada del destino.
—No importa —dijo ella.
Pero Alejandro no podía dejarlo así.
—Claro que importa —dijo él calzándose—. No quiero que pienses que no me importas.
—¿Y te importo? —preguntó ella con los dientes apretados, perfectamente consciente de que él diría cualquier cosa para tranquilizarla.
—Claro que sí —Alejandro la miró con intensidad unos momentos, porque sabía que, si se acercaba a ella y volvía a rozarla, no la podría soltar—. No creas que no soy consciente de mis… responsabilidades —un ligero rubor le cubrió las mejillas
—. Tienes derecho a dudar de mí. He sido muy temerario, ahora me doy cuenta.
Debería haber tomado precauciones, pero…
La exclamación de angustia de Isobel lo obligó a callar.
—No, no —le ordenó ella—. No digas ni una palabra más. Dios mío, casi me engañas, en serio —le dijo con vehemencia—. Puedes guardarte tus preocupaciones.
No tienes que preocuparte por mí. Sé cuidarme sola.
—Isobella…
—Y no me llames así. Me llamo Isobel —se sujetó los bajos de la camisa como para protegerse—. Vete, por favor. Antes de que alguno de los dos digamos algo de lo que nos arrepintamos.
—Isobel, por favor.
—No.
A ella se le entrecortó la voz, pero cruzó los dedos para que no se diera cuenta.
No podía desmoronarse delante de él. ¡No! Aunque eso era lo que quería, gritar sus sentimientos de traición a los cuatro vientos.

En lugar de eso, caminó con pasos firmes hacia la puerta, negándose a mirarlo.

—Querida, por favor —dijo él angustiado.

Pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—Que tengas un buen viaje —logró decir por fin, abriéndole la puerta para que saliera.

Después la cerró tras él y echó el cerrojo antes de dejar que las lágrimas le cayeran desesperadamente por las mejillas.

Capítulo 5

Tres años después

Desde el aire, la ciudad de Río de Janeiro era impresionante, con el Cerro Pan de Azúcar, la estatua del Cristo Redentor en la cima del Cerro del Corcovado y las maravillosas playas de la bahía de Guanábana.

Isobel había leído que los primeros pobladores de la zona creyeron que la bahía era la desembocadura de un río, y eso, junto con el mes de su descubrimiento, fue lo que dio el nombre a la ciudad.

Durante el viaje había leído mucho, aprovechando las once horas de vuelo en conocer mejor aquel fascinante país y sus gentes. Ya tendría tiempo de conocer a su entrevistada cuando se reuniera con ella. Sabía que Anita Silveira era una escritora famosa de la que había leído casi todos sus libros, por lo que sentía que la conocía un poco.

La ironía de aceptar el encargo no se le pasaba por alto. Su tía Olivia no había querido que fuera, e incluso su tío Sam tuviera sus reservas, pero por lo visto Anita Silveira había leído algunas de sus entrevistas y quería que fuera ella quien le hiciera la entrevista. Siendo como era una exclusiva tan importante para la revista, Sam Armstrong había accedido a dejarla ir.

Las probabilidades de encontrarse con Alejandro Cabral eran prácticamente nulas, le había asegurado Isobel a su tía. Río de Janeiro era una ciudad enorme, con más de seis millones de habitantes. ¿Cuántas probabilidades habían de encontrarse otra vez con el padre de su hija? Más bien ninguna.

De todos modos, Isobel no podía negar que tenía ganas de conocer la ciudad natal de Alejandro y su lugar de residencia. Aunque su relación fue muy breve, había tenido consecuencias duraderas, pensó amargamente, aunque ella no cambiaría a Emma por nada. Su hija le había dado verdadero sentido a su vida.

Pero ahora Río de Janeiro quedaba atrás. Nada más llegar a la ciudad dos días antes, Ben Goodman, su anfitrión y amigo de su tío, le informó de que la señora Silveira se había trasladado a su villa, en la costa al norte de Río de Janeiro, y ella tuvo que volar hasta Porto Verde para realizar la entrevista.

Aunque Ben Goodman nunca había estado en la casa de la escritora, le dijo a Isobel que tenía fama de ser una casa preciosa. Anita Silveira era una mujer que poseía una importante fortuna, le había dicho, un poco arrogante quizá, según tenía entendido, pero también había vivido una gran tragedia personal: la muerte de una hija con tan sólo

veintidós años.
Anita Silveira rara vez concedía entrevistas, y esta vez sólo lo había hecho porque Sam Armstrong hizo una crítica muy positiva de su primer libro, publicado muchos años atrás. Siendo una escritora de renombre, no necesitaba promocionarse ni publicitarse, y era una persona muy celosa de su intimidad. Isobel tenía claro que le había concedido una oportunidad única.
La azafata recorrió el pasillo informando a los pasajeros que no tardarían en tomar tierra y pocos minutos después el aparato empezó a descender hacia las pistas de aterrizaje. Después de aterrizar, el aparato se dirigió hacia la pequeña terminal.
En el vuelo apenas había una docena de pasajeros, en su mayoría turistas en una zona que ofrecía excelentes oportunidades para hacer senderismo y escalada, así como deportes acuáticos en el enorme lago Sao Francisco.
Una vez más, Isobel notó la fuerte bocanada de aire caliente al descender por la escalerilla del avión y caminar hacia el vestíbulo. Después de hacerse con su equipaje, salió a la parada de taxis.
Aunque tenía la dirección de Anita Silveira, aquella tarde prefería hospedarse en un hotel y relajarse tras el viaje.
Sin embargo, antes de llegar a uno de los taxis, un hombre mayor vestido con una camisa blanca, un chaleco negro y pantalones holgados se acercó a ella.
—¿Señora Jameson? —le preguntó, con una sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de dientes manchados de tabaco.
—Sí —dijo ella sorprendida—. Yo soy la señora Jameson.
— *Muilo prazer* señora —dijo el hombre haciéndose con su maleta y llevándola hacia una limusina aparcada junto a la acera—. Por favor, suba.
Isobel titubeó.
—¿Quién es usted? —preguntó educadamente.
—Me llamo Manos —respondió el hombre señalándose con el dedo—. Trabajo para la señora Silveira.
—Ah. ¿Va a llevarme a un hotel? —preguntó Isobel un tanto aliviada.
—¿Hotel? No hotel, señora. Usted se alojará con la señora Silveira, ¿no?
Isobel frunció el ceño. Su tío le dijo que la señora Silveira se ocuparía de su alojamiento, pero pensaba que sería en un hotel. Además, ¿quería alojarse con una desconocida, por generosa que fuera la invitación? Ella siempre prefería mantener su independencia.
—Por favor —el hombre volvió a señalar el coche, y esta vez abrió el maletero y metió la maleta—. No está lejos, señora. Yo conozco muy bien.

Isobel sacudió la cabeza. No eran sus dotes de conductor lo que le preocupaba, pero siguió sus instrucciones y se sentó en el amplio vehículo.

La carretera avanzaba sinuosamente en paralelo a la costa, pero la pesada limusina resultó sorprendentemente cómoda, sobre todo en algunas de las zonas más bacheadas que atravesaron.

—¿Está muy lejos? —preguntó ella por fin cuando atravesaron una pequeña aldea de casitas de colores con tejados rojos apiñadas alrededor de una pequeña plaza. Grupos de niños descalzos y perros esqueléticos interrumpían sus juegos para ver el paso del elegante vehículo, e Isobel se preguntó si Anita Silveira disfrutaba de la superioridad que le daba aquel enorme coche a los ojos de sus vecinos.

—No, señora. Enseguida llegamos —respondió Manos.

El vehículo continuó avanzando por una carretera flanqueada de árboles llenos de flores hasta que llegaron a una verja de hierro coronada por una pequeña cúpula.

Manos cruzó la verja y aceleró por el sendero de gravilla que discurría entre cuidadas praderas de césped a izquierda y derecha. El sendero conducía hasta una pantalla roja de poincianas reales en flor tras las que se veía un porche de altas columnas que sin duda rodeaba toda la casa y que sería el lugar ideal para refugiarse del fuerte calor de las primeras horas de la tarde. Las ventanas arqueadas de la planta superior daban al edificio un aspecto de gran elegancia, y en el patio delantero, decorado con una gran profusión de arbustos floridos, había una fuente de piedra. El agua se derramaba plácidamente hasta la base que estaba llena de orquídeas.

Dos hombres con ropas similares a las de Manos, pero mucho más jóvenes, salieron a recibirlos. Uno de ellos abrió la puerta de Isobel para que ésta descendiera, mientras el otro sacó su maleta del maletero.

Isobel no estaba acostumbrada a aquel trato, pero era evidente que a Anita Silveira le gustaba vivir con estilo, aunque fuera en su casa de campo. Cuando se apeó del coche, el cansancio se hizo más evidente, e Isobel deseó alojarse en un hotel y poder descansar antes de enfrentarse a su anfitriona.

Entonces apareció en el porche una mujer alta de melena negra que le caía hasta los hombros. La mujer supervisó el trabajo de los criados, pero no se acercó a ellos.

—La señora está esperando —le informó Manos con gesto nervioso, y le señaló hacia la casa.

Isobel no tuvo más remedio que subir los escalones del porche. Al acercarse a la mujer, se dio cuenta de que era muy hermosa: pómulos altos, nariz prominente y una boca carnosa y apasionada.

Por un momento Isobel creyó que la mujer iba a ignorar su presencia, que iba a dar media vuelta y entrar en la casa, dejándola sola, pero el momento pasó y salió a recibirla tendiéndole una mano con el aplomo regio de una reina.

—¿Señorita Jameson? —preguntó, como si hubiera alguna duda sobre la identidad de Isobel—. Bienvenida a Villa Mimosa, señorita Jameson. Soy Anita Silveira. Entre, por favor. Debe de estar cansada después de un viaje tan largo.

Isobel suspiró aliviada al ver que la escritora hablaba perfectamente su idioma.

—Así es —respondió ella siguiendo a la mujer hasta el interior, a un amplio vestíbulo—. Gracias por alojarme en su casa.

Anita restó importancia a sus palabras con un ademán, e Isobel miró a su alrededor con interés: paredes revestidas con paneles de madera oscura, suelos de mosaico y mobiliario señorial iluminados por una gran lámpara de araña que colgaba del alto techo. La luz se colaba a través de las ventanas e iluminaba las hornacinas esculpidas en las paredes y las estatuas de mármol que se alojaban en ellas.

El efecto era bastante sobrecogedor, pero un cuenco de orquídeas blancas sobre un baúl de piel al pie de la escalinata proporcionaba una agradable nota de color.

Varias puertas arqueadas daban acceso a las estancias contiguas, llenas de muebles de roble y caoba, con un cierto toque barroco que resultaba un tanto recargado.

Una anciana completamente vestida de negro, con un delantal inmaculadamente blanco y el pelo plateado recogido en un moño, apareció al fondo del vestíbulo. Probablemente el ama de llaves, pensó Isobel. Otro más de los criados de la escritora.

Tras una breve conversación con la anciana, Anita miró de nuevo a Isobel.

—Esta es Sancha. Ella cuida de mí y de mi casa cuando estoy aquí —le informó la escritora—. Es mi ama de llaves. Si tiene alguna pregunta durante su estancia, puede dirigirse a ella.

Isobel esperaba que la mujer le estrechara la mano, pero la anciana continuó con los ojos en el suelo.

—Sancha le acompañará a sus habitaciones —continuó Anita Silveira.

—Gracias.

—La cena es a las nueve —añadió la escritora—. Cuando esté lista, toqué el timbre y uno de los criados le acompañará a la terraza.

—Gracias —volvió a decir Isobel antes de que la escritora desapareciera a través de uno de los arcos a la derecha.

En cuanto quedaron solas, Sancha le indicó que la siguiera.

—Es por aquí —señaló con el dedo la mujer.

Isobel la siguió. Pasaron bajo el arco de las escaleras y, por el porche, llegaron a la parte posterior del edificio.

El calor y la humedad eran intensos, e Isobel deseó que, fuera donde fuera, hubiera al menos aire acondicionado. Llevaba toda la ropa totalmente pegada al cuerpo por el calor, la humedad y el sudor.

De hecho, sus habitaciones daban al porche. Por una puerta doble de madera se entraba en un agradable salón con el suelo de madera, sofás de piel y varías acuarelas de paisajes en las paredes. Había una chimenea de mármol, que probablemente no se usaba muy a menudo, y una mesa redonda con cuatro sillas.

Incluso había televisión, algo que Isobel no esperaba.

La habitación tenía una decoración más moderna que la zona noble de la casa, e Isobel se volvió al ama de llaves con una sonrisa.

—Es preciosa —dijo—. Gracias, Sancha. Estoy segura de que estaré perfectamente.

—Aquí está el dormitorio —dijo la mujer cruzando la estancia y abriendo una puerta que daba a un dormitorio con su propio cuarto de baño—. ¿Todo bien? —

preguntó la mujer.

—Muy bien. Hum, *muito bem* —respondió Isobel, tratando de utilizar el poco portugués que había ido aprendiendo en los pocos días que llevaba en el país.

La mujer se limitó a asentir con la cabeza y salió de la habitación justo cuando los hombres llegaban con sus maletas.

Cuando quedó sola, Isobel pensó en darse una ducha, pero una doncella le interrumpió al llegar con una fuente de refrescos: té helado, café caliente y una jarra de zumo de frutas, además de unos sandwiches y canapés de caviar y queso.

No tenía hambre, pero no pudo resistirse a probar la comida. Como todo lo demás en la casa, era delicioso.

«Me podría acostumbrar», pensó para sus adentros. O quizá no. De momento estaba demasiado cansada para pensar.

Pero no para llamar a sus tíos y decirles que había llegado a su destino sana y salva y que ya estaba instalada. También quería noticias de Emma, a la que echaba mucho de menos cada vez que tenía que viajar por motivos de trabajo.

—Está bien —le aseguró su tía Olivia—. Hoy me ha ayudado a dar de comer a los caballos y después hemos ido a dar un paseo con los perros. Ahora duerme como una bendita, seguramente soñando con los cachorros recién nacidos —su tía se echó a reír—. Aunque ha preguntado al menos una docena de veces dónde estabas y cuándo volvías.

Isobel sintió un nudo en la garganta.

—Dile que le quiero mucho, ¿vale? —le dijo a su tía.
—Claro que sí —dijo su tío Sam por encima del hombro de su esposa —. Dime,
¿qué tal el hotel?
—No estoy en un hotel —le informó Isobel—. El hombre que vino a buscarme al aeropuerto me dijo que tenía alojamiento en casa de la señora Silveira, así que aquí estoy.
—¿Ya has podido hablar con Anita? —preguntó su tío.
—Sí, nos hemos visto un momento —dijo Isobel—. Parece… muy agradable.
—No suenas muy convencida —dijo su tío con voz más clara. Probablemente ahora era él quien tenía el teléfono.
—Ya lo creo que sí —protestó Isobel—. Ya te lo diré cuando pueda hablar con ella. Ahora tengo que colgar. Se me está terminando la batería y no quiero que se me descargue del todo.
Isobel colgó el teléfono y se comió uno de los sandwiches de pescado acompañado de una taza de café. Después de ducharse y deshacer el equipaje, salió al salón. Las cortinas no estaban echadas y fue a echar un vistazo al exterior. Aunque ya había oscurecido, los jardines estaban iluminados e incluso creyó ver un destello de agua, lo que podría ser una piscina, pero era demasiado oscuro para saberlo con certeza.
Entonces vio una sombra que cruzaba el porche. Inmediatamente se echó hacia atrás, asustada. Era un hombre, de eso estaba segura. ¿La habría estado espiando?
Miró hacia la puerta y recordó que no la había cerrado con llave. ¿Debía hacerlo ahora? ¿O asomarse a ver quién era?
No. Lo mejor sería tranquilizarse. Estaba nerviosa, se dijo, ansiosa por su hija y por la entrevista con Anita Silveira. Lo que necesitaba era dormir profundamente una noche y recuperarse por completo del viaje desde Europa.
Se puso un vestido negro de tirantes, formal sin ser demasiado tradicional, y unas sandalias también negras y se miró en el espejo. Los tacones resaltaban la elegancia de las piernas largas y torneadas y el par de kilos que había engordado desde el nacimiento de Emma daban a su figura un aspecto más sinuoso.
Cuando estuvo preparada tocó el timbre, y prácticamente al momento apareció una doncella para acompañarla de nuevo a la casa principal. Allí, en una terraza acristalada adyacente al salón, estaba Anita Silveira, lánguidamente tumbada en una *chaise longue*.
Cuando ésta oyó entrar a Isobel se puso en pie y la recorrió de arriba abajo con los ojos, con una mirada que no ocultaba cierta molestia, como si le faltara algo. La escritora llevaba un caftán de colores con

un pronunciado escote.
—Ah, señora Jameson —dijo dejando la copa que llevaba en la mano —. Está usted encantadora. Totalmente inglesa, por supuesto.
Isobel no lo hubiera pensado, pero comparado con la ropa colorida de Anita podía ser así.
—Me lo tomaré como un cumplido —dijo intentando bromear. Miró a su alrededor, y vio a un camarero de pie en una esquina—. Este sitio es precioso. Menos formal que… que…
—¿Mi casa le parece formal, señora Jameson?
Al oírla Isobel decidió que tendría que pensar bien sus palabras antes de hablar.
—Hum, tradicional —dijo por fin—. Me recuerda casas que he visto en Portugal
—se humedeció el labio y después continuó—: La verdad es que tiene una casa preciosa.
Las palabras de Isobel parecieron aplacar un poco a la mujer, que señaló hacia donde estaba el camarero.
—¿Qué quiere beber? ¿Vino, o quizá un cóctel?
—Vino blanco, por favor—dijo Isobel.
Lo que menos necesitaba era una bebida con alto contenido de alcohol para confundirla todavía más.
— *Muito bem* —Anita chasqueó los dedos—. Una copa de vino blanco para la señora, Ruis, por favor.
— *Sim,* señora.
Un momento más tarde Isobel tenía una copa de vino blanco en la mano.
—Gracias —dijo al joven que regresó a su puesto junto al gabinete.
Entonces Isobel oyó un ruido de pasos desde la habitación contigua. Eran pasos lentos, algo titubeantes, pero Anita se volvió con evidente placer hacia la puerta.
—Aquí está mi yerno —dijo sorprendiendo a Isobel, que no sabía que su hija se hubiera casado—. Ven a saludar a nuestra invitada, Alex. Te estábamos esperando.
Isobel suspiró. En el fondo esperaba que Anita decidiera empezar la entrevista aquella misma noche, pero ahora era evidente que sus intenciones eran otras. A pesar de su hospitalidad, Isobel se alegraría cuando por fin terminara con aquel trabajo. Y
desde luego, conocer a los miembros de su familia no era parte del trato.
Pero entonces sintió que le flaqueaban las piernas. El hombre que apareció por la puerta la miraba con ojos fríos y sarcásticos. Quizá Anita lo conociera como Alex, pero para Isobel aquel hombre era

Alejandro. Habían pasado tres años desde la última vez que se vieron, pero el hombre que entró arrastrando una pierna y con pasos desiguales a la terraza era sin duda el padre de su hija.

Capítulo 6

Isobel quiso sentarse, pero no podía hacerlo sin despertar la extrañeza de su anfitriona. Tampoco quería que ésta se fijara en la perplejidad reflejada en su rostro, y en lugar de eso, se mantuvo donde estaba con una estúpida sonrisa helada en los labios mientras Alejandro se acercaba a Anita.

Casi inconscientemente se dio cuenta de que él arrastraba ligeramente una pierna, y cuando él se inclinó para besar las mejillas de la escritora, Isobel vio la cicatriz que iba en diagonal desde la ceja derecha hasta la boca y tuvo que contener una exclamación.

—Hola, querida—dijo el recién llegado con la misma voz grave e inquietante que Isobel recordaba—. Veo que ha llegado nuestra invitada.

¿Nuestra invitada?

Isobel tragó saliva. ¿Qué querría que dijera ahora? ¿Querría que mencionara que se conocían? En otras circunstancias no lo hubiera dudado, pero aquélla era una situación muy especial, y potencialmente peligrosa. Por encima de todo tenía que pensar en Emma.

¿Sabría lo de su hija? ¿O era simplemente una terrible coincidencia, tan inesperada para él como lo era para ella?

—Sí, es la señora Jameson —oyó que decía Anita Silveira, que la estaba señalando con la mano—. Este es mi yerno, señora Jameson, Alex Cabral. Cenará con nosotros.

Antes de que Isobel pudiera decir nada, Alejandro le tendió la mano a modo de saludo.

—Bienvenida a Brasil, señora Jameson —dijo él—. Es un placer conocerla.

Así quedaba claro que él no tenía la menor intención de reconocer que la conocía. Isobel se humedeció los labios con la lengua, deseando mostrarse tan indiferente ante la situación como parecía estarlo él. A menos que no la recordara, claro. Quizá para él conocerla no había sido tan inolvidable. Probablemente se acostaba con muchas mujeres inglesas en sus visitas a Londres.

Y también estaba claro que había regresado a Brasil para casarse poco después.

Apretó la copa de cristal. No, no había sido tan inolvidable. Pero era otro hecho que debía olvidar si quería concentrarse en el artículo que iba a escribir, se recordó con firmeza. Aunque sabía que la hija de Anita había muerto a los veinte o veintidós años, estaba bastante

segura de que su tío no le había mencionado que hubiera estado casada.
A pesar de todo, Alejandro había cambiado. Parecía mucho más mayor de lo que ella recordaba, sin duda debido a la pérdida de su esposa.
Se le hizo un nudo en el estómago, pero lo ignoró. Lo que no pudo ignorar fue la sensación de que el carisma y el poder de Alejandro podrían volver a vencer su resistencia una vez más.
—¿Cómo está, señor? —dijo ella haciendo un esfuerzo, y mayor aún cuando los dedos fuertes y ligeramente encallecidos le tomaron la mano.
Lo que ya no pudo hacer fue evitar un retroceso instintivo al sentir la oleada de calor que le recorrió el brazo y la cara cuando la palma masculina le apretó breve e íntimamente la suya.
«Oh, no», pensó ella mirándole a los ojos y viendo el desprecio que torció los labios masculinos al ver su reacción. Sin duda Alejandro creyó que su aspecto la repelía. ¡Dios, cuánto se equivocaba!
Por lo visto Anita no quedó indiferente ante la tensión entre su yerno y su invitada.
—Su tío debió de decirle que mi hija Miranda murió hace poco más de un año
—intervino la mujer mirándola primero a ella y después a su yerno. A continuación se colgó del brazo masculino—. Desde entonces, Alex y yo estamos muy unidos.
¿Verdad, querido? Juntos hemos superado su pérdida.
Isobel abrió desmesuradamente los ojos. ¿Tan poco hacía que había muerto la hija de Anita?, se preguntó. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados antes de que… un accidente los separara? ¿O estaban ya casados cuando lo conoció en Londres?
—Desde luego —dijo él. Y a continuación, dirigiéndose a Isobel y en un tono mucho más frío, añadió—: Tengo entendido que usted también tiene una hija, señora Jameson. Es una lástima que no haya podido traerla con usted.
Isobel de repente sintió como si se ahogara. No podía respirar. Lo sabía, pensó.
Alejandro conocía la existencia de Emma. ¿Pero cómo? ¿Sabría que era su hija? ¿Y
cómo lo había descubierto?
—Yo… yo…
Las palabras se le atragantaron en la garganta al darse cuenta de que él no se había sorprendido al verla. Alejandro sabía que venía, y por una razón u otra, no intentó detenerla. ¿Por qué? ¿Por qué quería volver a verla? A menos que fuera por algo relacionado con Emma.

Con la boca seca, pensó en beber un trago de vino para aclararse la garganta, pero lo único que consiguió fue atragantarse con el líquido y empezar a toser descontroladamente. Alejandro se acercó a ella y le quitó la copa de la mano.

—Creo que nuestra invitada está demasiado cansada para responder a tus preguntas, Alex —dijo Anita, y chasqueando los dedos al camarero, le dio una serie de instrucciones en portugués—. Le he dicho a Ruis que Sancha le lleve la cena a su habitación. Estoy segura de que lo prefiere.

Isobel suspiró con alivio.

—Sí. Gracias, señora —dijo tratando de evitar los ojos de Alejandro—. Estoy muy cansada. Ha sido un viaje agotador. Si me disculpa, me retiraré a mi habitación.

—Acompañaré a la señora Jameson a su habitación —se apresuró a ofrecerse Alejandro.

A Anita sin embargo no debió de parecerle tan buena idea.

—Creo que la señora Jameson preferirá que le acompañe uno de los criados —

dijo dándole unas palmaditas en el brazo a Alejandro—. Apenas te conoce, Alex, y reconoce que a veces puedes resultar un tanto intimidador.

Alejandro apretó los labios y dijo algo a Anita en su idioma que le borró la sonrisa de la cara. Después, volviéndose a Isobel, le dijo:

—Le pido disculpas si le he intimidado, señora. No era mi intención.

Continuaremos nuestra conversación en otro momento.

Isobel quería decirle que no tenía nada de qué hablar con él, pero no era el momento de empezar una discusión, y prefirió responder con una sonrisa.

—Será un placer, señor —dijo negándose a dejarle ver el fuerte impacto que su presencia había tenido en ella.

Con alivio, Isobel siguió los pasos de la misma doncella que había ido a buscarla a su habitación y que le acompañó de regreso.

Cuando le llevó la comida, Isobel había perdido por completo el apetito. Se sentía enferma, desorientada, sin entender qué hacía allí ni por qué le habían seleccionado a ella.

¿Estaba allí para escribir un reportaje sobre Anita Silveira? ¿O había sido una estratagema para llevarla hasta allí? Si era así, ¿qué esperaba conseguir Alejandro? El único motivo podía ser Emma, y eso sí que la asustaba.

Todavía era de noche cuando Alejandro aparcó su todoterreno sobre las dunas en la parte posterior de la casa de Anita. Después de una tensa cena con su madre política, regresó a su casa, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Estaba resuelto a ver a Isobel, hablar con ella,

aunque eso significara ir en contra de los deseos de su suegra.

A pesar de la hora, las temperaturas seguían siendo bastante elevadas, aunque desde el océano llegaba una deliciosa brisa nocturna que refrescaba un poco el ambiente. El olor a sal que llegaba desde el mar era estimulante, y Alejandro pensó que en otras circunstancias habría pensado en salir a navegar en su yate.

La casa estaba a oscuras. Probablemente Anita todavía dormía; casi nunca se levantaba antes de las once, y por eso muchas veces él elegía aquel momento del día para dar un paseo por la playa.

Su finca estaba a unos veinte kilómetros de allí, por una serpenteante carretera que ascendía hacia las colinas.

Era duro, muy duro, mantener la calma. En ningún momento pensó que le fuera a resultar tan difícil volver a ver a Isobel. Porque mientras su situación había cambiado de forma tan rotunda, ella parecía exactamente la misma.

Aunque ahora era madre.

El día fue clareando lentamente y él continuó caminando por la arena. Entonces la vio. Apenas empezaba a amanecer, pero supo que la esbelta figura que se perfilaba contra el cielo amarillento del amanecer era ella. Apretó los dientes, y por un momento pensó si no sería producto de su imaginación. Pero no, estaba allí, con los pies metidos en el agua, dejando que las olas que rompían junto a la playa le acariciaran la piel.

—Hola —dijo cuando llegó casi a su altura.

Isobel dio un respingo, asustada. No esperaba encontrarlo allí, y mucho menos a aquella hora.

—¿Has venido a darte un baño? —preguntó él mirándola con intensidad.

Isobel retorció las manos nerviosa.

—No —se apresuró a responder, mirando hacia la casa. Entonces se le ocurrió

—. ¿Vives aquí?

Los labios de Alejandro esbozaron una leve sonrisa.

—No.

—¿Dónde has pasado la noche?

—Oh, por favor —Alejandro se echó el pelo hacia atrás y la miró con incredulidad—. Anita es mi suegra, no mi amante.

—¿Estás seguro de que ella piensa lo mismo?

La pregunta le salió de la boca sin poder evitarlo, y las manos de Alejandro se cerraron con rabia.

—¿Estás celosa? —preguntó él recuperando el aplomo—. Debo reconocer que es algo que no había considerado.

—¡Ya te gustaría!

Isobel tenía las mejillas cubiertas de rubor, pero en sus ojos había destellos de indignación, y Alejandro se arrepintió de haberse burlado de ella.

Pensó en el aspecto inocente que tenía, sin maquillaje, con los labios entreabiertos y temblorosos. Aquella mañana iba vestida de rosa, y la suave tela de la camiseta le marcaba los pezones con toda claridad. Probablemente no llevaba sujetador. De hecho, estaba seguro de que no, y contra su voluntad, muy contra su voluntad, sintió un nuevo endurecimiento entre las piernas.

Isobel le dio la espalda, deseando poner cierta distancia entre ellos, pero él no pudo dejarla marchar.

—Espera —dijo sujetándola por el brazo para impedir su huida—. Tenemos que hablar, Isobella—. ¿O vas a seguir fingiendo que no nos conocemos?

—No fui yo quien empezó —le recordó ella—. Tú fuiste el primero en fingir que no me conocías —le espetó mirando con dureza la mano que le sujetaba el brazo y después al rostro masculino.

Alejandro frunció el ceño. Tenía que reconocer que Isobel tenía razón. En ningún momento intentó contarle a Anita su lejana aventura con Isobel, y aunque la noche anterior estaba preparado para encontrarse con ella, no había tomado en cuenta su reacción al volver a verla.

—Está bien —dijo él—. Pero dime, ¿hubieras preferido sacar el tema de la paternidad de nuestra hija con Anita delante? No, no lo creo. Creo que cuando me viste te quedaste de piedra, y no sólo por mi cambio de aspecto.

—Te equivocas.

Presa de pánico, Isobel se dijo que Emma era su hija, y sólo suya.

—¿Tú crees?

Era evidente que él no la creyó.

—Claro que me quedé sorprendida al verte. No sabía que fueras familia de Anita Silveira.

—No, eso lo creo —respondió Alejandro.

Isobel respiró profundamente. Estaba perdiendo el control de la situación, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para olvidar recuerdos que tanto había luchado por borrar de su mente.

—He venido a hacer una entrevista, nada más —dijo por fin—. Mi tío estaba encantado cuando el agente de Anita Silveira se puso en contacto con él y le ofreció la entrevista.

—¿Y por qué no está él aquí?

—Porque… —entonces empezó a verlo todo mucho más claro—. Porque por lo visto Anita Silveira había leído algunas de mis entrevistas. Oh, Dios mío —abrió los ojos con incredulidad—. Tú lo

preparaste todo, ¿verdad?
La mirada burlona de Alejandro ni lo negó ni lo confirmó, pero él no la soltó.
Sus dedos continuaron sujetándole el brazo y ella tuvo que endurecerse para ocultar el impacto que seguía teniendo en ella.
—No sé a qué viene todo esto, pero volveré a Londres hoy mismo.
—No —la respuesta de Alejandro fue inflexible, y ella se dio cuenta del peligro que representaba su cercanía.
A pesar de la cicatriz y la lesión que le obligaba a caminar arrastrando una pierna, Alejandro continuaba siendo un hombre muy atractivo. No era sólo el físico, sino la virilidad que exudaba por cada poro de su cuerpo.
Sin querer, los ojos femeninos fueron descendiendo por el torso masculino y más abajo, y sin querer Isobel recordó las nalgas firmes que había apretado con sus manos años atrás. Había cosas que no se podían olvidar, como tampoco pudo dejar de reparar en el inconfundible bulto que se adivinaba bajo la tela del pantalón.
¡Oh, Dios!
Alejandro esperaba su respuesta, Isobel sabía que tenía que mantenerse con la cabeza bien en su sitio.
—No sé qué habría pensado tu mujer, o tu prometida, de haber sabido lo que hacías en Londres —le espetó ella a la defensiva—. Dudo que le dijeras, a ella o a tu suegra, que te estabas acostando con otra mujer.
—No era necesario —el rostro de Alejandro se ensombreció—. Pero no estamos hablando de Miranda. Estamos hablando de nuestra hija, la hija que yo ni siquiera sabía que tenía.
—¿Cómo sabes que es tu hija?
La respuesta de Isobel lo paralizó momentáneamente, y ella, aprovechando su debilidad, se apartó de él. Después, recogiendo los zapatos del suelo, salió corriendo hacia la casa.
Y no se volvió hasta llegar a los cuidados jardines de la hacienda, jadeando y con el corazón en un puño.
Entonces, para su sorpresa y alivio, vio que Alejandro seguía en el mismo lugar donde lo había dejado. Y se dio cuenta de que, si Alejandro no la había seguido, era porque no podía.

Capítulo 7

Ni siquiera después de darse una ducha se sintió mejor. ¿Qué iba a hacer?, se preguntó Isobel. Y no sólo respecto a Alejandro. También tendría que decirle a su tío que no iba a haber ninguna entrevista exclusiva con una escritora de fama internacional que vivía recluida al norte de Río de Janeiro.

Se puso la bata blanca que colgaba de la puerta del cuarto de baño y salió al salón. Allí vio que durante su ausencia alguien había dejado una bandeja con fruta, bollos y café, aSí como una cesta de pan recién hecho.

A pesar del delicioso aroma a café, Isobel miró a su alrededor con aprensión.

Estaba segura de que había cerrado la puerta con llave antes de meterse, pero era evidente que el personal de Anita Silveira tenía llaves. ¿Las tendría también Alejandro?

Unos golpes en la puerta le hicieron volverse nerviosa e ir a abrir sin saber quién podría ser. Al abrir, se encontró a un joven enfundado en un elegante traje gris, camisa y corbata a juego, que la miraba con una sonrisa.

—¿Señora Jameson? Soy Ricardo Vincente, el asistente personal de la señora Silveira.

—Oh.

Isobel estrechó la mano que el joven le ofrecía y echó una rápida ojeada al reloj que el hombre llevaba en la muñeca. Todavía eran las ocho de la mañana.

—Encantada —respondió titubeante—. ¿Qué…? —estuvo a punto de decir

«¿qué quiere?», pero logró morderse la lengua a tiempo—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con cortesía, consciente de que todavía iba con el albornoz.

—He venido para enseñarle la casa, señora —el hombre sonrió—. Las zonas públicas, por supuesto.

—¿Y la señora Silveira? —preguntó Isobel.

—La señora Silveira no recibe a nadie antes de mediodía —le informó Ricardo con cierto tono de altivez. Entonces la miró de arriba abajo y pareció darse cuenta de que Isobel iba en albornoz—. ¿Prefiere que vuelva más tarde?

—Sí, por favor —dijo Isobel—. Si puede darme media hora, se lo agradeceré.

Todavía es muy pronto.

Ricardo arqueó las cejas morenas.

—La mejor hora del día, antes de que suba el sol y apriete el calor —dijo, y consultó el reloj—. Volveré en treinta minutos. Adiós.

A última hora de la tarde Alejandro volvió de Río de Janeiro, donde habían acudido después de su encuentro con Isobel en la playa, por una reunión de la junta de su empresa.

El se ocupaba prácticamente de toda la gestión de la compañía, sobre todo desde que su padre sufrió una embolia ocho meses antes y tenía órdenes médicas de no excederse demasiado.

A pesar de todo, Roberto Cabral insistía en estar presente en todas las reuniones de la junta directiva, dejando clara su opinión cuando no estaba de acuerdo con las decisiones de su hijo mayor.

Como aquella mañana, que se había opuesto sin éxito a la iniciativa de Alejandro de instalar spas en todos los hoteles de la compañía en Sudamérica. Los hoteles europeos y norteamericanos ya los tenían, y Alejandro quería ofrecer el mismo servicio a todos sus clientes. Por suerte, su hermano José era de su misma opinión.

Ahora, mientras su avión privado descendía hacia la pista de aterrizaje que había junto a su rancho de Montevista, Alejandro se dio cuenta de que llevaba todo el día preocupado inconscientemente por la posibilidad de lo que pusiera hacer Isobel en su ausencia.

Ahora ya sabía que tratar con ella no sería fácil, y desde luego tampoco había esperado encontrarla tan atractiva.

A pesar de sus continuos recuerdos de Londres, con los años se había convencido de que la atracción que sintió por aquella joven inglesa fue tan fugaz como su relación. Y tras su regreso a Río de Janeiro, y lo que ocurrió después, no pensaba que volvería a verla.

Lo cierto era que cuando salió de Londres urgentemente para acudir al llamamiento de su padre su intención era regresar a Europa un par de meses después y volver a verla, pero dos meses después él estaba luchando por su vida en una unidad de cuidados intensivos de uno de los mejores hospitales privados de Río de Janeiro, con lesiones en el rostro, varias costillas rotas, un pulmón lesionado y la posibilidad de que tuvieran que amputarle una pierna.

Los faros de un coche iluminaban la pista de aterrizaje. Su amigo y encargado de llevar el rancho, Carlos Ferreira, lo esperaba.

—La señora Silveira ha llamado al menos media docena de veces —le dijo Carlos cuando se dirigían hacia su casa—. Creo que no me ha creído cuando le he dicho que estabas en Río. Quiere que vayas a cenar a su casa. Dice que no está contenta con la entrevista.

Alejandro soltó una maldición en voz baja y Carlos le ofreció una sonrisa.

—La mujer es muy insistente, ya lo creo —dijo Carlos, sabiendo lo que

pensaba su socio y amigo—. Quizá la joven periodista de la que me has hablado no está dispuesta a aguantar todos sus caprichos. Le he dicho que quizá no volvías hasta mañana —le informó Carlos, y sonrió —. Anímate, amigo mío. María ha preparado enchiladas para cenar, y estás invitado.

Alejandro frunció el ceño.

—Gracias —apretó los dientes, y enseguida, casi para Sí mismo, añadió—: Supongo que es demasiado tarde para ir hoy.

—Ya lo creo que sí —repuso Carlos.

La carretera que iba desde Montevista a Porto Verde podía ser difícil, especialmente en la oscuridad. El descenso desde la meseta donde estaba el rancho era peligroso, y cuando llovía, algunas partes de la misma quedaban totalmente cubiertas de lodo.

Alejandro suspiró. Le preocupaba que Isobel hubiera aprovechado su ausencia para irse, pero si Anita continuaba con aquella actitud insoportable, seguramente se debía a que Isobel continuaba en su casa.

Sabía que la niña era su hija. Estaba seguro de ello. Todo coincidía, además de las fechas.

Si al menos se lo hubiera dicho. Sí hubiera intentado ponerse en contacto con él.

Lo hubiera podido hacer a través de la página web de la empresa, una información que su amiga Julia conocía.

Bueno, quizá su comportamiento tampoco fue muy responsable. De hecho, no estaba especialmente orgulloso de sus actos, aunque la llamada de su padre lo puso en una situación difícil. Pero Isobel se negó a escucharlo, y desde luego la despedida no tuvo nada de amistosa.

Durante el largo viaje de regreso a Río de Janeiro, Alejandro deseó haber hecho las cosas de otra manera, pero se dijo que lo arreglaría todo cuando volviera a verla.

Algo que el destino le impidió por completo.

Carlos detuvo el coche delante de su casa, una elegante edificación de dos plantas de paredes blancas y con un porche cubierto a lo largo de toda la fachada principal.

—Dile a María que gracias, pero dejaré las enchiladas para otro día — dijo Alejandro apoyando la mano en el hombro de su amigo—. Y tranquilo, no tengo intención de bajar a Porto Verde esta noche.

—¿Me lo prometes? —le preguntó Carlos no muy convencido.

—¿Crees que te mentiría, amigo mío? —respondió Alejandro bajando del coche

—. Dile a tu bella esposa que cenaré con vosotros otro día.

Carlos suspiró resignado y, despidiéndose con la mano, pisó de nuevo

el acelerador y se dirigió hacia su casa, a un kilómetro de distancia.

Alejandro se dio una ducha antes de llamar a Anita desde el teléfono fijo. En el rancho el teléfono móvil era inútil. No había cobertura.

Con sólo una toalla alrededor de la cintura, marcó el número de Villa Mimosa y, sorprendentemente. Anita respondió el teléfono personalmente.

—Alex, querido —exclamó, sin poder ocultar su irritación—. ¿Dónde has estado todo el día? Carlos dice que has ido a Río, pero no me lo creo. Anoche no me dijiste nada.

Alejandro se mordió la lengua.

—Ha sido una emergencia —dijo sin querer dar más explicaciones—. ¿Ocurre algo, Anita?

—¿Qué clase de emergencia? ¿Está enfermo tu padre? Oh, tengo que hablar con Elena. Cuando no estoy en Río, me temo que descuido…

—Mi padre está bien —le interrumpió Alejandro—. Era una reunión de trabajo.

¿Para qué me has llamado? Creía que… la señora Jameson te tenía muy ocupada.

—Oh, ella —Anita dejó escapar un gemido de irritación—. No la he visto en todo el día.

—¿Por qué no?

—Bueno, si te interesa mucho, tengo migraña. Aunque supongo que, después de cómo te fuiste anoche, no creo que te importe demasiado.

—¡Anita!

—¿Qué? —preguntó ella—. Como no lograba localizarte creía que me estabas evitando. Sé lo que me ha contado Carlos, pero ese hombre nunca me ha caído bien, ya lo sabes.

Alejandro suspiró. Sabía que Anita podía ser una mujer muy difícil, pero no quería contrariarla.

—Anita, ¿por qué iba a evitarte?

—Eso digo yo, ¿por qué?

Alejandro apretó la mano en un puño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, por favor —le espetó ella—. No soy tonta, Alex. Vi la reacción de la señora Jameson cuando te vio. Eras la última persona que esperaba encontrar aquí, pero a ti no te sorprendió, ¿verdad, Alex? Tú sabías que venía —Anita Silveira maldijo en voz baja—. Supongo que por eso me convenciste para que le diera una entrevista.

—Creía que era tu representante quien concertó la entrevista.

—En términos estrictos, supongo, sí.

—¿Por qué me echas la culpa a mí? Creía que, además de hablar de tus libros, querías aclarar algunos de los rumores sobre los…

problemas de Miranda.

—Era tu mujer —le recordó Anita chasqueando la lengua.

—¿Crees que puedo olvidarlo? —dijo Alejandro con amargura—. Pero tú sabes, tan bien como yo, que nuestro matrimonio fue una farsa.

—¡No digas eso! ¡Miranda te quería!

—Miranda sólo se quería a sí misma —dijo Alejandro sin inmutarse—. Vamos, Anita. Decir la verdad ya no hará daño a nadie.

—Creo que no quiero hablar de Miranda —dijo Anita por fin—. Que digan lo que quieran. No me importa.

Sí le importaba, pero Alejandro no era tan cruel como para recordárselo.

—Dime una cosa, ¿por qué elegiste esa revista en especial?

Alejandro no quiso dar una respuesta directa.

—Alguna vez me comentaste que conocías a Sam Armstrong de tus principios como escritora.

—Sí, fue muy agradable conmigo —dijo Anita—, pero eso no altera el hecho de que esa mujer te reconoció, Alex. ¿Por eso le recomendaste a mi representante que se pusiera en contacto con la revista Lifestyles? —insistió Anita—. Más vale que me lo digas, de todas maneras lo averiguaré.

—Está bien —dijo por fin Alejandro con un suspiro—. Es cierto, la conocía. Nos conocimos hace unos años, en uno de mis viajes a Londres. Me cayó bien, y, según todos los informes, es muy buena en su trabajo.

—¿Te acostaste con ella? —Anita no se andaba por las ramas.

La risa que soltó Alejandro era dura.

—Buenas noches, Anita —dijo sin responder a su pregunta, y colgó el teléfono.

Capítulo 8

Debido al cambio de horario, a la noche siguiente Isobel tampoco logró dormir bien y antes de las seis de la mañana estaba en pie, contemplando las siluetas de las palmeras que se balanceaban junto al porche.

Esperaba los primeros rayos de luz en el horizonte, aquel halo rosa que rápidamente se convertiría en amarillo limón a medida que el sol empezaba a alzarse por el cielo.

Aún no se había vestido, pero le hubiera encantado ponerse una camiseta y unos pantalones, o incluso el bañador, y bajar a la playa. Pero el temor de volver a encontrarse con Alejandro la detuvo. De momento tendría que conformarse con darse una ducha. Estaba muy confusa.

Se había pasado el día anterior esperando a que Anita Silveira la llamara para empezar la entrevista, pero no fue así. Cierto, Ricardo Vincente le enseñó toda la villa, y ella pudo admirar toda su opulencia, pero no vio ni rastro de su anfitriona, ni de Alejandro.

¿Le habría contado a su suegra la verdad? ¿Quizá por eso había decidido la escritora cancelar la entrevista? ¿Cuándo pensaba alguien decirle lo que estaba pasando?

El día anterior había pasado con una lentitud pasmosa. Aunque había dedicado unas horas a corregir un artículo anterior, empezaba a sentir el viaje como una pérdida de tiempo a nivel profesional. Varias veces había decidido hacer el equipaje y marcharse, pero su orgullo no se lo permitió. Estaba allí para hacer un trabajo que le habían encargado, y no iba a echarse atrás.

Cuando salió de la ducha, vio que alguien había vuelto a dejarle el desayuno en el saloncito, y después, vestida con unos pantalones piratas negros y un blusón de gasa color crema sobre una camiseta de algodón, decidió que ya era hora de tomar la iniciativa.

Teniendo en cuenta lo que Ricardo le había dicho sobre los horarios de la escritora, esperó hasta las once y después, llevando la grabadora y el ordenador portátil, se dirigió hacia el vestíbulo de la casa.

Ya hacía bastante calor, pero en el interior de la mansión la temperatura era más agradable. Allí, dos doncellas se afanaban en pulir el suelo de mosaico. Isobel estaba a punto de preguntarles dónde estaba la señora Silveira cuando un hombre apareció bajo uno de los arcos.

Alto y moreno, con el rostro en la sombra, su figura era inconfundible. Era Alejandro.

Por un momento Isobel sintió que le temblaban las piernas, pero, resuelta a no dejarse intimidar por él, continuó caminando hacia él.

—Señor —dijo, tratándolo de usted delante de las criadas—. No esperaba encontrarle aquí.

—Le creo —dijo él con sequedad, apoyándose en una columna de mármol—.

¿Cómo está, señora Jameson?

Isobel tuvo que aclararse la garganta antes de responder.

—Muy… muy bien, gracias, señor —dijo deteniéndose un par de metros delante de él—. Con ganas de empezar la entrevista. ¿Sabe si se ha levantado la señora Silveira?

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó Alejandro ladeando la boca en una cínica sonrisa—. No soy el guardián de mi suegra. Pero si quiere saber por qué no la llamó ayer, puedo decirle que estaba indispuesta.

Isobel tenía dificultades para concentrarse. Lo tenía demasiado cerca. A pesar de que la cicatriz de la mejilla era ahora mucho más visible, ella era muy consciente de él. El poder de su sexualidad la abrumaba, y le impedía mantenerse emocionalmente distante de él.

—¿Indispuesta?

—Dolor de cabeza —respondió él—. Los dolores de cabeza de Anita son legendarios. Siempre aparecen en los momentos más oportunos.

—Querrá decir inoportunos —dijo Isobel.

—No, oportunos —recalcó él—. Como estoy seguro de que no tardará en darse cuenta, querida.

Isobel se estremeció.

Alejandro llevaba una camisa negra que se le pegaba al torso y con alguna que otra mancha de sudor, como si hubiera estado trabajando bajo el calor del sol.

Llevaba los pantalones, también negros, metidos por dentro de las botas de ante que le llegaban hasta el tobillo.

—¿Cree que estará bien para recibirme esta mañana? —logró preguntar ella por fin.

—A mí me pareció que estaba bien ayer —le aseguró Alejandro—, pero dudo que quiera verla antes del mediodía.

Las doncellas se habían retirado discretamente sin hacer ruido, e Isobel entrecerró los ojos y lo miró con curiosidad.

—¿Estuviste aquí ayer por la tarde? —le preguntó tuteándolo, dejando a un lado las formalidades.

—No —respondió él—. Hablé con ella por teléfono.

Se hizo un momento de silencio, y después él añadió en voz baja:

—Te he estado esperando, *cara*. Sabía que tarde o temprano aparecerías.

Isobel soltó un largo suspiro.
—Creía que ayer por la mañana nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir
—miró a su alrededor—. A pesar de la ausencia de la señora, quizá podrías decirme si se va a realizar la entrevista o no.
Alejandro se irguió cuan alto era.
—No va a resultar —dijo él enigmáticamente, e Isobel se sintió presa del pánico, como la primera vez que lo vio allí—. Pero, por favor, tómate tu tiempo para considerar la situación. Sugiero que pasemos algo de tiempo juntos. Quizá pueda convencerte de que soy un hombre razonable.
Involuntariamente Isobel dio un paso atrás.
—No he venido a pasar tiempo contigo —protestó ella.
—Eso lo sé —dijo él torciendo los labios en un gesto cargado de desdén y sarcasmo—. Pero no tienes que tenerme miedo. Aunque parezca un monstruo, te aseguro que sigo siendo penosamente humano.
Isobel abrió desmesuradamente los ojos al darse cuenta de que él había confundido su pánico por otra cosa.
—No lo entiendes —dijo ella—. Sólo me refería a que me encargaron una entrevista con Anita Silveira.
—Te entiendo perfectamente, Isobella —respondió él con sequedad—. Y
también sé por qué fuiste invitada a venir. Aunque supongo que no es mucho pedir, bajo las circunstancias, que seas un poco comprensiva.
A Isobel le temblaban las rodillas, pero no quería perder los estribos.
—¿Me estás diciendo que no habrá entrevista? —preguntó—. Porque si ése es el caso…
—¡Escúchame! —le interrumpió él—. Aquí lo importante no es la entrevista, ¿lo entiendes? Tu relación con Anita es cosa tuya, no mía. Lo que yo quiero es tener una conversación seria contigo sobre nuestra hija. Pensaba enseñarte mi rancho esta mañana, pero…
—¿Tu rancho?
—Sí. Además de trabajar en la empresa familiar crío caballos para polo.
—¿Caballos para polo?
Una burlona sonrisa se dibujó en los labios masculinos.
—Sí, caballos para polo. Mi manager hace todo el trabajo, la verdad. Es mi escape de la ciudad. Te gustará, estoy seguro. Pero está a unos kilómetros de aquí, y puesto que Anita ayer estaba indispuesta…
Sus palabras recordaron a Isobel su situación, que se dio cuenta de lo poco que sabía de él. A pesar de haber tenido una vida llena de

comodidades, ella desde luego no estaba acostumbrada al alto nivel de vida de Alejandro. Quizá creería que eso la influiría, pero estaba equivocado.
—¿Y a tu esposa le gustaba quedarse en el rancho? —preguntó ella, recordándole a Miranda—. Supongo que sí. Os casasteis en cuanto volviste a Brasil,
¿no?
Los ojos claros de Alejandro se endurecieron.
—¿Por qué te interesa tanto? —quiso saber él—. A menos que lo que de verdad quieras saber es por qué ocurrió el accidente. ¿O crees que Miranda no se hubiera casado conmigo si el accidente hubiera tenido lugar antes de la boda, eh? ¿Estás sugiriendo que quizá se arrepintió? ¿Y por eso tomó una sobredosis de heroína al año de casarse conmigo?
—¡No! —Isobel estaba horrorizada al ver su reacción. Ni siquiera sabía cómo había muerto su esposa—. No me refería a eso en absoluto.
—Pero desde luego no niegas que te resulto repulsivo —dijo Alejandro amargamente—. No importa lo que pienses de mí, *cara*. Siempre y cuando no interfiera con lo que quiero.
Isobel se humedeció los labios.
—¿Qué es lo que quieres?
—Debes saber que tengo toda la intención de conocer a mi hija —declaró él gravemente—. Y de ser parte de su vida.
A Isobel se le hizo un nudo en el estómago. Eso era lo que temió desde la noche que lo vio allí, y era evidente que Alejandro era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería. Un hombre cuya fortuna y poder no permitiría que nada se interpusiera su camino.
Y por eso dijo, desesperadamente:
—Ya te lo he dicho, Emma no es hija tuya.
—Sé que lo es —Alejandro era inflexible—. Tengo pruebas —le aseguró. La sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo—. Tenía esperanzas de poder hacer esto como dos personas adultas —dijo, clavándole los dedos hasta el hueso—, pero es evidente que no es el caso. Pero eso no me importa. Soy un hombre paciente, Isobella.
Isobel estaba estupefacta. ¿Qué pruebas podía tener? Nadie más sabía lo que había ocurrido entre ellos, y mucho menos que él era el padre de su hija. Además, aquél no era el Alejandro que ella conoció, y algo le dijo que no se iba a rendir tan fácilmente.
Lo miró a la cara y deseó no haberlo hecho. Los brillantes ojos ámbar se clavaron en ella, sosteniéndole la mirada, y ella fue incapaz de apartar la vista.
Humedeció una vez más los labios secos con la lengua.
No lo hizo para provocar, Alejandro lo sabía. Pero mientras

continuaba mirándola, se dio cuenta de que sus sentimientos de rabia estaban dando paso a algo diferente, más insistente y mucho menos controlable.

Al igual que la mañana anterior en la playa, el recuerdo de tenerla en sus brazos lo abrumó una vez más. Seguía deseándola con una urgencia que rayaba la locura, con una necesidad que parecía burlarse de su capacidad de razonar.

Cuando se volvió hacia ella, Isobel no pudo resistirse. La pilló desprevenida, y conteniendo una exclamación de sorpresa, se tambaleó contra él y soltó la bolsa sin querer, tratando de sujetarse a algo.

Pero lo único que consiguió fue sujetarse a la camisa masculina para no perder el equilibrio, y antes de poder echarse hacia atrás, Alejandro bajó la cabeza y le capturó la boca con la suya a la vez que le sujetaba la nuca con la mano.

Isobel se hundió contra él, demasiado confusa por la intimidad del contacto para ofrecer resistencia. El calor del beso, las caricias de sus manos, el viril olor de su cuerpo la estaban seduciendo hacia un estado en el que la única respuesta era emocional.

Alejandro murmuró algo en voz baja, con la voz ronca, algo que ella no alcanzó a comprender, pero cuyo significado estaba claro.

El la acarició con las manos, deslizándolas bajo la blusa hacia la suave piel de la espalda. Isobel se arqueó contra él y ella sintió la inconfundible presión de su erección en el vientre.

Alejandro también la sintió. Sintió cómo le apretaban los pantalones y se le concentraba la sangre en la entrepierna. Sintió la suavidad de las caderas femeninas contra él, tan deliciosas, tan excitantes, y la idea de enterrarse en ella lo excitó como pocas veces. Recordó aquella primera vez, el placer que experimentó al sentir las contracciones de los músculos femeninos al penetrarla. Nunca había experimentado una sensación como aquélla, como una explosión de los sentidos, de la voluntad…

¡Pero no!

Con una determinación inexplicable, Alejandro se obligó a levantar la cabeza y mirarla. Isobel tenía los ojos cerrados, y él los cerró también fugazmente, para apartar de la vista la sensual tentación que ella representaba.

Los labios de Isobel estaban hinchados, y había marcas en la mejilla femenina.

Antes de soltarla, Alejandro no pudo resistirse a acariciarle el labio inferior con el dedo. Quería más, mucho más, pero no era ni el momento ni el lugar. Además, no tenía la menor intención de hacerle creer que ella tenía la sartén por el mango.

Eso nunca, se aseguró para sus adentros, y se apartó de ella.

«Tranquilízate», se dijo apoyándose en una columna. «Tienes que mantener el control».

Un dolor punzante en la pierna lesionada distrajo su atención, aunque no le pilló desprevenido. Permanecer de pie durante mucho tiempo siempre tenía esa consecuencia, que además de proporcionarle dolor le recordaba lo imprevisible que podía ser la vida. El lo sabía perfectamente.

Isobel lo miraba, sin saber en qué estaría pensando. Cuando abrió los ojos, lo encontró observándola con una inconfundible expresión de desprecio en el rostro.

Instintivamente se ruborizó, al pensar en su propia estupidez, pero por un momento, mientras él la besaba, tuvo que reconocer que todas sus inhibiciones con él habían desaparecido.

—¿Te encuentras bien?

La frialdad de la voz masculina la devolvió de nuevo a la dura realidad e Isobel, agachándose para recuperar el ordenador, dijo:

—Lo estaré. Cuando me vaya de aquí —le aseguró—. Y por favor, no pienses por un momento que creo tus mentiras. Ni que mostrándome tu riqueza me sentiré tan abrumada que aceptaré cualquier sugerencia que se te ocurra hacerme —Isobel cuadró los hombros—. Ahora, si me perdonas.

—Mañana —dijo Alejandro como si ella no hubiera hablado—. Iremos a Montevista mañana. Pasaré a recogerte a las ocho.

Isobel parpadeó.

—¿Montevista? —preguntó, dándose cuenta de que estaba otra vez repitiendo lo que él decía—. ¿Qué demonios es…? —se interrumpió, irritada consigo mismo por mostrar interés—. Sea lo que sea, o esté donde esté, no pienso ir a ninguna parte.

—Montevista es mi rancho —explicó él con irritante calma—. Como he dicho hace un momento, antes de que cayeras tan oportunamente en mis brazos…

—Yo no he caído en tus brazos.

—Te gustará. Es un lugar muy hermoso, y muy aislado. Por favor, no me dejes plantado. No es muy prudente llevarme la contraria. Isobella.

—¿Es una amenaza? —dijo ella, tratando de adoptar un tono desafiante, aunque no pudo evitar el temblor en la voz.

—Es un consejo. A las ocho en punto.

—¿Y si me niego? —preguntó ella mirándolo a los ojos—. ¿Me obligarás?

Los ojos pálidos de Alejandro se endurecieron.

—Sugiero que te tranquilices, Isobella —dijo con un tono de voz tan duro como su mirada—. Sé que mi aspecto resulta muy disuasorio,

pero te acostumbrarás. Te lo prometo.
—No lo entiendes —insistió Isobel mirándolo con impotencia—. Tu aspecto no tiene nada que ver con esto. Y querer hacerme creer que puedes demostrar que Emma es hija tuya…
—Puedo.
—No.
—Sí.
—¿Qué ocurre aquí?
La voz imperiosa era un alivio y una frustración a la vez. Isobel suspiró y se volvió para encontrar a Anita Silveira cruzando el vestíbulo hacia ellos enfundada en una bata de chiffon abierta sobre un negligé a juego. Isobel tuvo que reconocer que sólo una mujer de su arrogancia y estatura podía tener aquel aspecto tan elegante en ropa interior.
—¡Alex! —exclamó la recién llegada, mirando un momento a Isobel y después a él—. ¿Qué haces aquí? No sabía que ibas a venir. Ven, comeremos juntos.
—No tengo hambre, Anita —dijo Alejandro con frialdad, imperturbable ante la aparición de su madre política—. De hecho, ya me iba.
Anita frunció el ceño.
—Pero has estado hablando con la señora Jameson —protestó.
—En tu ausencia, querida, nada más —mintió Alejandro sin ningún remordimiento—. Le estaba hablando de mi rancho —se volvió a mirar a Isobel—, Adiós, señora Jameson. Ha sido un placer. Adiós, Anita. Hablaremos otro rato.
—¡Espera! —Anita se volvió irritada a mirar a Isobel—. Puede irse, señora Jameson. La llamaré cuando esté preparada.
—Pero…
Isobel empezó a hablar, pero al ver la sombría expresión del rostro de Alejandro lo pensó mejor y se interrumpió.
—Muy bien —dijo.
Pero en aquel momento decidió llamar a su tío. Ninguna entrevista era tan importante como para soportar lo que ella estaba soportando.

Capítulo 9

Isobel pasó la siguiente media hora paseando nerviosamente por el saloncito de su habitación, sin poder decidir qué era lo que debía hacer. Aunque la idea de llamar a su tío le pareció razonable en un primer momento, después de pensarlo un poco más detenidamente ya no estaba tan segura. Además, la implicación de Alejandro en todo aquello la desconcertaba.

¡Si al menos pudiera estar segura de que Alejandro mentía cuando aseguraba poder demostrar que Emma era su hija!

Isobel no se explicaba cómo había averiguado la existencia de la niña, pero en lugar de discutir con él, debía haberse comportado como la periodista profesional que se preciaba de ser y haberle preguntado al respecto.

Quizá él no le hubiera respondido, por supuesto. Pero al menos ella tendría la satisfacción de saber que lo había intentado. La situación había dado un giro de trescientos sesenta grados desde la noche que llegó a Porto Verde. Entonces sólo tuvo que preocuparse de volver a encontrarse con Alejandro, pero ahora tenía mucho más que perder.

Alguien llamó a la puerta de su habitación y se tensó. Pero no podía ser Alejandro, se dijo, impaciente con la ansiedad que le producía sólo pensar en él.

Sin embargo, al abrir la puerta se encontró a Ricardo Vincente.

—Venga conmigo, señora —dijo Ricardo con su formalidad habitual —. La señora Silveira le espera.

—¿Está seguro? —preguntó Isobel.

—La señora desea comenzar la entrevista inmediatamente —dijo Ricardo con impaciencia—. Vamos, le acompañaré a su habitación.

AI cruzar de nuevo el vestíbulo. Isobel vio que las mujeres continuaban sacando brillo al suelo y al mobiliario. Qué discretas, pensó, con cierta amargura. ¿O es que todo el personal bailaba al son de los deseos de Alejandro?

Esta vez Ricardo la llevó por las escaleras hasta una galería que dominaba el vestíbulo desde lo alto, profusamente decorada con gruesas alfombras, urnas de bronce y estatuas de mármol. AI final del pasillo, una enorme puerta doble marcaba su destino. Ricardo llamó una sola vez y, tras un momento, la abrió con gesto dramático.

—La señora Jameson, señora —dijo casi como si Anita fuera un miembro de la realeza—. Adelante —Ricardo se volvió a mirar a Isobel y le indicó con la cabeza que pasara.

Isobel entró despacio. Aquello no era el despacho que había esperado.

Los estores bajados de las ventanas revelaban un espacioso salón con amplios sofás y sillones alrededor de varias mesas creando distintos ambientes.

Una gran alfombra cubría casi todo el suelo. Una recargada chimenea de piedra ocupaba un lugar prominente en la estancia, y las paredes, empapeladas en elegantes estampados decimonónicos, estaban decoradas con austeros retratos y todo tipo de cuadros enmarcados.

Anita estaba sentada en una *chaise longue* junto a una de las ventanas, con lo que su cara quedaba parcialmente oscurecida al contraluz. Pero cuando Isobel entró, la mujer se levantó a saludarla y la periodista se dio cuenta de que la escritora todavía llevaba las mismas prendas de dormir de antes.

—Señora Jameson —dijo la mujer con expresión enigmática—. Siéntese, por favor. Ricardo, dile a Sancha que nos traiga café.

—Sí, señora.

Con una reverencia, Ricardo se retiró e Isobel miró nerviosa a su alrededor.

—¿Dónde quiere que me siente, señora? —preguntó consciente de que le sudaban las palmas de las manos.

Anita se la quedó mirando durante un largo e inquietante momento, y después le indicó un sillón a la derecha de donde ella estaba.

—Aquí, creo —dijo con una sonrisa en los labios—. Hoy no necesitará eso —

añadió refiriéndose al bolso de Isobel donde llevaba la grabadora y el ordenador portátil—. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que primero tenemos que conocernos, ¿no?

Isobel titubeó.

—Oh, pero…

—¿Alguna objeción? —preguntó Anita Silveira arqueando las cejas en un tono que no admitía réplica.

Isobel se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que hacerle caso.

—No, no —dijo dejando el maletín en la silla que Anita le había sugerido—.

Pero mi vida no es muy interesante, señora Silveira. Preferiría que habláramos de usted.

Anita volvió a sentarse en la *chaise longue*. Estiró las piernas y se las cubrió ligeramente con la bata.

—Mi yerno me ha dicho que se conocieron en Londres hace años —empezó la escritora.

A Isobel le pilló totalmente desprevenida. ¿Qué le habría contado exactamente Alejandro?

—Sí —murmuró, tratando de concentrarse en la vista desde la ventana—. Tiene una vista maravillosa, señora. Supongo que esto es muy distinto a su casa de Río.
—¿Por qué no lo mencionó cuando les presenté? —Anita no se dio por aludida y mantuvo el rumbo de la conversación.
—Oh. Bueno, era difícil —dijo Isobel por fin y, repentinamente inspirada, añadió—: No quería que pensara que mi presencia aquí se debía a que conocía al señor Cabral.
—¿Y no es aSí?
—Por supuesto que no. Era… —Isobel se aclaró la garganta—. Era la última persona que esperaba ver.
—Ya.
Era evidente que Anita estaba absorbiendo toda aquella información, e Isobel supo que la conversación no había terminado ahí.
—¿Fue en alguna reunión de trabajo? —continuó Anita con su interrogatorio tras un momento—. Quizá la empresa de Alejandro quería poner anuncios en una de las revistas de su tío.
La tentación de responder afirmativamente era fuerte, pero Isobel sospechó que la escritora le estaba tendiendo una trampa y decidió ser franca con ella.
—En realidad fue en una fiesta de cumpleaños —dijo tratando de quitarle importancia—. Una amiga mía, que trabaja en publicidad, invitó a su yerno y él aceptó.
—¿Y esto fue cuándo?
—Oh…
¿Cómo responder a aquello?
—Hace unos años —dijo Isobel por fin—. No podría darle la fecha exacta.
Aunque podría, el día y la hora exacta.
—¿Y desde entonces no había vuelto a verlo?
—No desde que se fue de Londres, no.
Anita permaneció en silencio unos momentos e Isobel esperó a que la escritora continuara indagando, pero no lo hizo.
Como si hubiera decidido dejar las preguntas sobre Alejandro para otro momento, Anita alzó los brazos sobre la cabeza y se desperezó a placer.
Y después, con la llegada de la doncella con el café que había pedido, concentró su atención en temas menos personales. Preguntó a Isobel sobre sus tíos, interesada por el hecho de que se dedicaran a la cría de caballos. Por un momento Isobel estuvo convencida de que volvería a mencionar a Alejandro.
Pero se equivocó. La escritora mostró interés por su trabajo y su

experiencia profesional, pero cuando terminó el café, claramente aburrida, se levantó y dijo:
—Estoy cansada. Continuaremos con esta conversación mañana por la tarde. A usted también le sentará bien descansar. Quizá se lo haya dicho Ricardo, normalmente trabajo por las noches. Por eso no estoy disponible por las mañanas —
torció el labio—. Estoy segura de que podrá encontrar sola el camino de vuelta a su habitación.
Alejandro casi esperaba encontrarse con la negativa de Isobel a acompañarlo.
Cuando llegó a Villa Mimosa a la mañana siguiente, estaba prácticamente preparado para llevársela a la fuerza, por lo que quedó gratamente sorprendido cuando la vio esperándolo en la terraza.
Todavía era bastante temprano, pero allí estaba ella, con una camiseta de cuello de pico de color verde aceituna y unos pantalones cortos de color caqui. Llevaba el pelo, más largo de lo que él recordaba, recogido en una trenza que caía sobre los hombros. No llevaba joyas y apenas maquillaje, pero su aspecto era espectacularmente femenino.
Alejandro detuvo el todoterreno al pie de los escalones del porche y no tuvo tiempo de apearse. Cuando quiso salir del coche, Isobel ya estaba abriendo la puerta del copiloto y sentándose a su lado.
—No te molestes en bajar. Puedo sola.
Alejando la miró sin comprender.
—Perdóname, pero no esperaba que estuvieras tan dispuesta a pasar la mañana conmigo.
—Y no lo estoy —le espetó ella—. Pero siento que te cuesta caminar…
Alejandro tensó la mandíbula.
—Sientes lástima por mí, ¿verdad? —soltó una dura carcajada—. Por favor, no necesito tu lástima. Y soy muy capaz de subir y bajarme de este coche todas las veces que sea necesario.
Isobel lo miró con frustración. ¿Acaso no se daba cuenta de que la cicatriz en su mejilla ejercería una fascinación casi primitiva? ¿Que tenía una sexualidad que ella jamás podría ignorar?
Aquel Alejandro no era el mismo hombre que conoció en Londres, desde luego, pero era mucho más peligroso. Ahora era el padre de Emma, una realidad que ella había logrado ignorar hasta llegar a Brasil.
—Sólo quería ser un poco considerada —dijo ella.
—¿Ah, sí?
—Sí, y lo haría con cualquiera en la misma situación.
Alejandro no quería pasar la mañana discutiendo con ella, ni convirtiéndose en su enemigo, si no lo había hecho ya. Su hija era mucho más importante, mucho más importante que cualquier

resentimiento que pudiera sentir hacia ella. Y aunque no lo esperaba, sentía profundamente no haber podido disfrutar de los dos primeros años de la vida de Emma.

Emma…

Poco después atravesaron el pequeño pueblo de Porto Verde, que Isobel contempló con interés. Al igual que la aldea cercana a Villa Mimosa, Porto Verde le recordaba lugares que había visitado en el Caribe. Parcelas cuadradas rodeadas de pequeñas casas encaladas con tejados rojos que brillaban bajo el sol. Incluso a aquellas horas de la mañana, los niños se volvían a mirarlos cuando pasaban.

A lo lejos se veía el aeropuerto, pero Alejandro dejó la carretera de la costa y se adentró por una empinada pista de tierra. Lejos de la costa todo indicio de vida desapareció y la carretera dio paso a una belleza mucho más primitiva.

Muy similar al hombre con el que iba, pensó Isobel, que todavía no estaba segura de haber hecho bien en aceptar la invitación. Pero ¿qué otra opción tenía? Por encima de todo era imprescindible que averiguara todo lo que sabía Alejandro sobre Emma y sobre ella.

—Es precioso —dijo ella por fin, tratando de no tocar temas escabrosos—.

¿Queda muy lejos el rancho, Monte…? ¿Cómo se llama?

—Montevista —dijo él, serio.

El cielo que se extendía sobre ellos era de un mágico azul translúcido. Los ojos de Isobel siguieron la estela de un avión que volaba en lo alto, y después creyó vislumbrar algo que se movía entre las hierbas. ¿Una serpiente, quizá?, se preguntó, recordando las advertencias que le había hecho su tío. Se estremeció. En aquella parte del mundo podía haber criaturas muy peligrosas, y no se refería sólo a los animales.

Por fin llegaron a una especie de meseta y dejaron atrás las sinuosas curvas de la ascensión. A lo lejos se veía la línea del horizonte, que no era otra que la del mar.

En la dirección opuesta, las montañas, medio envueltas en niebla, tenían un aspecto distante y misterioso. A su alrededor, el calor bailaba sobre kilómetros de pastos abiertos, salpicados de pequeños grupos de pinos y acacias.

A lo lejos vio unas vacas buscando la sombra de los árboles, y pensó que parecían animales peligrosos.

Tan ocupada estaba observando todo lo que le rodeaba, que casi no se dio cuenta de la verja que atravesaron hasta que vio el grupo de edificios un kilómetro más allá.

Allí había más ganado, e Isobel miró a Alejandro con curiosidad.

—Creía que era un rancho de caballos —dijo señalando los animales

—.
¿También tenéis ganado vacuno?
—Procuramos ser autosuficientes —dijo él esbozando una sonrisa—. Para Carlos, mi manager, sería un crimen no aprovechar unos pastos tan magníficos como éstos.
Se estaban acercando a lo que parecía un pequeño grupo de edificaciones e Isobel esperó con nerviosismo ver la casa de Alejandro.
La vivienda era inconfundible. Un amplio edificio de dos plantas con un porche que rodeaba toda la planta baja y persianas verde oscuro abiertas en todas las ventanas. Las paredes estaban medio cubiertas por enredaderas de maracuyá, y de los balcones de la primera planta colgaban numerosas plantas en flor.
Isobel dejó escapar una exclamación de admiración y Alejandro se volvió a mirarla.
—¿Ocurre algo?
—No, no —ella sacudió la cabeza—. Es precioso. No sé, pensaba que sería un poco menos… menos…
—¿Civilizado? —sugirió Alejandro con sequedad, deteniendo el coche delante de la casa.
—Menos sofisticado —le corrigió ella, abriendo la puerta sin pensar en lo que estaba haciendo, necesitando sobre todo respirar un poco de aire.
—Ten cuidado —dijo él abriendo la puerta y apeándose—. Hace mucho calor.
—Ya me he dado cuenta —murmuró Isobel echándose un poco de aire a la cara y apartándose unos mechones húmedos de la frente—. Supongo que con el tiempo te acostumbras al calor.
—Con el tiempo, sí —dijo Alejandro, a quien no parecían afectarle las altas temperaturas—. Ven, tomaremos algo fresco.
A pesar de sus reticencias a estar a solas con él. Isobel rodeó el coche y fue hacia él. Justo en ese momento apareció otro hombre, un poco mayor que Alejandro, de la parte posterior de la casa.
—Hola —el hombre saludó a Alejandro con una amplia sonrisa, y después miró a Isobel—. Hola. Soy Carlos Ferreira —se presentó ofreciéndole la mano.
—La señora Jameson, la mujer de la que te hablé —dijo Alejandro.
Isobel le estrechó la mano con entusiasmo y alivio. Al menos ahora sabía que no estaba sola con Alejandro.
—Encantada de conocerle, señora.
—Llámeme Isobel, por favor —dijo ella—. Tengo entendido que es usted el que hace todo el trabajo por aquí.
Carlos se echó a reír, y mostró una hilera de dientes blancos debajo

del borde del bigote moreno.

—No puedo creer que le haya dicho eso —dijo refiriéndose a su amigo —. Pero si quiere ver los establos, yo soy su hombre.

Isobel miró a Alejandro, pero su expresión era indescifrable.

—Me gustaría mucho —dijo por fin.

—Pero ahora no —sugirió Alejandro sin alzar la voz, pero dejando muy claro que aquello era una orden—. Isobel tiene calor. Le diré a Consuela que nos traiga algo frío para beber.

Tras intercambiar algunas palabras con Alejandro, Carlos se despidió de Isobel y se alejó.

Capítulo 10

Sus pasos resonaron sobre el suelo de madera del vestíbulo de la casa. Los rayos de luz se colaban por una serie de estrechas ventanas, y el aire olía a verbena y a menta.

La casa era muy diferente a la de Anita. Con una decoración más sencilla, daba más sensación de estar habitada. Había cuadros en las paredes blancas y una enorme mesa de centro con un cuenco de flores tropicales de distintos colores. También había varias macetas con orquídeas repartidas por la sala.

Una mujer de pequeña estatura y piel oscura vestida de negro salió a recibirlos con una sonrisa en los labios, en una actitud muy distinta a la de Sancha, pensó Isobel con alivio.

—Esta es Elena —dijo Alejandro al verla, sonriéndole—. Elena, ésta es la señora Jameson. Una… amiga mía.

—Bienvenida, señora —dijo la mujer con una inclinación de cabeza—. ¿Quieren tomar algo? ¿Un café?

—Mejor zumo de fruta —respondió Alejandro—. Y té con hielo, por favor.

Estaremos en el invernadero.

—Sí, señor —dijo la mujer, y se alejó.

—Ven, te enseñaré un poco la casa —dijo él.

Un amplio espacio diáfano desde el vestíbulo daba acceso a un espacioso salón con suelos de mármol. Una serie de columnas de mármol dividían la estancia en distintas áreas para sentarse, con una enorme chimenea al fondo.

Isobel no pudo evitar dirigirse hacia los amplios ventanales que daban a un patio exterior, donde había varios sillones de mimbre alrededor de una mesa de cristal y, más allá, una piscina sobre cuya superficie cristalina se reflejaban los rayos del sol. A la derecha, había una hilera de cabañas de madera donde los invitados de Alejandro podían cambiarse de ropa antes o después de bañarse.

Isobel se pasó la lengua por el labio superior. Nunca se había imaginado algo así. Villiers, la casa de sus tíos en Inglaterra, era preciosa, pero no se podía comparar con Montevista.

—Es una casa preciosa —comentó ella con admiración cuando Alejandro se acercó a su lado—. ¿La compraste estando casado con Miranda?

Alejandro apretó los labios.

—¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—No lo sé —Isobel se encogió de hombros, muy consciente de su

presencia tan cerca de ella—. Pensé que te lo había podido decir Anita. Después de todo, ella vive en la misma zona.
—Montevista lleva generaciones en mi familia —le informó él con paciencia—.
La construyó mi bisabuelo como refugio de verano para mi bisabuela. En aquellos días no había aire acondicionado, y aunque ahora no lo parece, el aire de la montaña es más fresco. Incluso puede llegar a hacer frío. De vez en cuando tenemos que encender la chimenea.
—¿O sea, que tú no eres el propietario?
—No —dijo Alejandro frotándose con impaciencia el muslo dolorido —.
Digamos que es un buen lugar para recuperarse.
Isobel lo miró y entonces se dio cuenta de que debía de dolerle la pierna.
—Después del accidente, ¿no? —imaginó ella.
Alejandro torció los labios.
—Sí —se volvió a mirarla y le hizo un gesto para que le siguiera hasta el salón contiguo, dominado por una mesa formal de comedor y una docena de sillas—. El invernadero —añadió innecesariamente indicando una enorme extensión acristalada al otro lado de unas puertas correderas de cristal.
A pesar de las ventanas, el invernadero mantenía una agradable temperatura gracias al aire acondicionado y a los estores que estaban medio bajados y protegían el lugar de los rayos directos del sol. En grandes macetas había arbustos y plantas enredaderas que daban una especial fragancia al lugar.
—Si no te importa…
Sin esperar, Alejandro se sentó en uno de los sofás y estiró aliviado la pierna dolorida. Sabía que se estaba esforzando demasiado, pero le irritaba que ella fuera testigo directo de su debilidad.
—Claro que no —dijo ella volviéndose hacia él desde el naranjo que estaba estudiando con interés. Después se sentó en un sillón a una prudente distancia de él
—. ¿Te duele la pierna? He visto que antes te la frotabas.
—Ha estado mejor —respondió él, sin querer entrar en el tema—. Por fin, aquí está Elena. Deja la bandeja junto a la señora Jameson, Elena, por favor.
La mujer así lo hizo y después miró a Alejandro.
—¿Almuerzo para dos, señor? —preguntó la mujer solícita.
—Me temo que no —respondió Alejandro—. La señora Jameson tiene que volver a Porto Verde. Quizá otro día.
—Sí, señor.

Elena desapareció sin hacer ruido e Isobel estudió la bandeja que les había preparado: una jarra con zumo de fruta y otra con té con hielo, vasos altos de cristal helados y un cuenco de hielo.
—¿Qué quieres? —preguntó Isobel a Alejandro.
—Yo nada —respondió él—, pero tú sírvete el que te apetezca.
Isobel se sirvió un vaso de zumo, consciente en todo momento de los ojos de Alejandro clavados en ella.
Cuando lo probó, comprobó que era una deliciosa mezcla de zumo de pera, granada y maracuyá, y ni siquiera el tenso escrutinio de Alejandro le impidió disfrutar de la refrescante bebida.
—¿Está bueno?
—Mucho —repuso ella—. Gracias, es delicioso.
—Bien —Alejandro se recostó en el sillón, poniéndose más cómodo—. ¿Por qué me tienes miedo?
—No te tengo miedo —respondió ella dejando el vaso en la bandeja—. Quizá sienta un poco de aprehensión —añadió—. Me gustaría saber qué es todo esto.
—¿Todo qué? —preguntó él—. ¿Venir aquí? ¿Disfrutar de un vaso de zumo?
¿Qué?
—Tú ya me entiendes —respondió ella, levantándose nerviosa y paseando por el invernadero—. No sé por qué me has traído aquí, ni qué piensas hacer con Emma.
No entiendo por qué quieres destrozar mi vida. Yo no te he hecho nada.
—¿Tú crees? —Alejandro se incorporó en el sofá y se inclinó hacia ella—. ¿Por qué no te sientas? Estarás más cómoda.
Isobel se dirigió de nuevo a su sillón, pero él señaló con impaciencia el sillón que había junto a él.
—Ahí no —le dijo—. Aquí. Sentarte tan lejos de mí no cambiará la situación.
Isobel dejó escapar un suspiro de frustración, pero obedeció. Además, tampoco le tenía miedo. Lo único que temía era ser vulnerable al innegable atractivo masculino de Alejandro, que no era poco.
—Bien, ¿por qué dijiste que tenías pruebas de que Emma era hija tuya?
—Porque las tengo —dijo él.
Del bolsillo de atrás del pantalón sacó la cartera y la abrió. Al hacerlo, una pequeña fotografía cayó en el sofá a su lado. La fotografía cayó hacia arriba e Isobel la miró inmediatamente.
¡Cielos, era una fotografía de Emma! ¿Las habría estado siguiendo? ¿Cómo si no la había conseguido?

Con dedos temblorosos Isobel buscó la foto y se la enseñó con gesto de rabia y dolor.
—¿Cómo has conseguido esto? ¿No sabes que es un delito seguir a la gente, y mucho más a una menor? —le interrogó furiosa, disparando las preguntas una tras otra sin darle tiempo a responder—. ¿Por qué tienes una fotografía de mi hija?
Alejandro la contempló divertido unos segundos.
—No es una fotografía de tu hija —dijo por fin con una calma que resultaba enervante—. Lo que tienes en la mano es una fotografía de mi sobrina, Caterina.
—¿Qué?
Isobel miró la foto con incredulidad. El rostro infantil que la miraba era prácticamente idéntico al de su hija, pero había algunas diferencias, e Isobel se dio cuenta de que Alejandro decía la verdad. No era Emma. Aunque las dos niñas tenían el pelo del mismo color, los tirabuzones que enmarcaban el rostro de la niña de la foto eran más largos, y además Emma no tenía ningún vestido como el que llevaba Caterina.
De hecho Emma era mucho más chicote, y siempre solía vestir pantalones, camisetas y botas para ayudar a su tía Olivia a limpiar los boxes de los caballos y darles de comer. Cierto que alguna vez se ponía vestido, aunque no tan elaborado como aquél. El vestido de Caterina era de seda, y su estilo mucho más sofisticado y formal que los que usaba su hija.
Isobel levantó la cabeza y vio que Alejandro la observaba. Con las mejillas encendidas, dijo:
—Es cierto, no es una foto de Emma. Me he equivocado —hizo una pausa—.
Pero no quieras hacerme creer que no lo has hecho a propósito.
—¿Qué he hecho a propósito? —preguntó él inocentemente.
A Isobel le enfurecía su actitud.
—Dejar caer la foto para que la viera.
Alejandro recogió la fotografía y la guardó de nuevo en su cartera.
—Sea como sea, creo que deja clara la verdad.
Isobel suspiró.
—Está bien —dijo por fin, sabiendo que no conseguiría nada discutiendo con él
—. Eres el padre de Emma —reconoció por fin, clavándose las uñas en las palmas—.
Pero eso no importa.
—¿Cómo que no importa? Dios mío, Isobel, ¿no se te ha ocurrido pensar que yo tenía derecho a saberlo?

—¿A saber qué? —Isobel estaba temblando, pero se negaba a dejarse intimidar

—. ¿Que habías dejado embarazada a una mujer con la que te acostaste una vez en uno de tus muchos viajes a Londres?

Alejandro maldijo en voz baja.

—No fue así y lo sabes.

—Entonces dime cómo fue. Dímelo tú —insistió ella—. Me sedujiste, Alejandro.

Oh, reconozco que no puse muchas objeciones. Fui una temeraria, lo sé, pero no finjas que era una relación duradera.

—No sabes de qué estás hablando.

—Claro que lo sé —exclamó ella poniéndose de nuevo en pie, y mirándolo desde su altura con ojos acusadores—. ¿No te acuerdas de lo que dijiste, Alejandro?

Me prometiste que volverías. Insististe que lo nuestro no había sido una aventura de una noche, pero han pasado tres años y, hasta que me hiciste venir aquí, no he sabido nada de ti.

—Puedo explicarlo.

—¿Ah, sí? —Isobel no quería excusas—. Yo te creí, Alejandro. Estaba convencida de que volvería a verte, pero ahora me he enterado de que te casaste en cuanto regresaste a Brasil.

—No en cuanto regresé a Brasil —le contradijo Alejandro poniéndose en pie y mirándola desde su altura—. Cuando te dije que no sabías de qué estabas hablando, me refería al accidente. Mientras tú, sin duda, estabas odiándome en Londres, yo estaba hospitalizado en Río de Janeiro, en un estado que no me permitía ponerme en contacto contigo ni con nadie.

Isobel respiró profundamente. O sea, que tenía una excusa.

Sin embargo, ella no era la culpable del accidente, y desde entonces él había tenido tiempo de sobra para ponerse en contacto con ella. ¿Por qué la había buscado ahora, después de tanto tiempo?

Isobel retrocedió un par de pasos. No quería que él se diera cuenta de lo mucho que su cercanía le afectaba.

—Pues lo siento. No sé qué esperas que haga ahora.

Alejandro dejó escapar una maldición.

—¿Que no lo sabes? —repitió él dando un paso hacia ella—. ¿Crees que al reconocer que Emma es mi hija quedas totalmente absuelta de toda responsabilidad de lo que ocurra en el futuro?

—No, pero no puedes fingir que sientes algo por una niña a la que ni siquiera has visto.

—Ya lo creo que la he visto.

—¿Has estado en Inglaterra?

—No a verla, no —dijo Alejandro, reconociendo implícitamente que había estado en Londres—. Pero no es difícil recibir fotografías por Internet.
—Pero tú dijiste…
—¿Qué dije?
—Me hiciste creer que no tenías ninguna foto de Emma.
—¿Yo?
—Sabes perfectamente que sí —dijo Isobel tratando de ordenar sus pensamientos—. ¿Me estás diciendo que has estado siguiéndome?
Alejandro se pasó una mano por la cabeza, alisándose el pelo.
—Para tu información, te diré que mi empresa tiene contratada una empresa de detectives para controlar nuestras operaciones en Europa. Trabajan desde las oficinas de Londres, y le pedí a uno de ellos, un amigo mío llamado Andrew Hardy, que te buscara.
Con cada nueva información Isabel estaba más y más perpleja.
—¡No me lo puedo creer! —exclamó furiosa—. ¿Por qué?
Alejandro se encogió de hombros.
—¿Por qué no? —sus labios se torcieron al recordar lo mucho que había meditado su decisión antes de dar el visto bueno a Andrew—. Quizá tenía curiosidad sobre ti. Después de todo, compartimos algo que al menos a mí me pareció que merecía la pena revivir.
—No —Isobel se alejó de él y esta vez Alejandro vio el desprecio en sus ojos—.
No intentes convencerme de que sentías algo por mí. Te casaste con otra mujer, después de estar conmigo. Por favor no insultes mi inteligencia fingiendo que nuestra relación significó algo para ti —le pidió—. Porque no lo significó entonces, ni tampoco ahora.
Alejandro apretó la mandíbula.
—Ahora no, en eso estoy de acuerdo —dijo con amargura—. No soy tan tonto.
—¿Qué quieres decir?
—Ya lo sabes —dijo él con desdén—. Lo veo cada vez que me miras, cada vez que te alejas cuando me acerco a ti.
—¡Eso no es verdad! —Isobel no podía permitirle que pensara aquello —. Es que… es que…
Se interrumpió, incapaz de decir en voz alta algo que no estaba dispuesta a reconocer ni siquiera para sí misma.
¿Cómo decirle lo que de verdad sentía? Atrapada en la emoción del momento, sería muy fácil pisotear las promesas que se había hecho, por no hablar de arriesgar innecesariamente el futuro de Emma.
—¿Lo ves? —dijo él con dureza, malinterpretando su vacilación—. Lo supe ayer cuando te tuve en mis brazos. Puedes negarlo si quieres,

pero no puedes negar que estabas impaciente por alejarte de mí.

—Anita estaba allí—protestó Isobel.

—¿O sea, que no te resulto repulsivo?

—¡Claro que no!

—¡Claro que no! —repitió él burlón, arrastrando el talón de la mano sobre la cicatriz que le cruzaba la mejilla—. ¿No me irás a decir que te sientes atraída por un hombre como yo? ¡Porque no lo creo!

—No lo entiendes.

—Lo entiendo demasiado bien —dijo él acorralándola contra la celosía a su espalda.

—Alejandro.

Pero sin dejarla responder, Alejandro la silenció cubriéndole la boca con la suya.

El beso no tenía nada de tierno ni delicado, ni tampoco él la abrazaba con la sensibilidad y el calor del día anterior. De hecho, ni siquiera intentó abrazarla.

Era como si quisiera castigarla.

—¡Maldita sea! —masculló sobre sus labios. Casi con rabia la sujetó por las caderas y la pegó a su cuerpo excitado.

—Te deseo —dijo con la voz ronca—. Quiero estar dentro de ti —se retiró unos centímetros para mirarla—. ¿A que es de idiotas?

—Alejandro…

Alguien se acercaba, con pasos más pesados que los de la doncella que había llevado la bandeja de zumo. Alejandro se volvió hacia el recién llegado con lo que quiso pensar que era alivio.

—Carlos —dijo al ver a su amigo en la puerta—. Llegas justo a tiempo. Creo que nuestra invitada quiere ver los establos.

Capítulo 11

—¿Le gustó la excursión al rancho de Alex? Era la tarde siguiente y, a pesar de que Isobel había regresado a Villa Mimosa con tiempo de sobra para pasar la tarde con Anita Silveira y comenzar la entrevista, la escritora no la llamó.

Según Ricardo Vincente, la escritora había sufrido una de sus migrañas, pero Isobel no pudo evitar pensar que quizá no fuera más que otra de sus excusas.

Ahora Anita la observaba con interés, e Isobel sintió que se le ruborizaban las mejillas.

—Oh, sí, señora. Mucho —dijo, sin saber si Alejandro había hablado con su suegra desde su regreso.

O si la había visitado. Ella no tenía forma de saberlo.

—¿No le pareció un poco aislado, estando tan lejos de la ciudad? —insistió Anita.

—No —Isobel no entendía dónde quería llegar—. Me pareció un lugar precioso.

Anita chasqueó la lengua con impaciencia.

—Por lo visto a usted todo le parece precioso —le reprochó la mujer —. Mi casa le parece preciosa, los jardines le parecen preciosos. Espero que el artículo que quiere escribir no esté lleno de eufemismos.

—No son eufemismos, señora —dijo Isobel a la defensiva.

—¿No? —dijo Anita con escepticismo—. ¿Es usted de esas personas que dicen lo que cree que su interlocutor quiere oír? —la mujer entrecerró los ojos y la observó en silencio unos segundos—. ¿Cómo fue su relación con Alex en Londres? Dígame,

¿vino aquí sólo para verlo?

—No —Isobel no entendía el cambio de conversación ni la agresividad de la mujer—. Claro que no.

—Quizá haya cambiado de opinión desde que llegó —sugirió Anita con frialdad—. El Alex que conoció en Londres no debía de parecerse en nada al que se ha encontrado aquí.

—Yo no sabía que Alejandro fuera su yerno —protestó Isobel, sin entender qué podría haberle dicho Alejandro para suscitar aquella reacción.

—Pero eso no responde mi pregunta —insistió Anita—. ¿Le molesta su aspecto?

Es evidente que no sabía nada de su accidente, ni de que sus lesiones fueran tan graves.

Isobel sacudió la cabeza.
—Señora, preferiría que nos concentráramos en asuntos menos personales.
Pero Anita hizo caso omiso de sus protestas.
—¿Por qué intenta congraciarse con esta familia con tanto ahínco?
—Yo no…
—Cualquiera pensaría que, como madre, debería tener muchas ganas de volver con su hija.
—Las tengo.
—¿Que edad tiene su hija, señora Jameson? No creo que sea muy mayor, ¿me equivoco?
Isobel se tensó.
—¿Por qué dice eso? —preguntó sin darse tiempo a pensarlo.
Anita apretó los labios.
—Porque por lo que sé, cuando mi yerno y usted se conocieron usted no estaba casada, señora Jameson. Y eso fue, ¿cuándo? Hace tres años, ¿no?
—Emma tiene casi tres años —dijo Isobel, aunque no era exactamente la verdad, y permaneció un momento en silencio—. ¿Cree que podemos continuar con el asunto que nos ocupa?
—¡Este es el asunto que nos ocupa! —le contradijo Anita con una sonrisa—.
Quiero saberlo todo sobre usted, señora Jameson. Antes de abrirle mi alma, tengo que estar segura de que sabrá comprenderme.
Isobel se irguió en la silla. Estaban en la biblioteca, donde por lo visto Anita solía trabajar. Una amplia estancia llena de libros y con un ambiente un tanto opresivo, como el resto de la casa.
En el centro de la sala había un escritorio cuadrado de caoba, tras el que estaba Anita sentada en un cómodo sillón de piel. A Isobel le habían reservado una silla de comedor, de respaldo recto, sin duda para ponerla en su lugar.
—Estoy segura de que mi vida no es ni la mitad de interesante que la suya, señora —dijo con esperanza de distraer a la mujer—. ¿Podemos hablar de su primer libro? Tengo entendido que lo escribió mientras se recuperaba del nacimiento de su hija, Miranda.
—En realidad, el nacimiento al que se refiere es el de mi hijo, Miguel —le espetó Anita—. Murió a las pocas semanas de nacer. Yo me estaba recuperando de su muerte, no del nacimiento de Miranda.
—Oh.
Eso Isobel no lo sabía. De hecho, en toda la documentación que logró recabar sobre ella no se hacía mención a ningún hijo en ninguna parte, pero quizá eso explicaba el tono sombrío y desgarrado del libro.

—Lo siento mucho, señora. No era mi intención importunarla —Isobel se mordió el labio—. Continuando con su primer libro, señora, supongo que sabe que se ha sugerido que utiliza la interpretación del Ricardo III de Shakespeare como fuente para su personaje, Alonzo.

—¿Cuándo se casó, señorita Jameson?

Una vez más Isobel quedó perpleja ante la insistencia de la escritora, más interesada en su vida privada que en la entrevista. Era evidente que Anita no tenía la intención de continuar respondiendo a sus preguntas hasta que estuviera satisfecha con las respuestas de Isobel.

—Hum, a los veintiún años —respondió ella con sinceridad, y enseguida se dio cuenta de que no era la respuesta que Anita esperaba.

—¿Veintiuno? —repitió la escritora sorprendida—. Entonces estaba casada cuando conoció a Alex —apretó los labios—. ¿Lo sabe él?

Isobel suspiró.

—Me divorcié dos años más tarde —le dijo resignada—. Mí matrimonio con David fue un fracaso, y él murió un año después de nuestra separación en un terremoto en Indonesia.

—¿Se volvió a casar? —insistió Anita—. Emma no puede ser hija de su difunto marido.

—No —Isobel no sabía adonde quería llegar la escritora, pero no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación—. Llevo soltera seis años.

—Ah —la escritora se humedeció los labios con la lengua con expresión de satisfacción—. O sea, que su hija es hija ilegítima, ¿no?

Esta vez Isobel abrió la boca escandalizada. Estaba tan furiosa que apenas podía hablar.

—Creo que eso es asunto mío, señora —exclamó conteniendo a duras penas su irritación—. Y si piensa continuar perdiendo el tiempo hablando de mi vida privada, creo que será mejor que dejemos la entrevista.

La actitud de Anita se tornó más melosa.

—Oh, señora Jameson, no era mi intención ofenderla.

Isobel lo dudaba, y mucho.

—Discúlpeme, soy escritora —continuó Anita Silveira—, y me interesan las vidas de las personas que conozco —su sonrisa parecía arrepentida—. Por favor, no se ofenda.

Isobel sólo quería levantarse y marcharse. Pero su tío dependía de ella, y ella se había enfrentado a entrevistas mucho más difíciles. Si al menos supiera cuáles eran las intenciones de Alejandro…

Alejandro llegó a Villa Mimosa y aparcó el todo terreno a cierta distancia de la casa. No quería encontrarse con Anita, sólo quería ver a Isobel.

Habían pasado tres días desde la última vez que la vio, desde que le pidió a Carlos que la llevara de nuevo a Villa Mimosa. Tres días en los que se había inmerso en una intensa actividad física, principalmente para poder aceptar el hecho de que era incapaz de controlar sus sentimientos por Isobel.

¡Qué frustrante era!

Aunque probablemente ella no lo creería, a lo largo de los años había pensado mucho en ella, sobre todo durante su larga convalecencia en el hospital, cuando tuvo que aceptar el hecho de que ya nunca volvería a ser el hombre de antes del accidente.

Consciente de que nunca volvería a caminar con normalidad y sintiéndose terriblemente amargado, se dijo que ninguna mujer volvería a mirarlo sin lástima o desprecio, y descartó por completo la idea de volver a Londres y buscar a Isobel.

Con el tiempo las cosas habían mejorado, por supuesto. E incluso vio, sorprendido, que había mujeres que se sentían atraídas por sus heridas, aunque quizá lo más atractivo para ellas fuera su fortuna.

Y en todo momento Miranda estuvo presente: siempre allí, con remordimientos, echándose la culpa por lo que había sucedido y dispuesta a demostrarle su lealtad.

Alejandro frunció el ceño al salir del coche y cerrar la puerta sin hacer ruido. Al apoyar la pierna herida en el suelo hizo una mueca de dolor. Ahora estaba pagando sus esfuerzos al salir al campo con los vaqueros a recoger el ganado, todo en un vano intento de dejar de pensar en Isobel. No había dejado de pensar en ella ni un solo momento, y llegó a la conclusión de que tenía que poner fin a aquella situación de una vez por todas.

Según uno de los criados de Anita, al que había sobornado desde la llegada de Isobel, las habitaciones de ésta estaban en la parte posterior de la casa, lo que significaba que podría llegar hasta allí sin encontrarse con nadie.

Eran más de las diez de la noche, y esperaba que Isobel no se hubiera acostado.

Cuando llegó al porche y vio que las luces seguían encendidas en las habitaciones de Isobel suspiró con alivio. Arrastrando la pierna, fue hacia la puerta y se detuvo un momento antes de llamar.

Tras un largo minuto de silencio total, oyó pasos.

—¿Quién es?

La voz de Isobel sonaba ansiosa y tensa, y Alejandro se apoyó en la pared junto a la puerta.

—Soy yo —dijo sin alzar la voz—. Alejandro. Abre.

De nuevo otro silencio, y por un momento pensó en la posibilidad de tener que echar la puerta abajo sin hacer ruido, pero afortunadamente

el pomo giró.
Isobel estaba vestida únicamente con la camiseta y el pantalón corto de algodón que probablemente utilizaba para dormir. Tenía las mejillas encendidas y lo miraba a la defensiva, pero su expresión cambió cuando la luz de la habitación iluminó el rostro masculino.
—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Estás bien? —sin pensarlo dos veces salió al pasillo y le sujetó por el brazo—. Ven, deja que te ayude.
Alejandro trató de apartarle la mano.
—Gracias, pero puedo solo —dijo.
Sin embargo Isobel no lo soltó.
—¡No seas tonto! —exclamó ayudándolo a entrar en la habitación—. ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Andando?
—No —Alejandro se sujetó al respaldo de una silla, le dio media vuelta y se sentó a horcajadas—. Estoy bien —le aseguró—. Cierra la puerta, por favor. Preferiría no tener público.
—Oh, oh, sí.
Isobel reparó en que la puerta estaba abierta de par en par y corrió a cerrarla, echando también el cerrojo.
Alejandro cruzó los brazos sobre el respaldo y apoyó en ellos la barbilla. Al ver que Isobel lo observaba con preocupación, esbozó una leve sonrisa.
—Sobreviviré —le aseguró—. Me he torcido la cadera, nada más. Ya me siento mejor.
Isobel retorció las manos, preocupada. No llevaba maquillaje, y con el pelo suelto sobre los hombros, parecía mucho más joven, pensó él.
Y mucho más deseable.
—¿Cómo te hiciste daño en la pierna?
—Ya te lo he dicho.
—No, me refiero al accidente —dijo ella.
—Ah. ¿Quieres saber si Miranda iba conmigo? ¿O si se suicidó por eso? ¿Porque no soportaba mirarse al espejo?
—¡No!
Isobel cambió nerviosa el peso de un pie a otro.
—Para tu información, Miranda también iba en el coche, pero te alegrará saber que salió ilesa —le dijo él.
—Oh.
Alejandro la observaba con los ojos entrecerrados.
—¿Es lo único que se te ocurre decir? ¿Oh? La muerte de Miranda no tuvo nada que ver con el accidente, pero no he venido a hablar de eso. Entiendo perfectamente lo que piensas de mis lesiones y cicatrices.
Isobel abrió la boca, estupefacta.
—¡No entiendes nada! —exclamó con fiereza, y miró hacia la mesa

donde estaba abierto su ordenador y donde también había una bandeja con una cafetera y unas tazas—. ¿Te apetece un café? Creo que todavía está caliente.
—No, gracias —dijo Alejandro.
—Lo siento, pero no puedo ofrecerte nada más fuer te.
—¿Tú crees?
El tono de Alejandro era seco, pero su imaginación se había disparado. Probablemente Isobel no era consciente de que, sin sujetador, se le dibujaban los pezones bajo la fina tela de la camiseta, pero él sí. Demasiado. Y probablemente tampoco llevaba nada más debajo de los pantalones.
Alejandro sintió su excitación y se obligó a concentrarse en el motivo que le había llevado hasta allí. Sabía que, si la tocaba, no podría detenerse.
—¿Por qué no te sientas? —sugirió él, consciente de que estaría mejor si no tuviera que hablar con ella levantando la cabeza.
—De acuerdo —aceptó ella con un gesto de indiferencia. Se sentó en el borde de un sofá y cruzó las piernas—. ¿Sabe Anita que estás aquí?
—No —repuso él bruscamente—. No he venido a ver a Anita.
—Ah.
—He venido a que me hables de Emma —dijo él. Isobel titubeó un momento.
—¿Qué quieres saber?
—No pongas mi paciencia a prueba, Isobel. Quiero saberlo todo. ¿Tienes fotos de ella?
—Alguna —respondió Isobel, notando que se quedaba sin aire para respirar.
—¿Puedo verlas?
Isobel se levantó, fue hasta la mesa donde estaba su móvil junto a la taza de café, y lo encendió. Buscó rápidamente la galería de imágenes que llevaba siempre con ella y después le pasó el teléfono a Alejandro.
—Toma, aquí están.
Alejandro fue pasando lentamente a través de la selección de fotografías almacenadas en la memoria del teléfono.
—Tiene dos años, ¿no?
—Dos y medio —le corrigió ella.
—Es muy guapa.
Los labios de Isobel se curvaron en una sonrisa.
—Es adorable —reconoció—, pero no te dejes engañar por su aspecto. Está hecha un chicote.
—¿Un chicote?
—Sí, le encanta hacer las cosas que hacen los chicos. Lo que más le

gusta es estar en los establos con la tía Olivia y dar de comer a los caballos.
—Oh, claro —Alejandro asintió—. Tu tía cría caballos, ¿verdad?
—No son purasangres —dijo Isobel recordando los impresionantes ejemplares que Carlos le había enseñado en Montevista—. Cría ponis de Shetland y Hunters, más que nada para escuelas de equitación o para uso privado.
Alejandro asintió.
—Estoy impaciente por conocerla.
Isobel lo miró boquiabierto.
—¿Vas a ir a Inglaterra?
—¿Te molestaría?
—Hum… —Isobel no sabía qué decir—. No, no me molesta, pero…
—Tendré que ir si quiero conocer a mi hija —él continuó mirando las fotos de Emma—. Pero aún no, pequeña. No queremos asustarte.
Isobel se quedó mirándolo. Lo más fácil habría sido ignorar el comentario, pero respetaba demasiado a Alejandro para hacerlo.
—¡Tú no la asustarías! —exclamó—. Emma no es una delicada florecita que hay que proteger. Es inteligente, y muy fuerte. Además, los niños no ven las cosas como los mayores.
—¿Como lo haces tú? —sugirió Alejandro con amargura, devolviéndole el teléfono. Sin esperar respuesta, se puso en pie—. Volveremos a hablar, Isobella.
Puedes estar segura.
Al ir a pasar la pierna lesionada por encima de la silla, Alejandro perdió el equilibrio. Se sujetó al respaldo en un intento de mantenerse en pie, pero la silla cayó Nº
y él con ella. Al verlo, Isobel se puso automáticamente en pie e intentó sujetarlo, pero no tenía bastante fuerza.
Por ello, sin poder evitarlo, la fuerza del cuerpo masculino la echó hacia atrás y ella se encontró tumbada boca arriba en el sofá, con todo el peso de Alejandro encima de ella.

Capítulo 12

Alejandro maldijo en voz baja, y levantó inmediatamente el torso, apoyándose con las manos a ambos lados de la cabeza femenina y tratando de no aplastarle el pecho con el peso de su cuerpo.

—¡Perdona! Lo siento. ¡Qué torpe soy! —maldijo él.

—No importa —dijo Isobel casi sin aliento, pero esbozando una sonrisa—. En serio, Alejandro, ha sido sin querer.

—Querías ayudarme —le contradijo él, tratando de recuperar el aliento—. Dios,

¿qué debes de pensar de mí? No sólo desfigurado, sino también decrépito.

—¡No estás decrépito! —protestó ella mirándolo con impaciencia.

Quería tranquilizarlo, decirle que lo que había pasado era, después de todo, humano. Y en cuanto a estar desfigurado…

La mano femenina se levantó casi por voluntad propia y, sin dudarlo, recorrió la cicatriz que cruzaba la mejilla de Alejandro desde la ceja a la boca. El echó la cabeza hacia atrás como si quemara, pero Isobel no tiró la toalla y continuó explorando la piel endurecida con los dedos.

—No, no lo hagas —dijo él sujetándole la mano para detenerla.

—¿Por qué no? —dijo ella desafiante.

Alejandro, en lugar de soltarle la mano, se la llevó a la boca. Con los labios le buscó la palma, y con la lengua saboreó la humedad salada de su piel. Después la miró a los ojos, e Isobel sintió de nuevo que se le cortaba la respiración.

—Isobella —susurró él con voz pastosa, en un sonido que era tanto una protesta como una caricia—. Esto no tenía que ocurrir.

—Lo sé —Isobel se estremeció.

Alejandro sabía que, si la tocaba, no sería responsable de sus actos. Ya estaba excitado, y paradójicamente el dolor de la rodilla se mitigaba cuando la miraba. En realidad lo que deseaba era acariciar con las manos la suave piel femenina, sentir su calor y relajar la tensión que había entre ellos.

¿Y si la besaba? ¿Tendría el mismo sabor dulce y cálido de antes?

Recordaba perfectamente cada minuto de la tarde y la noche que pasó con ella en su apartamento londinense, antes de que la llamada de su padre destruyera su relación: su receptividad, su pasión, su fuego. Y cómo enterró la cara en su sexo y respiró el olor de su cuerpo y de su deseo…

¡Dios!

Quiso apartar los recuerdos de su mente, pero no pudo. Ella estaba tan excitada como él, lo que quedaba evidente en los pezones erectos bajo la suave tela de algodón, en el olor a deseo que emanaba de su cuerpo. Sujetándole los antebrazos con las manos, Alejandro trató de contenerse, pero por un momento deslizó los dedos desde las muñecas hasta los brazos y sintió el estremecimiento que sus caricias provocaron. La reacción era inconfundible.

—Esto no debería ocurrir —murmuró.

—No ha ocurrido nada —protestó Isobel, aunque ni ella lo creía.

—Ocurrirá —le aseguró él—. ¿O esperas que ignore la evidencia que tu cuerpo no puede ocultar?

—Yo… Alejandro…

Pero era demasiado tarde. Alejandro ya había bajado la cabeza y le había tomado un pezón con la boca a través de la fina tela de algodón.

Alejandro succionó sensualmente el pezón, despacio, e Isobel sintió entre las piernas la ya casi olvidada sensación de humedad y excitación. ¡Estaba al borde del orgasmo, y apenas la había tocado!

—Querida, llevas demasiada ropa —dijo él roncamente, concentrándose en el otro pezón.

Una vez más lo succionó, buscando con la lengua una satisfacción que sólo ella podía darle. Y después, con una maldición, le levantó la blusa por encima de los senos.

—Mucho mejor —susurró—. Mucho, mucho mejor.

Bajó de nuevo la boca, y esta vez Isobel sintió que le estaba quitando todas las fuerzas del cuerpo con la lengua.

La boca masculina buscó la suya, y Alejandro capturó con los dientes la delicada piel del labio inferior. La mordió, sin causarle dolor, sino excitación, antes de dejar que la lengua explorara eróticamente su interior.

Isobel gimió. No podía evitarlo. Se estaba ahogando en un mar de sexualidad, y cuando las manos de Alejandro se deslizaron bajo sus caderas para tomarle las nalgas, ella se arqueó hacia él.

Al principio los dedos de Alejandro se deslizaron bajo los pantalones cortos.

Pero enseguida él se los deslizó por las piernas con impaciencia. Le gustó ver que debajo no llevaba nada, tal y como había imaginado, y se apresuró a quitarle la camiseta por la cabeza. Cuando la dejó totalmente desnuda, la contempló con pasión.

—Eres preciosa —susurró con voz pastosa.

Deslizó un dedo por el ombligo hacia abajo, hasta encontrar el centro húmedo de su pasión.

Isobel dio un respingo y con voz estrangulada dijo:

—Por favor, por favor no.

—¿No?

—No —Isobel temblaba—. No, aún no.

Alejandro se inclinó para acariciar con la lengua el rastro de sus dedos, y ella se convulsionó violentamente.

—No lo dices en serio —dijo él.

Las manos de Isobel le buscaron la hebilla del pantalón.

—Tú llevas mucha ropa —dijo con la voz entrecortada.

Alejandro quedó inmóvil.

—Créeme, no lo dices en serio —dijo él—. Pero si apagas las luces…

—No —Isobel se incorporó y se apoyó en una mano a la vez que le sujetaba la muñeca con la otra—. ¿De verdad crees que me preocupa?

—A mí sí —dijo él.

Pero ella le ignoró y se puso de rodillas delante de él. Entonces empezó a desabrocharle la camisa con pulso firme.

—¡No!

Alejandro intentó detenerla con las manos, pero ella le miró a los ojos sin titubear.

—Sí —dijo ella soltándose los dedos y enmarcándole la cara con las dos manos.

Entonces, apoyando la boca en la cicatriz, añadió—: Confía en mí, Alejandro. No te decepcionaré.

Pero lo haría. El lo sabía. Sabía que no debía confiar en ninguna mujer. Se lo habían demostrado tanto Isobel como Miranda. Pero, con los senos desnudos invadiendo la parte de la camisa que le acababa de desabrochar y verlos frotándose sensualmente contra el vello del pecho, supo que era demasiado tarde para resistirse a ella.

Tendiéndola de nuevo sobre el sofá. Alejandro acalló las voces interiores que le advertían a gritos que iba a arrepentirse y tomó la boca femenina que se le ofrecía sin resistencia.

Notó cómo Isobel le deslizaba la camisa por los hombros. Sí ella hizo una mueca de dolor al ver las cicatrices que le cruzaban el hombro como una telaraña, no la oyó, y cuando los dedos femeninos volvieron a la hebilla del cinturón, no la detuvo.

Le dejó desabrocharle el cinturón, y también el botón del pantalón. Después la sintió bajarle la cremallera y tirar de los vaqueros y de la ropa interior hacia abajo, dejando que su erección quedara libre de restricciones en sus manos.

¡Dios! ¡Qué placer! ¡Tanto placer!

Isobel le acarició con las manos y después se inclinó hacia delante y lo tomó en la boca.

Alejandro apenas se atrevía a respirar, consciente de que estaba en

peligro de perderse por completo.
El deseo contra el que llevaba luchando desde la llegada de Isobel era como fuego líquido recorriéndole las venas, y lo sabía. Ahora ya no podía echarse atrás.
Sentir el cuerpo de Isobel junto al suyo y las eróticas caricias de la lengua femenina en su miembro eran como exóticas señales de su nirvana personal. La deseaba, y ocurriera lo que corriera después, tenía que hacerla suya.
Deslizó los dedos bajo los mechones femeninos y la obligó a levantar la cabeza, sintiendo por un momento el frío del aire donde poco antes había sentido el calor de su lengua. Sabía que quería estar dentro de ella.
—Alejandro —jadeó ella arqueándose hacia atrás con el peso apoyado en un codo, y ofreciéndole la deliciosa imagen de su cuerpo.
Tenía los pezones sonrosados hinchados, y el vello rizado y rubio entre sus piernas ya estaba húmedo de la invasión de su lengua.
Sin pensar más en los ligamentos destrozados que le desfiguraban la pierna, y olvidando el cuidado con que normalmente se quitaba la ropa, Alejandro se empujó los vaqueros hasta los tobillos y se quitó también las botas, dejándose las piernas en total libertad.
Vio a Isobel mirarlo, pero sabía que de nada serviría intentar ocultar las cicatrices.
Además, toda la atención de Isobel estaba concentrada en su potente erección, y de eso sí que no debía avergonzarse.
—Dilo —dijo él tomándole las manos en las suyas—. Di que me deseas. Dilo, Isobella. Quiero que esta vez no tengas ninguna duda.
Isobel levantó los ojos y lo miró a la cara, con los ojos muy abiertos.
—Tampoco las tuve la otra vez —murmuró ella en voz tan baja que apenas la oyó—. Te deseo, Alejandro —le aseguró—. ¿Eso es lo que necesitas oír?
—Sí —dijo él con la voz ronca, bajando la cabeza hasta el vello rubio y separando de nuevo los pliegues del sexo femenino con la lengua—. Es lo que necesitaba oír, Ah querida, estás muy preparada para mí —levantó la cabeza y la miró con un divertido brillo en los ojos—. ¿Crees que debería hacerte esperar?
A Isobel cada vez le costaba más respirar, pero logró susurrar en voz baja:
—¿Podrías?
El se incorporó sobre ella y se apoderó de su boca con la suya.
Al hacerlo, le acarició el sexo con su erección, y ella separó las piernas, en clara invitación.
—Sabes que no —dijo él—. Ayúdame. Dios, qué placer.
Tomándolo con las manos lo guió hacia ella y él la penetró. Cuando

estuvo totalmente dentro de ella, permaneció un momento inmóvil, disfrutando de la sensación. Recordó aquella otra vez cuando le hizo el amor, y se vio obligado a reconocer que ni antes ni después había experimentado la misma satisfacción con ninguna otra mujer.

—Alejandro —susurró ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Ámame, Alejandro.

Alejandro la observó mientras la penetraba lentamente una y otra vez, retirándose casi hasta el punto de separarse por completo para volver otra vez. Isobel gimió de placer y, rodeándole la cadera con una pierna, le acarició la pantorrilla con el pie.

Era una caricia terriblemente erótica, y Alejandro se vio incapaz de controlar sus movimientos. Su cuerpo, casi por voluntad propia, fue acelerando el ritmo, entrando y saliendo de ella con una urgencia que sólo aumentaba su placer y también el de ella.

Cuando sintió las primeras convulsiones del orgasmo femenino a su alrededor, Alejandro rugió en voz alta. Isobel estalló en espasmos, y lo arrastró con él, y con un último empellón, él alcanzó el clímax.

Y quedó saciado y satisfecho por primera vez en algo más de tres años….

Alejandro tardó un rato en darse cuenta de dónde estaba.

Normalmente no dormía con las luces encendidas, pensó, pero la luz del dormitorio no era del sol. Y el dolor en los muslos no era de montar a caballo, sino por un tipo de agotamiento muy diferente.

Isobel. Isobella.

Se volvió hacia un lado y miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Y cómo se había escabullido de debajo de él sin despertarlo? ¿Cómo se había ido sin que él se diera cuenta?

Con una mueca de dolor, se sentó en la cama y se pasó las manos por el pelo con gesto frustrado.

Entonces, al ver su cuerpo desnudo, creyó saber por qué Isobel no había esperado a compartir aquellos momentos con él.

Dios, ignorar su aspecto en el calor del momento era una cosa, pero aceptar sus cicatrices a sangre fría era muy distinto.

Pasándose las manos por la cara se puso en pie con dificultad y empezó a vestirse. Estaba desesperado por ocultar sus lesiones antes de volver a ver a Isobel, y se metió los calzoncillos en el bolsillo de atrás. No quería arriesgarse a que lo viera sin pantalones.

Después se puso la camisa. Estaba abrochándosela cuando oyó un ruido detrás de él. Isobel estaba en la puerta del dormitorio, con el pelo mojado y envuelta en un albornoz.

—Hola —dijo ella con cierto temblor en la voz—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió él con frustración y torciendo los labios—. ¿Qué se dice en una situación como ésta, que

he alargado demasiado mi estancia?

El rostro de Isobel palideció.

—Estabas durmiendo —dijo ella a la defensiva—. No quería molestarte.

—¿No? —dijo él con sarcasmo—. ¿He dormido mucho?

Isobel se pasó la lengua por el labio superior.

—Un poco.

Al mirar el reloj vio que eran más de las dos de la madrugada. Debía de haber dormido al menos un par de horas.

—Lo siento —dijo él aterrorizado al darse cuenta de que se había quedado profundamente dormido.

Isobel no dijo nada. Se quedó donde estaba, mirándolo, y él sintió de nuevo el imán de su atracción.

Sin embargo esta vez su razón se impuso. Lo que habían compartido era alucinante, increíble, pero al igual que aquel interludio en Londres, había sido una experiencia que no podía volverse a repetir.

Sin embargo…

Alejandro caminó hacia la puerta tratando de ignorar el dolor en la pierna. Era totalmente consciente de los ojos femeninos en él, pero todavía le quedaba algo de orgullo.

Al llegar a la puerta, antes de abrirla, se volvió hacia ella y dijo:

—Debería haberte preguntado. ¿Cómo va la entrevista?

Isobel abrió los ojos desmesuradamente. No podía creer que le preguntara eso, en aquel momento.

Tragándose la contestación que le vino en mente, dijo: —Va bien.

Los ojos de Alejandro se clavaron en ella.

—¿Cuándo piensas irte? —preguntó él, consciente de que sujetaba con tanta fuerza el pomo de la puerta que se le estaba clavando en la mano.

—Oh —Isobel tragó saliva—. No… no lo sé.

—Pero aún no —insistió él.

Isobel se preguntó por qué le preocuparía tanto.

—Tengo que irme.

Y entonces se acordó de Emma, y lo entendió. También se dio cuenta de que en las últimas horas apenas había pensado en su hija, y eso era imperdonable.

—Quizá deberías preguntárselo a la señora Silveira —respondió ella sujetándose con fuerza las solapas del albornoz—. ¿Te vas?

Era una pregunta que él no esperaba.

—Oh. ¿Qué? Sí, claro —respondió titubeando—. Hablaremos mañana, ¿no?

Isobel levantó la cabeza cuan alta pudo.

—Sí es lo que quieres.

—Es lo que quiero —dijo él, y esta vez abrió la puerta—. Buenas noches, Isobella —se interrumpió un momento—. Procura no odiarme demasiado, ¿eh?

Isobel contuvo una exclamación.

—No te odio —protestó ella sin entender el comentario.

Pero Alejandro tan sólo le ofreció una cínica sonrisa antes de cerrar la puerta tras él.

Capítulo 13

Pasaron dos días antes de que Alejandro pudiera regresar a Villa Mimosa. Al día siguiente de su visita a Isobel tuvo que volar a Río para asistir a una reunión de accionistas, y después se vio obligado a asistir a una cena familiar. Por eso no estuvo de vuelta en Montevista hasta el día siguiente por la tarde.

Aunque pensó en acercarse a Porto Verde a ver a Isobel aquella misma tarde, al recordar la tensión de la despedida decidió esperar al día siguiente y verla a plena luz del día.

No había dejado de pensar en ella, y quizá incluso acarició la idea de que ella no le odiara como él creía.

En cualquier caso, todavía podían mantener una relación civilizada, aunque sólo fuera por el bien de su hija. Porque, aunque no era su intención presentarse ante la niña como su padre hasta que fuera más mayor y capaz de entenderlo, sí quería estar en contacto con ella.

Al atravesar la verja de Villa Mimosa dio mentalmente las gracias a Internet por haberle posibilitado ver de nuevo a Isobel, y saber que ella tenía una hija que podía ser suya.

Recordó la tarde que, aburrido en su despacho, tecleó su nombre en el buscador y encontró que existía una tal Isobel Jameson que trabajaba como periodista para la revista londinense Lifestyles.

La página web de la revista tenía publicadas fotos tamaño carné de sus colaboradores, e inmediatamente reconoció la cara de Isobel. Además, la breve biografía sobre ella hablaba de que era madre de una niña, Emma, nacida nueve meses después de su breve pero inolvidable relación.

Por eso urdió el plan de la entrevista sin decir nada a Anita. Desde la muerte de Miranda, Anita dependía cada vez más de él y Alejandro sabía que, si le contaba la verdad, nunca aceptaría sus planes. Además, Anita había olvidado muchas cosas sobre su hija, como su adicción a las drogas y su muerte por sobredosis.

Alejandro detuvo el vehículo delante de la puerta, preguntándose si Isobel y Anita habrían logrado superar la antipatía que sentían la una hacia la otra.

No tardaría en enterarse. Anita no era de las personas que ocultaba lo que pensaba.

—¿Y qué vas a hacer?

La tía de Isobel la miraba expectante en el cuarto de los arreos de su finca en Villiers, donde Olivia y Emma estaban engrasando las sillas de montar.

Isobel se agachó a limpiar los dedos de su hija, llenos de aceite, y después miró a su tía con un suspiro.
—No lo sé. Por eso te lo pregunto. ¿Crees que debería ponerme en contacto con él?
—¿Qué quieres hacer tú? ¿Quieres volver a verlo?
—Claro que sí —Isobel estaba impaciente—. Pero, no sé, es complicado.
Olivia se encogió de hombros.
—¿Te acostaste con él?
—¡Tía Olivia!
—Hija, a mí es la única complicación que se me ocurre.
—Pues no lo es —protestó Isobel, que se había ruborizado como una adolescente—. Creo que sólo planeó lo de la entrevista por Emma.
—Creo que deberías haber insistido en verte antes de irte.
—¿Cómo? —Isobel estaba indignada—. No tenía manera de ir a Montevista, y tampoco su número de teléfono. Además, Anita me ordenó salir de su casa inmediatamente.
—No me extraña—comentó Olivia. Después le quitó la botella de aceite a Emma—. Ven, cielo, vamos a lavar esas manos y después a comer.
—No, mamá me lava —protestó la niña, sujetándose al abrigo de su madre y dejando un par de marcas de aceite en el tejido.
Isobel hizo una mueca al ver las marcas. La culpa era suya, por ponerse un abrigo beis para ir a los establos.
—Vale, cielo —dijo sujetando las manos de su hija antes de que la pusiera perdida—. Vamos a casa.
Las tres mujeres regresaron a la casa principal caminando por encima de la nieve que había caído la noche anterior. Aunque estaban a mediados de febrero, el invierno continuaba en todo su apogeo, Isobel se cerró bien el abrigo. Desde su regreso de Brasil, notaba más el frío que antes, pensó mientras rodeaba la casa para llegar a la puerta de la cocina que daba al jardín. Entonces vio el todoterreno negro aparcado junto a su coche con el que había viajado desde Londres el día anterior.
—¿Quién será? —preguntó su tía con impaciencia entrando en la casa y quitándose el anorak—. Si Sam esperaba invitados, tenía que habérmelo dicho. No creo que la señora Collins haya preparado comida de sobra. Ni siquiera sé si tengo nada decente que ofrecerles.
—Tú siempre sabes encontrar algo, tía —sonrió Isobel entrando detrás de ella con Emma de la mano—. Además, la señora Collins —añadió refiriéndose a su ama de llaves y cocinera—siempre dice que compras demasiada comida.
—Ya sé quién puede ser —continuó Olivia con entusiasmo—. Tony

Aitken.

Tengo entendido que ya ha vuelto de la nieve, y le dije a Nora que estarías encantada de verlo.

—¡Cómo pudiste! —gimió Isobel mientras ayudaba a Emma a quitarse el anorak.

—Porque desde que volviste de Brasil pareces un alma en pena —declaró Olivia sin morderse la lengua—. Y me parece que te vendría muy bien relacionarte con otro hombre que no tenga una vida tan complicada como Alejandro.

Isobel suspiró.

—No lo entiendes.

—O sea, que te acostaste con él —concluyó Olivia, y frunció el ceño —. Espero que esta vez tomaras precauciones.

En la cocina la señora Collins acababa de hacer café y estaba preparando una bandeja con tazas, platos, azúcar y una jarrita de leche.

—El señor Armstrong tiene un invitado. Les he preparado café.

—Gracias, Hilda —dijo Olivia—. Si quieres, yo lo llevo. Pero antes hay que lavarle las manos a esta niña, que se las ha puesto perdidas de aceite.

—Yo lo haré —dijo la mujer abriendo los brazos a Emma—. Ven, cielo, y después te daré una chocolatina.

La niña se soltó de la mano de su madre y corrió a los brazos de la mujer, que la abrazó riendo y la alzó en el aire.

En el salón, su tío y su invitado estaban sentados en sendos sillones delante de la chimenea encendida. Olivia dejó la bandeja en la mesa auxiliar que había entre ellos, y los dos hombres se levantaron educadamente. Entonces Isobel, que se había dirigido directamente hacia la chimenea sin prestar demasiada atención al invitado, oyó la exclamación de su tía y se volvió.

—¡Dios bendito! ¡Casi me ha asustado!

—Desafortunadamente, tengo ese efecto en mucha gente —dijo el hombre con una voz que era inconfundible.

—Oh, no, es que… es muy alto —estaba disculpándose su tía con una nerviosa risita de adolescente que Isobel no había escuchado nunca en ella—. La verdad es que esperaba ver a Tony, Tony Aitken, un amigo de Isobel, pero desde luego no es tan alto como usted.

Alejandro apretó los labios a oír el nombre de otro hombre, pero logró esbozar una sonrisa.

—Usted debe de ser la tía de Isobella, Olivia. ¿Cómo está, señora? Es un placer conocerle.

—Lo mismo digo, Alejandro, ¿no? —Olivia estaba entusiasmada—. Creo que nadie llama a mi sobrina Isobella.

—Digamos que es una de mis debilidades, señora. Mi abuela se llamaba Isobella.

Isobel lo miraba sin dar crédito a sus ojos. Con unos vaqueros negros, una chaqueta gris oscura de cachemira y una camisa de seda negra, estaba magnífico.

En ese momento se abrió la puerta de par en par y una niña entró corriendo en el salón. Alejandro, que hasta entonces había estado mirando a Isobel, ahora contemplaba a la niña fascinado.

«Emma», pensó. Su hija. Suya y de Isobel. «Es preciosa», pensó emocionado. La niña tenía el pelo moreno como él, pero la piel clara y cremosa como la de su madre, y en cuanto lo vio se dirigió hacia él sin mostrar ningún miedo ni timidez.

—¿Quién eres? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Me llamo Alejandro —dijo él con un nudo en el estómago. Se puso en cuclillas para ponerse a su altura—. ¿Y tú, quién eres?

—Yo me llamo Emma —dijo la niña, y le señaló la cicatriz de la cara —. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído?

—Más o menos —dijo él.

—¿Te duele?

—¡Emma! —exclamaron al unísono Isobel y su tía, pero Alejandro les indicó con un gesto que no interfirieran.

—No, cielo, no me duele —hizo una pausa—. Pasó hace mucho tiempo.

Emma frunció el ceño y estiró una manita hacia la mejilla del hombre.

—¡Emma!

Esta vez Isobel tuvo que intervenir, pero Alejandro ya había acercado la cara a la mano de la niña, que recorrió la cicatriz con las puntas de sus deditos.

—¡Está dura! —exclamó la niña sorprendida—. ¡Tócala, mami! Está muy dura.

Alejandro, consciente de la palidez de Isobel, se puso de pie y la miró.

—Perdóname —dijo—. No he venido a hacerte pasar un mal rato.

—Te dije que Emma no se asustaba fácilmente —susurró ella, sin saber qué más decir.

—Y tenías razón —murmuró él—. Quizá algún día quieras decirle quién soy.

Capítulo 14

—Ven conmigo, cielo —dijo Samuel Armstrong, que había estado observando la escena sin interferir. Tomó la mano de la pequeña Emma—. Creo que mami y Alejandro tienen que hablar a solas.

—¡No quiero! —protestó la niña agarrándose a la chaqueta de Alejandro.

Pero Olivia tomó rápidamente las riendas de la situación.

—Es la hora de comer —dijo alzando a la niña en brazos—. Quédese a comer con nosotros. Alejandro. No le prometo nada especial, pero estaremos encantados de que sea nuestro invitado.

—Gracias.

Alejandro inclinó la cabeza. Cuando se quedaron solos, Isobel lo invitó a sentarse, pero éste no lo hizo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí —dijo ella. Le temblaban las piernas y tuvo que dejarse caer en el sillón que ocupaba antes su tío. Notaba las lágrimas que se le agolpaban en el fondo de los ojos, y parpadeó—. Deberías haberme avisado de que venías.

—¿Para qué? ¿Para no estar aquí cuando llegara? —preguntó él cambiando el peso a la pierna buena.

—¡No! —exclamó ella—. Quería verte, aunque sólo fuera… para decirte por qué volví a Inglaterra.

—Ah, creo que eso ya me lo dijo Anita.

—Lo dudo. Fue ella quien canceló la entrevista.

—¿Te dijo por qué?

Isobel frunció el ceño.

—Bueno, dijo que nunca hubiera aceptado hacerla de no ser por ti, pero eso ya lo sabía, ¿no? —Isobel apartó la mirada—. Y me dijo que no le gustaba la idea de tener «una serpiente en el jardín». Por lo visto no le gustó que nos hubiéramos conocido en Londres.

—Mm —musitó Alejandro—. ¿Y no mencionó la visita que te hice la noche anterior a mi partida a Río?

—¿Lo sabía? —Isobel estaba horrorizada.

Alejandro se dejó caer en el borde del sillón frente a ella.

—Sí, y no le gustó, probablemente porque quiere proteger la reputación de su hija. Además, no puede soportar la idea de que yo encuentre la felicidad con otra mujer.

El abrigo que Isobel había dejado en el reposabrazos del sillón cayó al suelo.

—¿Conmigo? —preguntó en un susurro apenas audible.
—¿Con quién si no? —respondió él—. Hasta que volvimos a vernos, Anita sabía que yo no tenía la menor intención de entablar una relación sentimental con nadie.
—¿Sabe lo de Emma?
—Ahora sí.
—¿Se lo dijiste tú?
—Claro, pero ella ya lo sospechaba. No me extraña que te echara de su casa.
—No.
—Claro que, si hubieras querido quedarte, podías haber venido al rancho.
—¿Cómo? No tenía tu número de teléfono —protestó ella poniéndose en pie, como impulsada por un resorte, sintiendo de nuevo el picor de las lágrimas.
—Pudiste alquilar un coche y venir a Montevista.
—¡No podía hacer eso! —Isobel lo miraba con incredulidad—. ¿Qué habría hecho si tú también me hubieras echado?
Alejandro apretó la mandíbula y, apoyando las manos en los brazos del sillón, se puso en pie.
—Nunca te hubiera echado —le aseguró él con dureza—. Eres la madre de mi hija, la madre del único hijo que podré tener.
Isobel parpadeó.
—¿A qué te refieres?
—¿Tú qué crees? El accidente no sólo me desfiguró por fuera, sino también por dentro.
—¡Oh, Alejandro! —ahora Isobel empezaba a entenderlo todo—. ¿Por eso querías recuperar nuestra relación? ¿Por Emma? Claro, quieres a Emma y estás dispuesto a hacer lo que sea por recuperarla.
Alejandro retrocedió unos pasos, pasándose la mano por el pelo.
—¿De verdad crees eso de mí? —tras un silencio, continuó—: Entre tú y yo hay mucho más que la existencia de nuestra hija, y lo sabes.
—¿Lo sé? —Isobel se rascó el dorso de la mano con gesto nervioso y deseó tener un mayor control de sus emociones.
—Deberías saberlo —le aseguró él—. ¿Quieres que te lo demuestre? Aunque no creo que a tus tíos les haga mucha gracia que te haga apasionadamente el amor aquí mismo, delante de la chimenea.
—Me tomas el pelo.
—No.
Isobel negó con la cabeza y le dio la espalda, incapaz de mantener aquel desigual enfrentamiento de voluntades.
—Oh, sabes que puedes hacer conmigo lo que quieras —murmuró ella

—. Sabes que sólo tienes que besarme para tenerme totalmente rendida a tus deseos.

—¿Lo sé? —la voz de Alejandro cambió, haciéndose más grave, y de repente Isobel notó sus manos cálidas en los hombros tirando de ella hacia el cuerpo firme y duro—. Nunca me lo has dicho, *cara*. Dime exactamente qué soy para ti.

—Ya lo sabes —insistió ella—. Siempre lo has sabido.

—No —susurró él junto a su oído—. No lo sé. Dime, ¿por qué lloras? ¿Porque me quieres o porque temes que quiera quitarte a Emma?

Isobel volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Lo harías? —preguntó con ansiedad.

—Si tienes que preguntarme eso, es que no me conoces para nada —dijo él soltándola y dando un paso atrás—. Tranquila, Isobella. Emma está a salvo. Yo nunca haría nada que pudiera poner en peligro su futuro ni el tuyo.

Dio media vuelta y se inclinó a recoger el abrigo que había dejado en el respaldo del sillón.

—Por favor, dile a tu tía que no puedo aceptar su invi…

—¡No te vayas! —Isobel lo sujetó por el brazo y le quitó el abrigo de la mano—.

Por favor, perdóname. No sé por qué lo he dicho —se mordió el labio inferior con los dientes—. Supongo que por… por celos.

—¿Celos?

—De Emma —confesó avergonzada—. Porque a ella la quieres como nunca me has querido a mí. Ni cuando saliste del hospital quisiste buscarme. Te casaste con Miranda.

Alejandro maldijo en voz baja.

—Como si lo pudiera olvidar —masculló entre dientes—. Cuando salí del hospital pensé que ninguna mujer querría cargar conmigo, y a ti apenas te conocía.

No podía venir y pedirte que me aceptaras en tu vida después de cómo nos separamos.

—¿Te refieres a la llamada de tu padre?

—Sí, aquella maldita llamada. Te dije que era por trabajo, pero en realidad era por Miranda. Miranda era drogadicta, Isobella, y se pasó buena parte de su vida entrando y saliendo de clínicas de rehabilitación, tratando de dejar las drogas, pero nunca lo consiguió.

Isobel quedó un momento en silencio.

—No lo sabía.

—Claro que no, ni tú ni nadie. Anita hizo lo imposible para mantenerlo en secreto. De hecho, fue ella quien convenció a mi padre para que me llamara aquel día y me convenciera para volver. Creía

que yo era el único que podía ayudar a Miranda.
—¿Y lo conseguiste?
—No, y después del accidente…
—Pero te casaste con ella.
—Sí, lo hice —Alejandro suspiró—. No me preguntes por qué. Porque mi padre sufrió otro infarto después del accidente; porque era lo que esperaban todos; porque mi padre quería que le diera un nieto…
—Pero acabas de decir que no podías…
—Sí, pero no se lo dije a nadie —admitió él con dolor—. No era un hecho que me gustara publicitar.
—¿Estabas enamorado de Miranda?
—Le tenía afecto —dijo él—. Nos conocíamos desde niños, y ella quería que su madre estuviera orgullosa de ella. De paso, yo conseguía que la gente dejara de sentir lástima de mí a causa de las cicatrices.
—Oh, Alejandro….
Alejandro buscó con la mano la barbilla femenina, le ladeó la cabeza y le acarició el labio con el pulgar.
—¿Cómo hubieras reaccionado al verme si me presentaba en tu casa con el aspecto que tenía al salir del hospital? —preguntó él roncamente—. Pienses lo que pienses ahora, no me habrías aceptado.
—¡Sí!
—¿Sí? —Alejandro la miró con intensidad—. Ah, sí, estabas embarazada de mi hija. Quizá eso hubiera cambiado las cosas.
—No, Alejandro, mi embarazo no importaba. Lo que yo sentía no era por tu aspecto, sino por ti.
—¿De verdad creías que teníamos algo especial?
—¿Tú no? —un estremecimiento recorrió el cuerpo femenino, y Alejandro se dio cuenta de lo mucho que había adelgazado en las pocas semanas que llevaban separados—. Lo pensaba entonces y lo pensé aquella noche en Villa Mimosa —
continuó ella—. Pero tú no dijiste nada, y cuando Anita me dijo que me fuera…
—Sí…
Alejandro le deslizó el pulgar en la boca, e Isobel lo acarició con la lengua.
—¡Cuánto tiempo hemos perdido! —exclamó él, y le acarició los labios con la boca.
Isobel separó los labios y se pegó a él, pero Alejandro la interrumpió.
—Ten compasión de mí, *cara* —suplicó él—. Sabes lo mucho que te deseo, pero ésta no es mi casa —le enmarcó la cara con las manos—. Te quiero, querida.

Epílogo

Seis meses más tarde Isobel salió a la galería del rancho y sintió el calor del sol en la piel. La vista desde allí siempre le había encantado, y echando la cabeza hacia atrás, se pasó una mano desde la garganta hasta la suave curva del vientre. A pesar de algunas náuseas por las mañanas, nunca se había sentido mejor. Y nunca había sido más feliz.

Oyó un sonido a su espalda y volvió la cabeza. Era Alejandro, que sonrió al verla.

—Te echaba de menos —dijo él besándole el hombro y apretándola de espaldas contra su cuerpo firme y musculoso—. Es muy pronto para levantarse. ¿Por qué no vuelves a la cama?

Isobel levantó el hombro con delicadeza y dijo: —¿No crees que deberías ponerte algo de ropa?

—Sería una pérdida de tiempo —respondió él con la voz pastosa—. Porque tendría que volver a quitármela.

Como le estaba empezando a quitar a ella la bata por los hombros para poder besarla mejor.

—No tienes vergüenza —rió ella.

—Gracias a ti —dijo él—. A ti y a Emma.

Isobel suspiró con satisfacción.

—Espero que esté bien —dijo.

Emma estaba pasando unos días con los padres de Alejandro en Río de Janeiro, encantada de ser el centro de atención de sus nuevos abuelos.

—Caterina y ella se llevan estupendamente —dijo Alejandro—. Creo que la idea de que se parezcan tanto las tiene muy intrigadas a las dos —añadió, y le tomó el lóbulo de la oreja entre los labios, mordisqueándole lentamente y sumergiéndola en un mar de placer.

Después la volvió hacia él y la besó en la boca y por un momento Isobel se olvidó de lo que le quería decir. Hasta que notó su erección en el vientre y recuperó el sentido.

—¡Pueden vernos!

—Que nos vean —dijo él terminando de quitarle la bata y deslizando las palmas por el cuerpo desnudo—. Dios, no creía que fuera posible amar a alguien tanto como te amo a ti, amor mío. Por eso estar contigo es como un milagro —dijo él alzándole la cara para mirarla a los ojos—. Has cambiado totalmente mi vida.

—Y tú la mía —susurró ella.

Cuando él la besó de nuevo, Isobel se rindió por completo al placer y la felicidad que le embargaba cada vez que estaba en sus brazos.

Alejandro la tomó de la mano y la llevó de nuevo al dormitorio. Allí la tendió sobre la cama y cubrió el cuerpo femenino con el suyo.

Isobel se arqueó bajo él y rodeándole la cadera con las piernas se abrió para él.

Con un gemido de placer, Alejandro la penetró con su fuerza y su pasión, creando una necesidad similar en ella. Entre ellos siempre era así, pensó Isobel, una pasión descontrolada a la que ninguno de los dos se podía resistir.

Después, cuando Alejandro dormitaba a su lado, Isobel murmuró en voz baja:

—Dime qué dijeron los médicos sobre que no podías tener más hijos.

—¿Ahora? —protestó él abriendo los ojos y mirándola con expresión suplicante

—. Pregúntamelo otro rato.

—No, quiero saberlo ahora —insistió ella—. Porque no parece que interfiera en absoluto con tu libido.

—¡Gracias a Dios! —exclamó él fervientemente—. Aunque eso ya lo sabías.

—Lo acabo de volver a comprobar —rió ella provocadora acariciándole el pecho con el dedo—. No, no estaba preocupada por eso. Te lo pregunto por otra cosa.

Venga, ¿qué te dijeron?

Alejandro suspiró y se incorporó ligeramente, apoyándose de costado sobre un codo.

—Dijeron que tenía algunas lesiones internas que podían interferir con la producción de esperma viable —dijo—. Pero no importa, te tengo a ti y a Emma. Es suficiente.

—¿Tú crees?

—Claro que, si quieres que probemos otras alternativas…

Isobel sonrió.

—Me temo que no será necesario. Porque si todo va bien, nuestro segundo hijo nacerá dentro de cinco meses.

La expresión del rostro masculino se alteró por completo. Primero con incredulidad, después con perplejidad y por fin con júbilo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Vamos a tener un hijo —declaró ella con orgullo—. Me temo que los médicos se equivocaron contigo.

Su hijo nació cinco meses después en la casa que Alejandro compró para ellos en el distrito de Santa Teresa, en Río de Janeiro. Una espaciosa mansión de treinta habitaciones con unas magníficas panorámicas de la Bahía de Guanábana y que a Isobel le encantaba.

Era su hogar, un hogar donde concebir hijos y criar una familia.

Aunque Alejandro continuaba teniendo el control de la empresa familiar, era su hermano José quien llevaba la gestión diaria para que él pudiera pasar más tiempo con su familia.

Emma estaba encantada con su nueva vida en Brasil. Aunque todavía no llamaba «papá» a Alejandro, entendía que éste jugaba un importante papel en su vida. Sobre todo desde el embarazo de Isobel los dos se habían hecho muy amigos, y la niña no dejaba de preguntar cuándo nacería su hermanito.

Alejandro estuvo presente en el nacimiento de su hijo, y fue quien lo puso en brazos de su madre después del alumbramiento.

—¿Lo ves? Es guapísimo.

—Como su padre.

—Y su madre —Alejandro le acarició la frente y le apartó algunos mechones sudorosos—. ¿Cómo estás? Para mí es lo más importante. Isobel sonrió una vez más.

—Estoy perfectamente —dijo ella—. Ha sido todo muy fácil. No tienes que preocuparte. Soy más fuerte de lo que parece.

Alejandro no podía imaginar su vida sin ella.

—Tendrás que llamar a tu madre y a mis tíos —dijo Isobel tras un momento.

Emma estaba con los padres de Alejandro y sus tíos Sam y Olivia tenían planificado llegar unos días más tarde para pasar unas semanas con ellos.

—Creo que su esposa debe descansar, señor —dijo el doctor Fernández, el médico que la había asistido en el parto con la ayuda de una comadrona y una enfermera—. La señora Cabral debe dormir un rato.

Alejandro titubeó un momento, pero Isobel le tomó la mano y la apretó.

—Creo que será lo mejor, cariño —le dijo—. Y no te olvides de llamar a Anita.

No me gustaría que se enterara por otra persona.

—Ah, qué considerada eres —dijo Alejandro.

—Últimamente conmigo ha sido muy amable —le recordó Isobel.

—Sí, porque se ha dado cuenta de lo bonito que es tener un niño dando vueltas por la casa —dijo Alejandro.

Era cierto. Desde que Anita conoció a Emma, había cambiado de forma espectacular. Aunque lo cierto era que la pequeña se ganaba el corazón de cualquiera con su inteligencia y su simpatía.

—Será mejor que te vayas —dijo Isobel, consciente de la expresión seria del doctor Fernández—. Pero vuelve pronto. No creo que vaya a dormir mucho rato.

Pero Alejandro no tenía ninguna prisa para separarse de ella. Inclinando la cabeza la besó largamente en la boca. Su familia, pensó con asombro. Era un hombre muy afortunado. En realidad, era el hombre más afortunado del mundo.

Fin